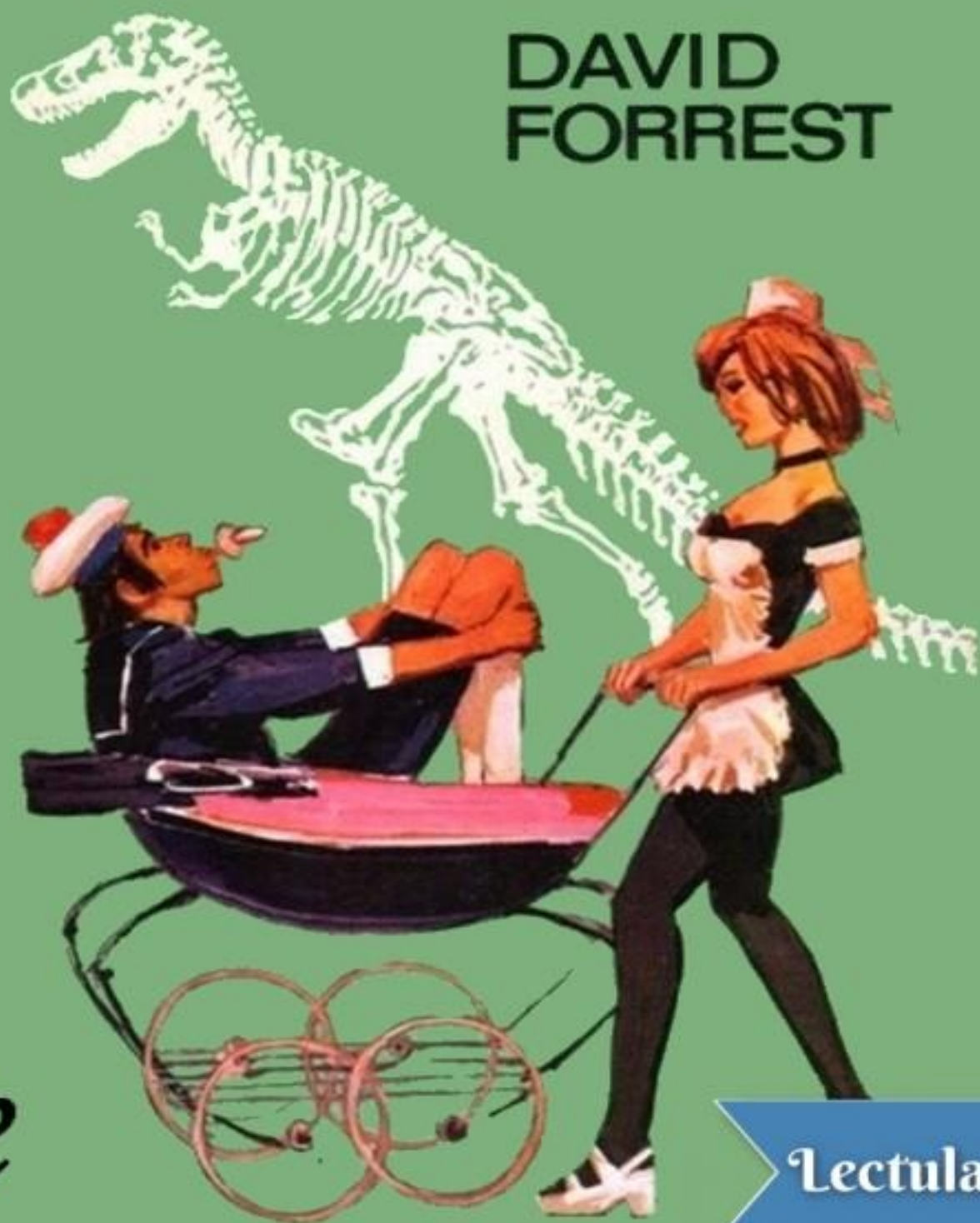


El robo del gran dinosaurio

DAVID FORREST



se

Lectulandia

Un grupo de cinco niñeras británicas, que trabajan en Nueva York, se confabulan para desmontar y llevarse, pieza por pieza, todo el esqueleto de un gran dinosaurio, de hace más de doscientos millones de años, que se halla expuesto en una de las salas del Museo de Historia Natural.

¿Creerá usted que lo consiguen en sólo dos días y sin que nadie lo advierta?

¿Creerá usted que si se han decidido a llevar a cabo este acto, es sólo por fidelidad a Su Majestad Británica?

Esta es una novela de humor desatado, donde la intriga, el amor, el espionaje internacional bailan una danza desencajante y agotadora. Pregúnteselo, si no, a los pobres espías chinos que andan también tras los restos del dinosaurio, o a los revanchistas rusos, o a la policía neoyorkina...

Todos quedan completamente desorientados por las estratagemas, picardías e ingenuidades de las cinco *nurses* británicas.

De ella se hizo una película, *El robo del gran dinosaurio* (1975), de la Compañía Walt Disney.

Lectulandia

David Forrest

El robo del gran dinosaurio

ePub r1.0
rednij 19.09.2018

Título original: *THE GREAT DINOSAUR ROBBERY*

David Forrest, 1970

Traducción: Lozano Olivares

Editor digital: rednij

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Memorándum

DE: La pluma de nuestro esclarecido Presidente Mao Tse-tung.

A: El Departamento de Investigación Geofísica de la Academia de Ciencias de Pekín.

Camaradas:

Como continuación al éxito del Gran Salto Adelante de la República China, presento ahora mi programa para la conquista del Occidente capitalista y sus perros gobernantes; aplicado con diligencia, nos permitirá triunfar sin necesidad de recurrir a la guerra abierta, que implicaría el inminente riesgo de una represalia nuclear. El nombre clave para esta operación es el Gran Salto Hacia Abajo, y está basado en el principio siguiente. Si, cuando las vibraciones naturales de la Tierra pasan a través de nuestro querido país, toda nuestra población de setecientos cincuenta millones de habitantes saltara al suelo desde una altura de dos metros, el aumento de temblores resultante traspasaría el Pacífico. Fuertes temblores de tierra y gigantescas olas barrerían toda la costa occidental de los Estados Unidos, destruyéndolo todo. Las naciones asentadas sobre una isla como Gran Bretaña y todo el norte de Europa, quedarían devastadas. Tampoco estarían a salvo los revisionistas soviéticos que culparían a las fuerzas de la naturaleza y el mundo sería nuestro.

Sin embargo, para que podamos obtener los mejores resultados, es imperativo que el Gran Salto Hacia Abajo se haga en el momento en que las vibraciones de la tierra estén en su punto culminante. Se me ha asegurado que alcanzarán el nivel máximo de este siglo en determinado momento del presente año. El deber de su Departamento consiste en notificarme el mes, el día, la hora y el segundo exacto en que se espera que este máximo temblor vaya a producirse. Entonces, con la ayuda de los Jefes locales del Partido y de los controladores, daremos instrucciones a mis obedientes seguidores, que subirán a lo alto de sus plataformas de salto y esperarán la señal de saltar.

IMPORTANTE: Si los países occidentales se enteran de nuestro proyecto de usar un arma geofísica, quizá se les ocurra invertir el resultado, haciendo que su propia población salte en el momento crítico. Por esto, la clave de nuestro éxito es el SECRETO.

Vuestro querido Presidente,
Mao Tse-tung.

Entremeses

Hay un conde inglés entre los objetos que se exhiben en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York. Se trata de Quincey de Bapeau-Charmaine-Bott, vigésimo quinto conde de Hastings, apreciado resultado de novecientos años de crianza selectiva de la mermada grey de la aristocracia británica.

Al igual que la majestuosa rosa se injerta en el tallo del rosal silvestre para que aquélla alcance toda su belleza, el linaje del conde se remonta a un campesino con el mayor cúmulo de estiércol de toda Normandía. En realidad, en el año del Señor de 1065, los tufos que se alzaban de las aguas inmundas, situadas junto a la choza de René Bott, eran tan densos que incluso las mismas moscas se mostraban reacias a quedarse allí.

Seis semanas de lluvias continuas, a principios de primavera, ablandaron el maloliente estercolero que se había desparramado por el patio formando una pendiente de varios centímetros de profundidad, delante del portal de René Bott. Éste se asombraba constantemente de que sólo seis cerdas y un marrano hubieran hecho aquel asombroso cúmulo. Pensó que era una pena que fuera menor la demanda de estiércol de cerdo que la del propio cerdo.

René Bott y su casa hedían. No usaba zapatos, y sus retorcidos dedos recogían el mojado estiércol y lo depositaban en gran cantidad en su vivienda, donde cubría la tierra apisonada.

El agua que sacaba del pozo, situado a sólo diez metros del establo de los cerdos, era sospechosamente marrón. La usaba para beber. Era demasiado sucia para lavarse; debido a esto no lo hacía.

Cuando Guillermo de Normandía decidió invadir Inglaterra y comenzó a reunir su ejército, todos los pueblos de la comarca designaron a un hombre para incorporarse a filas. Por unanimidad, el pueblo de Petit Bapeau designó a Bott. Durante años se habían preguntado cómo podrían librarse de la odiosa niebla que flotaba sobre el valle. Para ellos, la guerra fue un don del cielo.

Bott fue llevado a la charca de los patos, en el extremo de una vara de más de tres metros de largo. Le bañaron durante tres horas, le frotaron después con ramas de abedul y lejía, hasta que su piel mostró un brillante color rosado. Pero el olor de los cerdos persistía. A pesar de esto, las gentes de Petit Bapeau le consideraron apto para servir a su rey.

Después de diez semanas de intenso entrenamiento para preparar la invasión de Inglaterra, el sargento Paul l'Apout describía a René Bott de la siguiente manera: perezoso, poco aseado, sucio, maloliente, ineficaz, mezquino, totalmente inútil como hombre de pica, carente de toda clase de valor o destreza, y sólo apto para guardián, de segundo grado, del ganado del ejército, siempre que fuera ganado que él, el sargento Paul l'Apout, no tuviera que comer.

René Bott se convirtió en mulero. Su trabajo consistía en llevar los animales,

cargados con arcos y flechas de repuesto, de la cabeza de playa a la bahía de Pevensey. Por supuesto, era estrechamente —aunque no demasiado estrechamente— vigilado por el sargento.

Era un cálido mediodía del 14 de octubre de 1066. La tropa de primera línea luchaba desde el amanecer, y el ejército defensor estaba dividido en pequeños grupos que combatían alrededor de improvisadas empalizadas. La piel de Bott estaba empapada en sudor mientras descargaba paquetes de flechas de su tren de mulas. Las colocaba junto a los arcos de repuesto amontonados junto a un roble, en un matorral. Estaba tomando un pequeño descanso, antes de descargar la última mula, cuando un gruñido le sorprendió.

Un jabalí, asustado por el ruido de la cercana batalla, cargaba contra el matorral. Se detuvo a tres metros de Bott. Había reconocido el olor de un rebaño de cerdos, pero dudó durante unos segundos, desorientado por la vista de un hombre. La lengua de Bott se paseó por sus labios. Ávidamente, calculó el beneficio que podría sacar a costa de sus hambrientos camaradas, cogió el arco más cercano, puso una flecha en él y echó atrás su poderoso brazo. Dio un paso a la izquierda, para conseguir un tiro de costado. Era característico de René Bott que en aquel crítico momento tropezara con su mal atada liga. Su flecha, mal dirigida, rebotó con estrépito contra la pieza de hierro que protegía la nariz del sargento francés l'Apout, salió zumbando hacia arriba a través de una bandada de palomas, para descender más tarde. Desde entonces, al sargento le quedaron las cejas levantadas a perpetuidad. La historia registra que el caballero inglés *sir* Henri Beagleditch, siempre preocupado por su imagen pública de señor feudal sin tacha, dijo en aquel momento de la batalla:

—¡Cuidado, Majestad...! ¡Una bandada de palomas vuela sobre nuestras cabezas!

El rey Harold miró hacia arriba. La flecha de René Bott le acertó, y Harold cayó muerto.

Dos hombres cambiaron de nombre aquél día. Guillermo de Normandía se convirtió en Guillermo el Conquistador de Inglaterra. René Bott fue sacado, más muerto que vivo, del cenagal donde le había arrojado el sargento l'Apout, alcanzado por la flecha, y fue elevado a la dignidad de par por el agradecido rey Guillermo. Se convirtió en el primer barón de Hastings. Cambió su nombre por el de René de Bapeau-Charmaine (como su cerda favorita) Bott. Se le concedió una gran parcela de suelo inglés. También obtuvo una generosa pensión y un puesto muy cerca del rey, esto último con la condición de que se bañara públicamente por Pascua de Navidad y el día de San Juan.

Los De Bapeau-Charmaine-Bott se convirtieron en fieles británicos defensores de la Corona en la guerra y en la paz. Todas las generaciones sirvieron al reino, y muchos cabezas de familia perdieron su vida al servicio del rey. Varios De Bapeau-Charmaine-Bott murieron en las Cruzadas, otros en Agincourt,

Nannockburn, Crécy, Bosworth y en más de una docena de batallas.

Cuando la guerra se transformó en una ocupación de la clase media, la familia se dedicó a la diplomacia. Los hijos eran educados en Eaton y Oxford, y lucharon por la causa británica como embajadores en el extranjero. Las hijas siempre se casaron con financieros.

El último descendiente de la línea masculina de los De Bapeau-Charmaine-Bott es el conde que se halla en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York. Pero a diferencia de muchos de los objetos exhibidos, está de pie fuera de una vitrina, mirando al interior de ella. Tiene veintiocho años y se le nombra frecuentemente en *The Taylor and Cutter* como el noble mejor vestido de Inglaterra. En el *London Illustrated News* y en las crónicas de sociedad se le describe como el soltero más codiciado del país, y en los memorándums del Foreign Office británico, como el más discreto, valeroso, digno de confianza y audaz poseedor del Galgo de Plata, la insignia de los Correos de la Reina.

1

El vigésimo quinto conde se apoya en su paraguas (estrechamente enrollado, al estilo de la caballería) en la sala principal del museo. Su alargado rostro está tostado por el sol y oculto bajo su sombrero hongo de ala curvada. Acaba de llegar de Hawai.

Mira el reloj del museo, y comprueba la hora en su reloj de bolsillo, unido por una cadena al chaleco. Le quedan seis minutos y treinta y un segundos para encontrarse con su contacto.

Balancea el paraguas a su espalda, va hacia las vitrinas de Theodore Roosevelt, y se queda allí un momento. Parece estar examinando el vestido de piel de gamo del presidente explorador, pero en realidad está echando una ojeada detrás de él, por el cristal de la vitrina. No se encuentra nervioso; los De Bapeau-Charmaine-Bott son famosos por su extrema sangre fría ante el peligro, y el vigésimo quinto conde, Correo de la Reina, se ha enfrentado muchas veces con él. Está en guardia porque lleva un microfilme con los planes del presidente Mao para el Gran Salto Hacia Abajo, y se le ha informado que Mao ha ordenado al Se Eih Aei, la siniestra red de espionaje china, que utilice todos los medios para impedir que el secreto sea violado. Está sobre aviso porque también sabe cómo trabajan estos agentes chinos. Los seis ingleses que consiguieron sacar la información de Pekín sufrieron una muerte horrible. Por esto, el vigésimo quinto conde lleva una ampolla de cianuro adherida a su mejilla. Lo que no sabe, sin embargo, es que el hombre a quien está esperando en el museo, también ha muerto asesinado y enterrado hace diez minutos en cuatro cajitas, en el Jardín de Descanso de Perros, y llorado por cuatro grupos de enlutados orientales que sollozaban teatralmente.

El vigésimo quinto conde se desabrochó descuidadamente el botón central de su traje de Salville Road y miró otra vez su reloj de bolsillo. Faltaban aún cinco minutos. Entrechocó los talones y caminó, pasando ante el mostrador de información, hacia la otra entrada en la Calle 77.

La gigantesca canoa *Haida-India* crujió cuando pasó. Los ojos del conde se endurecieron. Cogió su paraguas con mayor fuerza. Una sombra se movió. El conde se agachó rápidamente y una lanza de guerra pasó zumbando por el aire y quedó clavada, vibrando, en el cuerpo de un oso disecado. Colgó el paraguas en la lanza y se volvió para mirar el bote. La tripulación de la canoa de indios cobró vida, bajó del bote y lentamente, en un círculo silencioso y torvo, avanzó hacia él.

Se oyó el rumor de la charla de un grupo escolar. Los atacantes del conde dudaron, mientras el ruido de pisadas se iba acercando. Treparon otra vez al bote y volvieron a asumir su papel de remeros. Los niños, maestros y guías aparecieron. El vigésimo quinto conde recuperó el paraguas e inclinó la cabeza ante una maestra, que miró al asaeteado oso con suspicacia. Corrió escaleras arriba, pegado a la pared. Se

dirigió al paraninfo. De la oscuridad llegó un sonido silbante, y una bala le golpeó en la manga. «Maldición —pensó—, se están acercando». Entró en un salón lateral, miró rápidamente en derredor, y sacó del bolsillo de su chaleco una caja georgiana de rapé. La abrió y tomó entre sus dedos un minúsculo cilindro a rayas rojas y blancas. Estudió el monstruo que allí se exhibía y saltó por encima del zócalo. Se puso de puntillas y dejó caer el cilindro en la boca del mayor de los animales.

Saltó fuera, se alisó la chaqueta, se ajustó la camisa y comprobó el nudo de la corbata. Sonrió. Ahora aquello estaba a salvo.

Lo recogería más tarde y volvería a preparar la entrega.

Quincey de Bapeau-Charmaine-Bott sonrió de nuevo. Dentro de poco volvería a estar en Hawai, con el sol y la sofisticada joven heredera americana que había dejado en la piscina del Surfrider. Bordeando el gran salón que había escondido al pistolero, y evitando los salones que podían ocultar nuevos atacantes, el conde llegó a la puerta que daba al Central Park West.

Un turista oriental vestido de amarillo se le acercó. La luz del sol se reflejaba en los altos muros del edificio, al pasar por la estatua ecuestre de Theodore Roosevelt. El vigésimo quinto conde hizo una pausa para acostumbrar sus ojos a la deslumbrante claridad. Después se arregló la corbata, que tenía los colores de su regimiento, y comenzó a bajar de prisa las escaleras. A medio camino se volvió para mirar hacia la entrada.

Pisó algo blando, tropezó ligeramente y se cogió a un cuerpo bien redondeado para apoyarse.

—Se... se... señora... Lo siento muchísimo —se excusó.

Una robusta niñera, de pelo gris, muy molesta al sentir su pecho oprimido, soltó la mano del cochecito y le golpeó una mejilla con el bolso.

—¡Cómo se atreve usted, maníaco sexual! —gritó con acento escocés.

—¡Dios mío, la tata Hettie! —dijo con asombro el conde.

La niñera le miró. Sus ojos bizquearon.

—¡Se... señorito Quincey! —dijo. Su voz se endureció ligeramente—. Y ¿quién le enseñó a usted a comportarse como un sinvergüenza? —Se inclinó y se frotó la rodilla—. Golpear a su niñera... —dijo. Se detuvo, apoyó todo su peso sobre el pie, y le sonrió—: ¡Mírese!, un señor sudando en público.

—Tata, lo siento... Fue un accidente... Tata Hettie... pero... tú...

—No tartajee, muchacho.

—No debías haberme golpeado, tata, —dijo el vigésimo quinto conde con el rostro pálido—. Acabas de aplastar mi cápsula de suicidio.

Cuidadosamente palpó su cuerpo con la punta de los dedos.

—¡Bah!, tonterías —exclamó la niñera—. Déjese de juegos tontos, señorito Quincey.

—Me quedan menos de sesenta segundos de vida. Ve... veneno. Gracias a Dios puedo confiar en ti para que entregues un men... mensaje. No me interrumpas.

Se volvió a mirar a la joven niñera que acompañaba a la escocesa.

—¿Tiene un reloj? ¿Sí? Bien, empiece una cuenta atrás, por favor. Empiece ahora... en cincuenta... en cuarenta y cinco.

La joven comenzó a contar.

—Cuarenta y cinco... cuarenta y cuatro... cuarenta y tres...

—El rostro de la niñera se coloreó. Lo miró amenazadoramente.

—Señorito Quincey. Vamos a ver, muchacho...

El vigésimo quinto conde le cogió cariñosamente la mano.

—No... No me interrumpas, por favor tata Hettie —empezó—. Escúchame. Es fundamental. Muy importante... es algo del Gobierno... no tenemos mucho tiempo.

—Quince... catorce... trece... —contaba la joven niñera.

—Seguridad mundial... evita la destrucción total... mu... museo... el mensaje... el micropunto... habitación trece... el animal más grande... no te fíes de nadie... — La mandíbula del conde se endureció. Luchaba por hablar—. Dáselo a... a...

—Tres, dos, uno... —dijo la niñera que contaba el tiempo—. ¡CERO!

El joven conde se puso firme. Sus ojos se fijaron en la distancia. Saludó:

—¡Dios salve a la reina! —jadeó, cayendo rígidamente hacia atrás.

—¡Qué desgracia! —dijo el aya Hettie. Miró hacia él.

—Señorito Quincey, señorito Quincey, déjese de bromas. ¡Ahora mismo! —ordenó.

Si el conde hubiera estado vivo, no se hubiera atrevido a desobedecer.

—Señorito Quincey... —La escocesa se inclinó ansiosamente sobre la figura postrada y levantó su muñeca. Trató de encontrar el pulso. Un pequeño grupo de visitantes se reunió en torno a ellos.

—¿Está...? —preguntó la joven niñera con expresión desencajada.

Su compañera puso una oreja al pecho del conde. Después se puso en cuclillas.

—¡Dios mío!, me temo que sí. —Dijo suavemente—. Oh, querido. Pobre señorito Quincey, ¿qué hemos hecho? Era un niño tan gracioso.

Un espectador con aspecto de oriental se inclinó y miró a las niñeras.

—Médico. —Dijo, pasando suavemente sus manos por el cadáver.

—Vamos... vamos... Despejen. Circulen... —un policía de Nueva York se abrió paso entre la multitud que iba creciendo—. Dejen que me acerque. Usted, —dijo, mirando a la robusta escocesa—. Usted, vaya a llamar una ambulancia.

El aya Hettie MacPhish, la exaya real de sesenta años de edad, había adoptado, a lo largo de toda su vida de trabajo, tantos nombres de sus propios patronos, que a veces olvidaba el suyo propio. En la actualidad era el aya Badenbergh, que trabajaba para Walter Badenbergh, el industrial de Nueva York. En el curso de los años había sido el aya Trent, de los barones de Nottinghamshire; el aya Norfolk, cuando cuidaba de la descendencia del duque; el aya Derby; después el aya Hastings, con el señor Quincey; pero lo más glorioso era que había sido el aya Windsor, el aya real Windsor. Sus mejores amigos notaron que, desde el día glorioso de su nombramiento cerca de

la familia ducal, había adoptado también el plural real en su charla. Cuando hablaba de sí misma nunca decía «yo» sino «nosotros».

—Vigila a la niña un momento —dijo a Melissa, su joven compañera. Puso el freno al cochecito de la niña Simone y fue apresuradamente hacia la cabina telefónica. Después de telefonar, se detuvo a escuchar la sirena del «Plymouth» que serpenteaba entre el tráfico; se dirigía al museo. Observó a los hombres vestidos de blanco que subían las escaleras y se abrían paso entre la muchedumbre que se agolpaba en torno al vigésimo quinto conde. Segundos más tarde introducían su cuerpo en la ambulancia. El policía se quedó en la escalera, tomando notas en su agenda. La muchedumbre fue menguando y desapareció. Al cabo de un minuto, no quedaban vestigios de que hubiera ocurrido nada anormal. Ella se dirigió hacia Melissa. El policía la detuvo.

—¿Me da usted su nombre?

Ella inclinó la cabeza y se lo dio.

—Quizá le pidamos declaración después. —Dijo el policía, mientras escribía su dirección en la agenda—. Debe haber sido un ataque al corazón. El calor, quizá. Gracias por su ayuda, señora —la saludó vagamente.

Hettie contuvo sus lágrimas. El señorito Quincey había sido uno de sus niños favoritos. Recordaba sus primeros pasos, patosos y cómicos. Se quedó meditando durante un rato. Incluso se acordaba del momento en que le sacaron del quirófano y lo pusieron en sus manos. Ahora estaba muerto. No era posible. Hacía años que no le veía, aunque nunca había dejado de mandarle un regalo por Navidad ni por su cumpleaños.

«Las ayas no son sentimentales —se recordó a sí misma. Suspiró y cerró los puños—. Firmes, Hettie, vieja —se dijo tranquilamente—. Arriba la barbilla, el pecho fuera, paso firme. Hay un trabajo que hacer». Estaba segura que un Charmaine-Bott sólo podía estar complicado en algo muy importante.

Miró las escaleras del museo. Un mensaje fundamental, habían sido unas de las últimas palabras del señorito Quincey. Hettie contuvo las lágrimas. De importancia mundial. *Debía* entregarlo. Estaba en la sala número trece.

La niñera joven estaba sentada en las escaleras del museo, muy pálida. Hettie pensó en reñirla por ensuciar el uniforme, pero se contuvo. Puso una mano sobre el hombro de su compañera.

—Está bien, Melissa —dijo suavemente—. Quédate sentada unos minutos. Espéranos. Voy a entrar al museo.

—Melissa asintió con la cabeza.

Hettie colocó la correa alrededor del pecho de Simone, le arregló el sombrero para el sol y comenzó a subir las escaleras de entrada al museo. La sala trece, había dicho el señorito Quincey. Buscó con la mirada un conserje.

—Es la sala del dinosaurio primitivo, señora —dijo el hombre uniformado—. Todo el mundo quiere ver la sala del dinosaurio. ¿Sabe usted, señora, que este

dinosaurio tiene casi doscientos millones de años? ¿Se da cuenta? Millones. Coja el ascensor. Cuarta planta.

El aya escocesa cogió el ascensor hasta la cuarta planta. La sala trece, con su número pintado en oro, era fácil de encontrar. Hettie se acordó de las últimas palabras del vigésimo quinto conde: «Mensaje... micropunto... en el mayor de los animales...» Miró al interior de la sala.

—¡Dios mío! —exclamó—. El chico no podía haber escogido nada mayor que esto.

Entró. Dominando el centro de la sala, flanqueado por dos gigantes más pequeños, estaba el esqueleto fosilizado de una de las mayores criaturas que ha pisado jamás la Tierra: un dinosaurio.

Hettie marchó hacia el zócalo de piedra caliza, sobre el que se encontraban los tres monstruos petrificados. Miró en derredor. Había dos visitantes en el punto más alejado de la sala. Aguardó a que se marcharan, pasó por debajo del listón protector y subió al zócalo, cerca de la cabeza del dinosaurio de veintidós metros. Escuchó durante unos momentos, para asegurarse de que no había nadie cerca. Entonces, apretando los dientes y dominando un momento de temblor, puso la mano en las mandíbulas del animal y palpó en derredor. No encontró nada. Se quedó sorprendida. Aquél parecía el lugar más indicado para esconder un mensaje. ¿Quizá dentro de la caja torácica? Buscó con todo el cuidado posible, también sin resultado. Sorprendida, se puso a examinar los huesos de la cola. Trató de hacerse una idea del tamaño del mensaje. Recordó las palabras del conde. «Un micropunto», había dicho. ¿Sería esto mayor que un guisante?

Decidió que probablemente menor. Debía estar dentro de uno de los huesos, pensó. Había centenares. Podría estar en cualquier parte. Hizo otra búsqueda sin resultado. Entonces se oyeron unos pasos que se acercaban. Hettie suspiró y, tristemente abandonó la sala.

William Badenberg presume de tener hoy dos mil novecientos veintidós. Se refiere a días. En realidad, tiene ocho años y se está divirtiendo. Los cumpleaños son una de las pocas ocasiones en que ve juntos a su padre y a su madre. No están divorciados. Lo que ocurre es que magíster Badenberg está muy ocupado en conseguir éxitos.

«El martes es el cumpleaños de William», telegrafió su esposa en Zurich.

«Bien —cablegrafió magíster Badenberg, como respuesta—. Prepara una fiesta para él. Y cómprale un coche nuevo».

«¿A las ocho?», preguntó la señora Badenberg.

«A cualquier hora», replicó su esposo.

Una llamada telefónica a su oficina de Suiza terminó con la confusión. Míster Badenberg canceló cuarenta y tres citas, se tomó dos días de descanso y voló hacia su

casa.

William tiene veintidós invitados, convenientemente escogidos en el libro social azul de la señora Badenbergh. Todos hijos de gente a la que es necesario conocer.

Están disfrutando de una barbacoa de langosta en el patio de los Badenbergh. A los niños les gustan Sammy Davis Junior, Danny Key y July Andrews. Míster Badenbergh está contento de haberles contratado. Sabe que, de otra forma, no hubiera sabido cómo divertir a un niño, y menos aún a toda la pandilla. Está de pie junto a la ventana, anestesiando su conciencia con martinis. Se siente culpable por haber abandonado sus negocios.

La señora Badenbergh se golpea los dientes con su elegante uña. Está preocupada. Se pregunta si el champaña para las niñeras estará a la temperatura adecuada.

Las niñeras son un rompecabezas social. Con frecuencia la señora Badenbergh habla de ellas con sus amigas. Las niñeras son eficientes, educadas, de modales perfectos y correctas, pero desconfiadas. Nunca se tratan con sus patronas, ni siquiera cuando se les anima a ello. Prefieren su propia compañía, su élite.

Atentas a los niños y riéndose de Danny Key, las ayas estaban sentadas y charlaban en el salón. Sorbían el champaña y mordisqueaban canapés abundantemente cubiertos de caviar. Parecían tranquilas, pero la señora Badenbergh sabía que a sus ojos de lince no escapaba ningún detalle. Esperaba que todos se sintieran satisfechos con la reunión.

La señora Badenbergh se asomó a la puerta del salón y miró. Como de costumbre, estaban sentadas en pequeños grupos, charlando tranquilamente. Aunque se reunían con mucha frecuencia, los corrillos eran siempre los mismos. No estaban agrupadas por edades ni de acuerdo a sus salarios. Ella habría comprendido una diferencia social causada por su nacionalidad, pero aquellas ayas eran todas inglesas. Susurró a la suya:

—¿Va todo bien?

—Perfectamente, señora —dijo el aya Hettie.

La señora Badenbergh salió, cerró la puerta tras ella, se encogió de hombros y se reunió con los niños en el patio.

—Algo terrible, terrible, ha sucedido —dijo el aya Hettie, reemprendiendo la narración interrumpida. Las otras ayas, en su tertulia, asintieron con simpatía.

—Pobre, pobrecito señor Quincey. Y después de todos estos años... Qué gente tan buena estos De Bapeau-Charmaine-Bott.

—Ez verdad, Hettie —ceceó Susan Martin, la más joven del grupo, con el pelo rubio listado por el reflejo de su uniforme blanco—. Nozotraz lo educamoz. Tuvo un zarrampión malízimo... y paperaz. Pero ziempre fue muy valiente.

—Debió serlo. Murió heroicamente —dijo Melissa, el aya que había hecho la cuenta atrás en la escalera del museo—. Se puede decir que tuvo una educación correcta. Tranquilo, calmoso y sosegado. Todo un honor para ti, tata Hettie.

La vieja aya movió la cabeza.

—No tanto, hija. Es la sangre lo que cuenta. Nosotras hacemos lo que podemos, pero sin la sangre adecuada... nada.

Las otras ayas asintieron de nuevo.

—Estaba en el Foreign Office, ¿verdad? —pregunto Emily Biddle, el miembro más antiguo del grupo de Hettie. Su pelo le salía disparado como puntas de puerco espín. Parpadeó detrás de sus gafas de pinza—. Me acuerdo de su padre: Cruz Victoria en la guerra zulú, creo.

Melissa se inclinó hacia delante confidencialmente:

—El conde dijo que estaba haciendo algo muy importante al morir. Dijo...

Un fuerte codazo de Hettie la interrumpió a mitad de la frase.

—Pero él dijo...

—Nada —dijo Hettie, con firmeza—. Lo que dijo era un secreto.

Melissa se mordió el labio. Las otras ayas asintieron con la cabeza a lo que había dicho Hettie. Lo que el vigésimo quinto conde dijera en el momento de su muerte no le importaba a nadie más que a su aya.

El aya Hettie MacPhish no había dormido. Tenía unas pronunciadas bolsas bajo los ojos. Cada vez que los cerraba veía la cara del conde. Cuando trataba de descansar, oía su voz que le daba las últimas instrucciones.

Salió a pasear con el cochecito de la niña en la soleada mañana. El señorito William, con dolor de estómago por culpa de la fiesta, estaba en el colegio. Su hermana de dos años, Simone, mostraba su nuevo oso de felpa a los que pasaban por su lado. La señora Badenberg insistía en que no había nada tan antihigiénico como un oso de felpa sucio.

—Simone debe tener un oso nuevo cada día —ordenó—. Sacarlo de la funda de plástico por la mañana, y a la basura por la noche.

Hettie no estaba de acuerdo, desde luego. ¿Quién había oído hablar de echar a la basura un osito de felpa? ¿Cómo podían llegar a querer sus ositos de esta manera? En fin, cada patrona tiene su punto débil. Hettie obedecía en parte a la señora Badenberg y pasaba un pedido regular a los almacenes Macy's. Pero no echaba los ositos a la basura. Calculaba que para Navidad podría enviar unos doscientos a los niños del hospital.

Hasta la muerte del vigésimo quinto conde, los ositos, sentados a la espera en la estantería de su pequeño apartamento, la habían mirado con cariño. Ahora sentía que sus caras, antes amigas, la observaban con desconfianza.

«Cuarenta y tres años de servicio», pensó Hettie. Cuarenta y tres años, desde que cumplió los diecisiete. Seis familias satisfechas, incluyendo un período con la familia real. Cinco referencias perfectas. Se inclinó y comprobó las correas de seguridad del cochecito, limpió la colcha y arregló la almohada de Simone. La cara del vigésimo quinto conde seguía mirándola.

Dirigió el cochecito hacia la entrada del parque, a lo largo del camino que conducía al banco donde encontraría a sus amigas. Ellas ya estaban allí, sentadas, tías, como cuatro tablas, en el largo banco situado frente al monumento a *Alicia en el País de las Maravillas*, de Delacorte.

La vieja Emily hacía otro chaleco para «Tarzán», su loro. Éste era tan excéntrico y nervioso como su dueña. Se había criado frente a un aparato de televisión. Era incapaz de hablar ni de silbar, pero hacía una convincente imitación de su tocayo de la selva, y se arrancaba las plumas del pecho hasta dejarlo pelado. Emily pasaba todos sus ratos libres haciendo alegres chalecos en miniatura para reemplazar sus plumas de colores y protegerlo del frío, mientras «Tarzán» dedicaba toda su vida a destejer todas las nuevas prendas. Era una carrera sin fin para ambos. Emily inventaba cada día nuevos puntos que creía indesmallables. Pero a la hora de acostarse, todos los días, «Tarzán» estaba otra vez desnudo. Se paseaba por la barra, trepaba arriba y abajo por la jaula, hasta que Emily lo volvía a vestir con el nuevo chaleco. Dormía abrigado y cómodo con su nuevo jersey y, con su grito de hombre mono, empezaba con el pico su trabajo de sastre, a la mañana siguiente.

—Buenos días.

Las ayas le dieron la bienvenida con un gesto, como si fueran una hilera de huchas de porcelana.

Hettie sonrió levemente. Las cuatro amigas se estrecharon para que ella pudiera situarse en el banco. Aparcó el cochecito y puso el freno.

—No pude dormir —dijo.

—Hace falta tiempo, querida —replicó Emily.

Las otras tres ayas asintieron con la cabeza.

—No —dijo Hettie—. No se trata sólo de la muerte del señorito Quincey. Hay algo más. Debemos decíroslo. Necesitamos vuestro consejo.

Explicó exactamente lo que había sucedido en las escaleras del museo y las últimas palabras del vigésimo quinto conde.

—Así es —exclamó Melissa, dramáticamente—. Era, en realidad, un espía inglés. Los espías siempre llevan píldoras para suicidarse.

Hettie estaba sorprendida.

—¿Espía? ¡Vamos! Los Charmaine-Bott nunca serían espías. El Galgo de Plata. Lo vimos detrás de su solapa. Era Correo Real. Espía, ¡claro! Estaba por entregar un mensaje. Debía ser para Su Majestad la reina.

—Bien, querida —dijo Emily, bondadosamente—. No debes culparte de esta muerte. Estoy segura que la reina lo entenderá. Pero ¿qué vas a hacer? ¿Decírselo al embajador británico?

—No. —Intervino Hettie con firmeza—. El señorito Quincey dijo que no había que fiarse de nadie. Estamos seguras que no se refería a vosotras, claro —añadió rápidamente—. Vosotras sois amigas. Buenas amigas. —Hettie se frotaba los ojos con el pañuelo—. Fue su último deseo, ¿sabéis? Este mensaje debe ser muy

importante. Hay que encontrarlo y enviarlo a la reina.

—Por carta certificada —añadió Ulina—. Así será más seguro.

Los impertinentes de Emily cayeron de su nariz cuando ésta asintió con énfasis. Los buscó a tientas en su falda, entre la fusión de la lana de hacer punto, y tiró después, de la cuerda que los suspendía del cuello, sacándolos como un pescador.

—Sí, yo te ayudaré a encontrarlo.

Las cabezas de las ayas se movieron con un gesto de afirmación.

—Todaz te ayudaremos —dijo Susan.

A través del solitario Central Park avanzó el pequeño contingente británico. Las ayas siempre marchan, nunca pasean, con la espalda recta, la cabeza erguida, la barbilla bien levantada sobre el pecho. Marchaban en columna por orden de antigüedad.

Hettie iba al frente de ellas... porque había sido niñera real. Su aguerrida figura y su ancha espalda casi tapaban la vista de la segunda en el mando, Emily. Detrás de las jefas marchaban Ulina, de mediana edad y alérgica a los hombres, seguida por la pelirroja Melissa. Cerraba la comitiva Susan, de diecisiete años.

Los ojos de los nativos observaban.

—Tan esterilizadas, Charlie —dijo uno de los mirones, cuando pasó la columna.

—No seas ridículo. Las mujeres no se esterilizan. Sólo los gatos.

—¡Contra! Quiero icir como en un querófuno. Como cuando me castraron.

—Tú quies icir circunstanciaron.

—Sí, esto también.

Las cabezas se volvieron y contemplaron cómo la última del pelotón de las ayas desaparecía por una curva del camino.

Era una mañana brillante, sólo soplaba una leve brisa del mar que despejaba el humo de los automóviles y la niebla que rodeaba los altos edificios del extremo del parque. La lluvia de la tarde había limpiado el polvo de las hojas y la hierba, y el parque tenía un aire de frescor limpio.

Las ayas llevaron los cochecitos a lo largo del estanque de canoas y los paseos cubiertos de árboles, hacia Central Park West. Cuando llegaron, sentían húmeda y algo viscosa la piel bajo sus delantales.

Hettie se detuvo frente al Museo Americano y pulsó el botón del semáforo, situado en el cruce frente el edificio. Una pequeña concentración de ayas que empujaban cochecitos se formó detrás de ella.

Las luces se pusieron verdes. Un desvencijado taxi amarillo frenó rechinando. El conductor sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué es esto, un desfile o una manifestación? —gritó.

Las ayas levantaron la nariz y le ignoraron. Una se ruborizó.

Aparcaron los cochecitos al lado de las escaleras, frente al edificio de piedra

amarilla. «Sabiduría», se podía leer en un enorme cartel colocado sobre la entrada del museo.

—Susan, quédate aquí —dijo Hettie señalando con el dedo la base del monumento a Theodore Roosevelt que se hallaba en la entrada—. Vigila todos los cochecitos. Y cuida a los niños. No hables con ningún hombre extraño, y si quieres sentarte, hazlo con la espalda bien erguida.

Bordeando el lugar de las escaleras donde muriera el vigésimo quinto conde, Hettie condujo a las otras hacia las sombras del gran vestíbulo de entrada. Estaba silencioso, casi como una iglesia, en contraste con el ruido del exterior. El sol brillaba a través de las ventanas apantalladas que quedaban a su espalda. Las columnas de piedra formaban largas sombras.

—¡Oh! —exclamó, mirando dos primitivas cabezas de madera situadas frente a ellas sobre unas columnas. Se puso a temblar. Había algo de temible en aquellos guardianes de ébano, que se hallaban en los pisos superiores del edificio.

Hettie condujo a su escuadrón hacia el cuarto piso.

—Exactamente aquí —murmuró.

El corredor se hacía más oscuro. Finalmente, Hettie se detuvo frente a una gran puerta.

—Hemos llegado. Aquí. Éste es el sitio donde el señorito Quincey ocultó el mensaje. —Hettie señaló con la cabeza la abertura artesonada—. Aquí está.

Se agolparon detrás de ella y miraron la oscura sala.

—¡Dios mío! —dijo Ulna—. Qué cosa más horrible.

—Es espantoso —murmuró Melissa.

—Y enorme —dijo Emily, poniéndose los impertinentes como si fueran anteojos.

—Es un dinosaurio.

El monstruo prehistórico, con su descarnada cabeza, grande como un depósito de basura, parecía mirarlas. Su espalda se levantaba hacia sus gigantescos cuartos traseros, a siete metros del zócalo de piedra caliza de diecinueve toneladas. El armazón de las costillas como la cubierta sin acabar de un barco vikingo, le sostenían los huesos de las piernas, de color marrón cada uno de ellos casi tan grande como una de las ayas. La cola, que caía sostenida por un espectacular armazón, parecía no terminar nunca.

Hettie retrocedió unos pasos y trató de ver al monstruo desde un poco más lejos. Después llamó a sus amigas y todas se reunieron en apretado grupo. Miraron al inmenso animal.

—Dijo que estaba aquí. Por lo menos dijo que estaba en el mayor objeto expuesto. Éste es el mayor. Si el señorito Quincey dijo que estaba aquí, aquí tiene que estar. Nunca mentía. En alguna parte debe haber un mensaje.

Las cuatro ayas buscaron. Durante una hora y media examinaron el dinosaurio. Hurgaron, pincharon y observaron. Miraban a distancia cuando otros visitantes o un conserje entraban en la sala. Pero cuando estaban solas, subían al zócalo y registraban

el esqueleto.

No encontraron nada. Finalmente, decidieron abandonar la búsqueda.

2

La entrada al cuartel general de Nueva York del Tse Eih Aei, el servicio de espionaje de la China comunista, se efectúa a través de la cabina telefónica del centro, que está en un bloque de tres de ellas, situadas frente al hotel Plaza. Se pone una ficha en el aparato, se marca el 83 49 27, se aprieta el botón oculto detrás de la salida del cable y el ascensor camuflado le baja a una habitación húmeda y fría, situada en el pasadizo subterráneo de una de las alcantarillas principales. La habitación huele a incienso, a opio y a chuleta de cocodrilo. Sólo es habitable gracias al olor del agua de baño perfumada de los desagües de primera calidad del hotel.

La habitación está mal iluminada y el vapor de las alcantarillas se condensa sobre cualquier cosa, y cae a gotitas por las paredes cubiertas de moho. Las botas, los zapatos y los cinturones de cuero se enmohecen a los pocos días. En las lentes de las cámaras de los espías crecen hongos exóticos. Pero este cuartel general tiene sus ventajas: está en una zona céntrica, cerca del Metro y de las líneas de los autobuses y, lo que es más importante, no cuesta nada. La República Popular China administra celosamente los dólares.

La pequeña estancia está atiborrada de trastos. Seis literas, en hilera de tres, se alinean frente a dos paredes opuestas, como en un fumadero de opio. La tercera pared sostiene el receptor-transmisor de radio, coronado por un cartel escrito al carbón, en que se cita la exhortación de Mao Tse-tung a los congoleños, en 1964: «Gentes del mundo, uníos y derrotad a los agresores USA y a todos sus perros seguidores... Los monstruos de cualquier clase deben ser destruidos».

La cuarta pared es más pequeña, debido a la puerta que da paso a la alcantarilla y a la entrada del pequeño ascensor. Un secador, que funciona con monedas, y un hornillo eléctrico están juntos. Dos retratos de Mao Tse-tung se encuentran en los estantes, entre botes y sartenes usados que se utilizan para preparar la comida de los espías.

El centro de la habitación está ocupado por una mesa de madera con los bordes quemados por colillas de cigarrillos, y el centro manchado por aros de tazas de té. No hay más que seis sillas, robadas del teatro al aire libre de Central Park. No queda sitio para una séptima silla, y en las reuniones plenarias uno de los agentes tiene que sentarse en el suelo, sobre una litera o sobre el secador.

Se está celebrando una reunión. El idioma que se habla es el cantonés. Wo Dung, que está al frente del grupo encargado de arrebatar el mensaje al vigésimo quinto conde, está haciendo su informe:

—Entonces, este demonio blanco de larga nariz... ¿Cómo le describiríais, camaradas? Quizá como un capullo de loto de un lago de la montaña, que envuelve con delicadas hojas la terrible picadura del escarabajo venenoso, se mueve diestramente de costado y entonces, mi bien dirigida lanza, pasa a una milésima de milímetro de su corazón. Y corre como una liebre de bosque hacia la escalera de la

balaustrada de la parte inferior del museo.

—¿Y...? —suspira Lui Ho, el jefe del grupo y comisario político.

—Sin embargo, camarada jefe —interrumpió en tono sarcástico Fat Choy—, Wo Dung obtuvo un éxito menor. Su bien dirigida lanza atravesó un oso, un oso ruso.

La cara esquelética de Lui Ho no denotó ni placer ni ira. Buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó una copia de las *Citas del Presidente Mao Tse-tung*. La colocó sobre la mesa, frente a él, y estudió la roja cubierta de plástico. Fat Choy se dio cuenta de que el centro exacto de la calva cabeza de Lui Ho comenzaba a cambiar de color.

Era la única pista que la cuadrilla de espías tenía sobre el humor de su jefe. El centro de su cabeza se puso de color amarillo marrón. Lui Ho estaba enojado.

Wo Dung, segundo en el mando, no advirtió el aviso amenazador. Reía mientras continuaba:

—Y entonces, querido camarada jefe, nuestros bravos indios... Debería usted haberles visto con sus pinturas de guerra. Atacaron, pero vieron frustrado su intento por culpa de una mujer..., una maestra de escuela. Me hubiera gustado matarla, pero había muchos niños a su alrededor. Así pues, ordené a los guerreros que regresaran a la barca.

—¿Y...? —suspiró Lui Ho, cuya calva se tornaba de un color púrpura.

Wo Dung sonrió.

—Oh, ilustre Señor de la Guerra: nuestro enemigo, seguido de cerca, cometió una maniobra falsa. Con sus monstruosos zapatos capitalistas, pisó un pie a una de esas niñas de larga nariz que se ven tan a menudo en Central Park, cuidando los retoños de la aristocracia. Ésta, afrentada por la súbita agresión, le golpeó en la cara con el bolso y cayó... muerto. Astutamente, fingí ser un médico y lo examine. No llevaba el mensaje.

—Sam Ling —dijo Lui Ho, con su voz suave—. Dime ¿por qué falló Wo Dung en su misión?

Sam Ling, el tercero en el mando, tragó saliva. Su bigote caído se movió. Sus labios estaban inquietos.

—Por una razón muy sencilla, camarada jefe; el fallido asesinato alertó al agente enemigo, quien se libró de los perseguidores, y tuvo tiempo de pasar el mensaje antes de sufrir la trombosis coronaria.

—Ya... —suspiró Lui Ho. Limpió con el dedo pulgar el vapor que se había condensado en sus gafas—. Sam Ling, quedas ascendido a segundo en el mando. Eructó muy fuerte, y movió la cabeza en dirección a Wo Dung.

—Pero, querido camarada jefe. Nuestro ilustre país escogió... —comenzó su degradado agente.

—Eliminación —dijo Lui Ho, firmemente.

Los otros espías cogieron a Wo Dung, lo levantaron del suelo y lo llevaron a la fuerza, con los pies por delante, al secador. Sus gritos se fueron apagando mientras desaparecía en el interior, y cesaron cuando la puerta se cerró ante sus narices. Lui

Ho hizo un signo con la cabeza. Wo Dung le miraba entre la niebla, a través del cristal.

Pi Wun-tun, el tesorero del grupo, con su cara redonda, revolvió su bolsillo y después colocó un puñado de monedas en la ranura de la máquina.

—No es sólo su fracaso, sino también la elaborada manera capitalista de cómo trata de justificarlo —comentó Lui Ho, al tiempo que su cabeza volvía a adquirir su color normal de pergamino—. Sería mejor poeta que espía y los poetas no son más que zánganos en la colmena de la República del Pueblo y moscas en el unguento de Tse Eih Aei. Observad bien y daos cuenta que los trabajos extensivos y honorables tienen siempre su recompensa, mientras que la incompetencia y el fracaso no son más que un lujo capitalista. —Apretó el interruptor del secador. La máquina tembló. La cara de Wo Dung se puso rígida, después fue sacudida de arriba abajo. El tambor fue cogiendo velocidad y la cara comenzó a hincharse y giró hasta acabar convertida en una mancha informe. Lui Ho giró el botón de control hasta la máxima potencia y sonrió—. ¡Cómo se elevará la austera moral del obrero, en nuestra querida China, cuando sepa que Wo Dung perdió la vida por la causa de la revolución en América!

Lui Ho miró la pequeña habitación.

—Con uno menos, podremos sentarnos todos. —Abrió un gran cuaderno que estaba sobre la mesa, frente a él—. Podemos, pues, creer que el inglés entregó el mensaje, o bien que no lo hizo. Yo pienso que el mensaje no se ha transferido.

—Bien... bien... —agregaron los otros espías.

—Los cerdos occidentales aún no han expuesto el plan, por lo que deduzco que el mensaje no ha sido entregado.

—Bien... bien... bien...

Lui Ho miró a sus cinco espías.

—Entonces, ¿dónde está? —golpeó la mesa de madera con los puños—. Necios, puede estar en dos sitios. O bien en el museo, o... lo tiene esa niñera. Si está en el museo, será como buscar una aguja en un pajar. Pero... si lo tiene la niñera, llegará a estos perros y esto no debe ocurrir. Debemos, pues, actuar del siguiente modo: eliminamos a la niñera esta noche. Tú, Fat Choy, enviarás paquetes con explosivos a su piso. —Lui Ho hizo una pausa—. Los restantes atacarán el edificio del museo con granadas de fósforo. Quedará totalmente destruido. Los ataques deben ser simultáneos por todos los sitios.

—Bien... bien... bien... —dijeron cuatro de los espías.

—Quizá no tan bien —dijo el quinto.

—¿No tanto, Sam Ling? —preguntó Lui Ho, fríamente. Forzó sus ojos, que se volvieron aún más oblicuos.

—No, camarada jefe —dijo Sam Ling. Se imaginaba a Lui Ho tocando el gong en Central Park mientras medio Nueva York ardía—. Su idea original es mucho mejor.

—¿Idea original?

Sam Ling cruzó sus dedos bajo la mesa.

—Sí, camarada jefe. La idea que mencionó brevemente en la reunión; antes de ser interrumpido por Wo Dung. Usted sugirió que la niñera no tenía el mensaje. Recordará que me encargó controlar al inglés durante el tiempo que permaneciera en el museo, y le dije que lo había hecho y que sólo había dos minutos en que escapó a nuestro control, desde que el desastroso jefe Wo Dung permitió al nariz larga escapar de nuestra vigilancia y disponer del micropunto.

—¿Yo lo dije? —preguntó Lui Ho.

—Sí —continuó Sam Ling—. Quizá recuerde usted que sugirió que, aunque la niñera no tenga el mensaje, puede saber dónde está.

—Creo que empiezo a recordar haber dicho algo de esto.

Sam Ling sintió un profundo alivio. Deseó, una vez más, que su Gobierno dejara la tarea de espionaje en manos de agentes especializados y no en las de políticos entusiastas.

—Usted sugirió que deberíamos recuperar la información y devolverla a nuestra patria. Esto daría un gran prestigio a nuestro departamento.

—Sí —dijo Lui Ho—. Recuerdo muy bien la última parte. Recuerdo también haber leído en algún sitio, y no puede ser más que en las obras de nuestro ilustre líder, que hay que atacar siempre al enemigo en su punto débil.

Fat Choy levantó las cejas y miró a Pi Wun-tun.

Lui Ho continuó con entusiasmo:

—Atacaremos a las niñeras. —Fat Choy se rió. Lui Ho le miró fijamente—. Capturaremos a las niñeras y a los niños; así ellas confesarán toda la verdad para aliviar el sufrimiento de los pequeños confiados a su tutela.

—Naturalmente que dijo usted esto —dijo Sam Lin—. Pero aún tuvo usted una idea mucho más brillante.

—Adelante —dijo Lui Ho—. Recuérdemela.

—Sí. Usted dijo que debíamos recordar los odiados tiempos imperialistas en nuestra querida madre patria, cuando las engreídas familias de los demonios blancos, que nos explotaban, tenían estas niñeras en la familia. Nos señaló muy oportunamente que las niñeras no eran flores delicadas, aunque su complexión semejaba la de las orquídeas. ¡Orquídeas con pétalos de piel de cerdo! Recuerde al batallón de soldados de caballería de Japón en las montañas Maidok... que debió retirarse a causa de que una de estas orquídeas estaba resentida contra el comandante, que había violado a una de las niñas de la casa.

—Quizá también ella deseaba a la niña —gruñó Fat Choy.

—No. En tiempos difíciles, estas extrañas mujeres, sin niños y sin marido, muestran una resistencia casi fanática a la opresión. No son tigres de papel. —Sam Ling desvió la mirada de Fat Choy a Lui Ho—. Usted indicó que teníamos que seguir a las niñeras a todas partes y seguir las muy de cerca. Teléfonos controlados..., control de las conversaciones. Que nos den la información que precisamos sin que ellas lleguen a enterarse.

—Bien, —Lui Ho sonrió a su nuevo segundo—. Tiene razón. Yo dije todo esto. Sam Ling pondrá grabadoras en los apartamentos de las niñeras. Controlará todos los sitios en los que puedan hablar. Y dispondrá que sean vigiladas durante todos los minutos del día y de la noche. ¿Entendido?

—Exacto, camarada jefe —dijo Sam Ling—. Una orden muy sagaz.

—Bien... bien... bien... —murmuraron los otros espías.

Los ositos del estante la miraron acusadoramente. Sus ojos la siguieron mientras cruzaba su apartamento para ir al dormitorio. Se quitó el reloj de bolsillo y lo dejó en la mesita de noche. Su tictac parecía decir «sala trece... sala trece... sala trece...»

Se desprendió la bata, y abrió después el cesto de la ropa. La tapa parecía decir «seguridad del mundo... seguridad del mundo...»

Se sentó al borde de la cama, se quitó los zapatos y se frotó los pies. Se levantó y puso en marcha el aire acondicionado. El ventilador cogió velocidad. «No te fíes de nadie... no te fíes de nadie... no... no... no». Hettie se apoyó en la cabecera de la cama. Ésta rechinó: «Vital... importante... vital... importante».

Se tapó los oídos con las manos y se mesó los cabellos grises.

—Maldita sea, señorito Quincey —dijo—. ¿Por qué no recordaste lo que te enseñé: mirar siempre por dónde vas?

Se estiró y alargó el brazo para alcanzar el teléfono del lado de la cama.

Emily acarició el trasero de nueve meses de Lindon. Estaba tumbado sobre las rodillas de ella, boca abajo, parpadeando en espera del golpe. Pero no lloraba. El manoseo le daba una sensación de seguridad. Barboteaba sin respiración. Emily lo levantó y lo puso sobre su hombro. Ella le zarandeaba. Lindon eructó, mientras los músculos de su estómago se combaban.

—Muy bien —dijo Emily—. Muy bien. Bonito y limpio. Bañado y empolvado. —Se inclinó y le olfateó—. Bonito —dijo sonriendo—. Se levantó y lo colocó en el parque.

En el exterior, en la sala de juegos de los niños, la hermana de Lindon, Dagmar, de doce años, hacía muecas a su hermano mayor, Carl.

—No debes hacer esto a la tata. Es feo.

—Es una anciana —gruñó él—. Es peor que el resto: «No puede hacer esto, señorito Carl. No debe hacer aquello. Ésta no es forma de comportarse, señorito Carl. Debe comportarse como un caballero, señorito Carl». Al infierno. Lo he venido oyendo toda mi vida. Ya tengo quince años. Son demasiados para seguir así; además, es importante para mí salir esta noche.

—Tienes una cita —le importunó Dagmar—. Seguro que es eso. Tienes una cita con una chavala.

—Cállate —gritó Carl—. Ve a ver la televisión si no quieres ayudarme.

—Pero suponte que le sienta mal.

Carl suspiró.

—Nada de eso. Está muy bien preparado. Todo el mundo en el colegio lo usa.

—Esto está muy mal. Pero si te ayudo, ¿podré ir contigo?

—¡Ni hablar! —gritó Carl—. Pero te diré lo que puedes hacer. Ayúdame y te daré un dólar. Podrás salir por tu cuenta.

—Bien —dijo Dagmar, sonriendo—. ¿Vas a hacer que ella lo fume?

—No —dijo Carl. Rascó el bloque de resina con el filo de su navaja—. Lo voy a mezclar con el helado. No se va a dar cuenta. Es a prueba de hielo.

Dagmar se rió.

—Esto la va a hundir —dijo.

Carl hizo una mueca, rascó más resina y la puso en la palma de la mano.

—Esto servirá —dijo, y desapareció en la cocina.

—Hora de ir a la cama. Hora de ir a la cama —cantó Emily mientras entraba en la habitación, con toallas en los brazos y el pelo que le salía disparado de la cabeza, como una escobilla para limpiar pipas.

—Vengan los dos. Un baño y a la cama.

—Vamos, tata. Ya tengo quince años. ¿No puedo quedarme un poco más?

—Hora de irse a la cama —siguió cantando Emily—. A dormir pronto para levantarse temprano.

Dagmar miró a Carl y sonrió.

—Está bien —dijo éste y guiñó el ojo a su hermana.

Emily preparó las habitaciones mientras los niños se duchaban y se ponían el pijama.

—La cena está en la mesa —dijo ella.

Los niños aparecieron con las batas.

—Por favor, ¿quieres comer algo con nosotros esta noche, tata?

—No tengo hambre aún —dijo Emily.

—Por favor tata Emily —rogó Dagmar—. Te echo tanto de menos cuando nos vamos a la cama. Por favor, quédate y cena un poquito con nosotros.

—Te compré un helado, especial para ti —dijo Carl.

—Bueno... —dijo Emily, sorprendida por la inesperada generosidad—. Muy bien. Sólo por esta vez, trato especial. La tata cena con vosotros.

Se sentó a la mesa. Carl fue a la cocina y volvió un segundo después con un gran helado de chocolate en un plato.

—Aquí tienes, tata.

—Uuuuuh... parece delicioso, señorito Carl. Es muy generoso de tu parte acordarte de tu vieja tata. —Los niños se miraron mutuamente con la nariz metida dentro de sus tazas de leche. Emily se llevó una cucharada de helado a la boca. Cuando terminó, se limpió los labios con una servilleta—. Muy bueno. Gracias a los

dos, muchas gracias. Y ahora... ¡a la cama!

Arrojó a Dagmar bajo las mantas, le dio un beso y cerró la puerta del dormitorio. Llamó a la puerta de Carl y dijo:

—Felices sueños. —Arqueó las cejas ligeramente mientras reía.

El cuarto de estar de los niños parecía haber aumentado de tamaño. El trayecto desde la mesa hasta la puerta de la cocina parecía más largo. Emily recogió los platos de la cena. Le parecían muy ligeros. Se preguntó si la sirvienta había sustituido los platos de porcelana por unos de plástico. Dio un paso hacia la cocina y casi se cayó. Sentía que sus pies rebotaban en la alfombra, como si ésta fuera blanda, de goma espuma.

Puso los platos en el fregadero. La última taza se escurrió de sus manos. Sorprendida, la vio caer lentamente hacia el fregadero. Flotaba como una hoja. Se quedó muy sorprendida cuando se rompió con el golpe y los trozos rodaron por el fregadero.

—El calor... —pensó Emily.

Se abanicó con los impertinentes mientras se dirigía a su apartamento. Sus pies bailoteaban en el aire. Tenía que luchar concienzudamente para mantenerlos en el suelo. Llegó a la puerta de su habitación y tuvo que hacer un esfuerzo para abrirla, resoplando. Las flores de papel de la pared le parecían tridimensionales. Parpadeó.

—Aaaaaa... eeeeeee... aaaaaa... eeeeeee —gritó su loro «Tarzán», lanzándose triunfalmente, desnudo, de la barra de la jaula al trapecio. Esperaba la gentil reprimenda de Emily, a la vista del embrollo de lana que había en el fondo de la jaula.

Buscó en su bolso, se balanceó suavemente, y sacó el nuevo chaleco de lana. Dio un par de pasos vacilante hacia la jaula, blandiendo el chaleco hacia el loro.

—Malo, malo, «Tarzán». Pero Emily va a acabar de una vez con todo.

Miró con dificultad las puntadas entretejidas y abrió la puerta de la jaula. «Tarzán» se subió a su brazo y ofreció la cabeza para que se la rascara.

—No hay tiempo. No hay tiempo. —Gritó Emily, envolviéndolo en el chaleco nuevo. Pasó las alas por los diminutos agujeros. El pájaro le parecía cada vez más pesado. Emily creyó que levantaba un saco de arena mojada. Moviéndose a «Tarzán» hacia la jaula. Éste revoloteó enfadado. Después subió fatigosamente a la barra y contempló su último rompecabezas de lana. Emily cubrió su jaula con una toalla marrón. «Tarzán» dio un último grito ensordecedor, de hombre mono, y se acomodó para pasar la noche.

—¡Eyyyyy! —dijo Emily.

De repente se sentía feliz. Sintió deseos de cantar, pero se detuvo. «Las ayas no cantan cuando acaban de dejar a sus niños en la cama», dijo para sí. Puso la radio. No servía; tenía que cantar... No, lo que tenía que hacer era volar. Eso es..., tenía que volar. Se preguntó qué pasaría si se ponía a saltar sobre la cama. Trepó por la colcha y sacudió los pies, haciendo ondular las manos, como si fuesen alas.

—¿Qué hace? —preguntó Dagmar.

Carl respondió, sin quitar el ojo de la cerradura del cuarto del aya Emily:

—Está haciendo un número de trampolín en la cama.

—Déjame ver. Déjame ver —pidió Dagmar.

Carl la empujó, apartándola.

—Está cantando. Tiene la cara muy roja. Está realmente fuera de sí.

—Espero que no le dé un ataque al corazón.

—No. Sólo hace lo que tendría que hacer siempre; se está divirtiendo. Ya se serenará y se meterá en la cama.

Emily vio un gran dinosaurio verde deslizándose por el suelo. Comenzaba a subir por el papel de la pared. Alargó la mano para acariciarle la cola. Asustado, el bacilo se sumergió en las flores de la pared. Emily sonrió feliz.

Sonó el teléfono. Emily levantó su brazo, de tres metros, y lo cogió.

—Oiga, oiga —dijo una voz con acento escocés—. ¿Me oyes, Emily?

Emily se preguntó, momentáneamente, cómo el teléfono había llegado a saber su nombre. Le gustaba su voz musical. Decidió contestarle cantando.

—Aquí estoy, estoy —trinó con música del *Danubio Azul*.

Cantaba moviendo el teléfono. La metálica voz escocesa le contestó.

—Por Dios, mujer. Soy Hettie.

—Hola, Hettie, hola —cantó Emily, y puso el auricular cerca de su cabello encrespado. Qué coincidencia que el teléfono tuviera el mismo nombre que su amiga.

—Queremos hablar contigo —dijo la voz—. Se trata del dinosaurio del museo.

Emily apartó el teléfono de su oído y lo examinó. La redonda «O» del micrófono parecía asustada. Ella sonrió.

—Aquí también hay un dinosaurio —le dijo al micrófono, confidencialmente—. Es muy cariñoso. Se subió por la pared.

—¿Quién? ¿Dónde? —preguntó Hettie—. ¿Has estado bebiendo?

Emily enarcó las cejas. No estaba muy segura de si le gustaban los teléfonos que se mostraban tan impertinentes.

—El mensaje del museo —dijo Hettie—. Debemos encontrarlo, sea como sea.

—¿Por qué me lo dices a mí? —contestó Emily—. Estoy segura de que hay montones de teléfonos a quienes les gustaría saberlo. Hay muchas cabinas en el museo. Pregúntaselo a ellos.

—Oye, bruja —dijo Hettie con voz ya exasperada—. Una de las dos debe haberse vuelto loca. Te llamé porque pensé que quizá tendrías alguna idea.

—Bueno, claro —replicó Emily. Vio como el dinosaurio saltaba del papel de la pared y se abría camino entre las ropas de su cama, a su lado. Se volvió para mirarle.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Preguntó Hettie.

—Nos lo quedaremos en casa —dijo Emily—. Son muy cariñosos. Realmente creo que se les interpreta mal.

—¿Qué es lo que nos quedaremos en casa?

—El dinosaurio, claro —dijo Emily—. Lo sacaremos del museo. Lo

rescataremos. Hay que rescatar a todos los dinosaurios.

—¿Quieres decir que lo robemos?

—Si le hablamos con suavidad, probablemente nos seguirá.

—No hay ninguna necesidad de ser tan sarcástica, mujer. ¿Crees que debemos sacar esa cosa del museo para poderlo examinar detalladamente?

—Eso, o algo por el estilo —dijo Emily. El dinosaurio verde le estaba haciendo muecas para llamar su atención—. Nos lo llevaremos. Está muy domesticado.

—Pero mide más de veintidós metros de largo —dijo Hettie.

—Qué más da que sean tan grandes; son amigos. —Emily comenzó a canturrear a su dinosaurio, que se había recostado en su falda.

—Debe haber algo extraño en la línea, tu voz suena rara —dijo Hettie—. Sin embargo, pensaremos en lo que has dicho. Quizá podamos hacer algo así. Hablaremos de esto mañana. Buenas noches.

El teléfono quedó en silencio. Emily lo balanceó por el cordón durante unos momentos, y después lo dejó en el suelo. El pequeño dinosaurio le hizo otra vez muecas y movió la cola. Ella le rascó el estómago lleno de escamas. De pronto sintió mucho sueño.

—Se ha dormido —dijo Carl a su hermana—. Te dije que lo haría. Me voy a escapar ahora.

Dagmar estaba preocupada.

—¿Y la dentadura? —preguntó—. Siempre se la quita cuando se acuesta. ¿No deberíamos quitársela nosotros? Puede ahogarse.

Ulina miraba la televisión todas las noches de la semana, excepto en su día libre que se iba al cine. Aquella noche estaba sentada en el sillón y miraba cómo Marlon Brando besaba a su amiga en la pantalla. Suspiró y se preguntó por millonésima vez qué se sentiría cuando un hombre la besaba a una. La idea le hizo estornudar. Suspiró otra vez. Mucha gente era alérgica a una cosa determinada: piel de gato, polen, pintura, alcohol. Ulina era alérgica a los machos. Cualquier clase de ellos, humanos o animales. Y por esto su trabajo, como el del aya Nesbit, se limitaba a los bebés hembra.

Ulina tenía treinta y ocho años y su busto medía casi un metro. El destino la había hecho atractiva a los hombres. Pero, desgraciadamente, los había hecho repelentes para ella. Experimentaba todos los sentimientos normales, pero nunca podía llegar al final. Si un hombre la rozaba, estornudaba violentamente. Si llegaba a tocarla, le salía un sarpullido. Una vez, cuando tenía dieciocho años, un chico comenzó a besarla. Por desgracia, ella se desmayó. Intentó establecer relaciones por teléfono, incluso por correspondencia. No consiguieron más que aumentar su frustración.

Brando volvió a besar a la chica. Ulina miraba, con los labios ligeramente entreabiertos, cómo las manos de él acariciaban el cuerpo de la joven.

Ulina pensó en los hombres. Pensó en el vigésimo quinto conde. Nunca le había visto, pero recordaba la descripción de Melissa. Debió ser guapo. Lástima que hubiera muerto tan joven. Trató de imaginarse en el lugar de Hettie y se preguntó cómo habría reaccionado si le hubiera ocurrido a ella. Terrible. Y ahora quedaba el problema del mensaje. Se preguntó por qué sería tan importante.

«Te amaré siempre... quizá», murmuró Brando. Pasó la pierna por encima de la moto y partió velozmente.

Ulina suspiró otra vez y después estornudó.

—Ponte de pie —dijo con seriedad el aya Melissa, de veintidós años—. ¿Cómo quieres que te enjabone si estás jugando con ese barco?

Randall Andrew Jerome IV chapoteo ruidosamente. Se sumergió hasta que los ojos estuvieron al nivel del agua y miró por encima de su ombligo, y a través del oleaje, hacia el destructor, que apenas era visible contra el mármol verdoso de la bañera. Entonces, con el pulgar del pie torpedeó el barco.

Un dedo duro, con una afilada uña, le golpeó el estómago.

—Señorito Randall —amenazó Melissa St. Clair.

Randall se irguió. La pelirroja aya le pasó la esponja. Tenía dedos suaves, casi siempre. Él levantó las manos. Ella le frotó los sobacos, el pecho y la espalda.

Le echo agua en los muslos. Él oyó como ella escurría la esponja. Miró al techo y silbó. Era difícil mantener el tono cuando le enjabonaba los muslos pero el concentrarse en la música le ayudaba. Como siempre desafinó en el momento crítico.

—Límpiate el jabón. —Ordenó Melissa. Sus verdes ojos mostraban determinación.

Randall se sentó. Ella vertió agua sobre él.

—Y ahora, sal y sécate mientras yo me ducho, ¿de acuerdo, cariño?

Él asintió con la cabeza.

Randall Andrew Jerome IV salió de la bañera. Era alto, guapo y sólo tenía veintiséis años; era un *playboy*, heredero de una fortuna de millones de dólares. Su padre, siempre viajando, ocupado en ampliar su imperio financiero, confiaba en él para que dirigiera el departamento de la costa oriental.

Randy tuvo niñeras inglesas desde su infancia. Su padre había pasado un pedido a una agencia de empleados domésticos y había dado una orden a su Banco para que pagara los sueldos de las niñeras. La orden no se rescindió nunca. Jerome senior se había olvidado de ella y Jerome *junior* prefería no recordárselo. Porque, a medida que Randy iba creciendo, sus ayas eran cada vez más jóvenes y más bonitas. Melissa, pensó, era perfecta.

—Hora de acostarse —dijo Melissa, rápidamente, cuando volvió de la ducha—. Ahora mismo, señorito Randall.

Randy hizo una mueca y continuó sirviéndose una copa.

—Ahora mismo —insistió Melissa—. O me voy a enfadar.

Randy llenó otro vaso y se lo sirvió a ella. Ella le sonrió y dejó el vaso en la mesa contigua.

—A la cama —dijo ella otra vez.

—Muy bien —dijo Randy—. Muy bien, tú ganas.

—Ya sabes las reglas —dijo Melissa.

Randy se desabrochó el batín y lo extendió al pie de la cama. Melissa lo cogió y lo puso en la percha, detrás de la puerta. Randy saltó a la cama y se subió las sábanas hasta la barbilla. Melissa las apretó fuertemente a su alrededor. Después le besó rápidamente en la frente.

—Buenas noches señorito Randall —dijo.

—Buenas noches tata —replicó Randy. Esperó a que ella se retirara de la cama y se sentó—. Gracias a Dios por todo esto —dijo cogiendo la bebida—. ¿No crees que podríamos olvidarnos ya de todas estas tonterías?

—Un pacto es un pacto —dijo Melissa, que recogió la copa y bebió un sorbo—. Yo soy tata hasta que estoy fuera de servicio, es decir, hasta que te he puesto en la cama y te he dado un beso de buenas noches. Después, soy Melissa.

—Pero nos vamos a casar pronto —insistió Randy.

—Entonces dejaré de ser un aya —sonrió Melissa.

Randy bajó de la cama y la atrajo hacia él.

—Realmente eres un aya muy bonita —dijo.

Melissa hizo un mohín.

—No —replicó—. Ahora no soy un aya. Sólo soy Melissa.

Putney Willet estaba recostado contra el mármol blanco de la falsa chimenea. El resplandor eléctrico del carbón de plástico daba un reflejo color de oro a su *smoking*. Alargó el brazo hacia la repisa de la chimenea, como había visto hacerlo en el anuncio de *bourbon* en *Esquire...*, era elegante. Era un experto en poses y lo sabía. «Es lógico que lo sea», se dijo. Había pasado más tiempo ensayando ante un espejo que cualquier actor de cine o teatro. Era un diplomático.

—Salimos en seguida —dijo Putney Willet, alegremente—. Otra vez a salir. Tenemos que estar al día con los compromisos sociales. Yugoslavos esta noche. —Se alisó el bigote con el dedo índice—. Eh, eh, ¿qué ha hecho mi chiquilla hoy? Apostaría algo a que ha hecho muchas cosas, al igual que su madre.

Susan dijo:

—Ha ido a dormir.

—Dormir, ¿eh? Cansada, supongo. ¿No tienes problema en que vaya a verla un momento, tata? ¿Te importa que eche un vistazo a mi pequeña?

—Faltaría más, zeñor. —Trató de recordar la última vez que él había visto a la niña Charlotte despierta. Desde luego no había sido durante los últimos dos meses.

—¿Estás listo, Putney? —dijo una voz chillona. La señora Willet entró en el salón, con una capa de visón blanco sobre los hombros de su vestido de noche de seda—. Demonios. ¿Dónde ha ido este hombre ahora, tata? ¿Dónde se ha escondido el señor Willet?

—En la habitación de la niña, zeñora —dijo Susan.

—Oh, Dios mío, este hombre. —Gruñó la señora Willet—. Siempre se pone a jugar cuando tenemos algo importante que hacer. Tata, no debías haberle dejado. Siempre llegamos tarde a todas partes. —Se volvió hacia el espejo situado sobre la chimenea y retocó su maquillaje. Vio reflejada la figura de su marido que regresaba de la habitación.

—Bueno, al fin. Déjame que te mire. ¡Lo sabía! ¡El nudo de la corbata, torcido! ¡Dios, estos hombres! ¿Por qué no os arregláis bien en lugar de perder el tiempo en la habitación de los niños? Vuélvete, déjame que te vea de espaldas. —Limpió unas motas imaginarias—. Vamos, llegaremos tarde, como siempre. —Fue la primera en salir de la sala.

Putney Willet se volvió al llegar a la puerta.

—Sírvese un trago de ginebra, tata. Póngase en forma. Buenas noches.

—¡Put... ney! —gritó la señora Willet.

—Tata... tata... tata —Susan imitó la voz de sus patronos, cuando oyó cerrarse la puerta tras ellos. ¿Por qué la seguían llamando de aquella manera? Esto la hacía sentirse vieja, como Emily y Hettie. Y ella sólo tenía diecisiete años. A veces deseaba trabajar en una tienda de modas o algo parecido. Cuidar niños le parecía un trabajo para viejas. Se sacó las agujas, se quitó la cofia y soltó su pelo sobre los hombros. Se rascó la cabeza en el lugar donde la cofia le producía escozor. Fue a su habitación y se quitó el uniforme.

Aún había vida en el exterior. Fue a la ventana, la abrió y se inclinó para ver la ciudad a sus pies. Era una tarde calurosa. Una luz se reflejó en su cara. Miró hacia arriba. Un chico, en un piso, al otro lado de la calle, hacía brillar un espejo con los últimos rayos de sol. Desapareció y volvió a los pocos momentos con un gran cartel. Decía: «¿Sábado?»

Susan buscó la tapa de una caja de zapatos y trazó la respuesta con su barra de labios. «Si», se leía en la tapa que enseñó. El chico hizo una señal con la mano y desapareció en su habitación. Susan sonrió. Pasaba la mayoría de sus tardes libres con el chico de la casa de enfrente. Cuando estaba sola y el sol se hallaba en la dirección debida, ella también podía hacerle señales con el espejo. O, por el contrario, si era de noche, se enviaban mutuamente fogonazos de luz. Incluso estaban pensando en aprender Morse. Esta forma de comunicarse era mucho más romántica que las llamadas telefónicas. Él tenía dieciocho años y quería ser artista. Ella sabía que las otras ayas no lo aprobarían. Hettie pensaba que los artistas no eran más que parásitos excepto si tenían éxito. Susan se preguntaba cómo podía tener éxito un artista si no empezaba de alguna forma.

Quizá el que su padre fuera un agente de Bolsa y cambio de Wall Street era un buen principio.

3

El gorro blanco de Hettie bailaba rítmicamente junto con el pie que empujaba el eje del coche del niño. Se frotó las manos y miró un grupo de ardillas que huían de un pequeño perro de caza que las perseguía. Las niñeras estaban en el banco de costumbre, en el Central Park.

Las agujas de media de Emily chocaron. Acabó una hilera impar y se rascó la cabeza con la punta de una de ellas. «Debía estar muy cansada anoche», pensó. No se acordaba siquiera de haberse acostado. Y aquella mañana, los brillantes colores de su media le herían los ojos.

Hettie dejó de balancear el cochecito y se inclinó hacia la vieja niñera.

—Aquella idea tuya sobre el dinosaurio —murmuró—, ¿crees realmente que podríamos hacerlo?

—¿Qué idea? —preguntó Emily, comenzando una nueva hilera del nuevo chaleco para «Tarzán».

—Recuerda, la noche pasada... por teléfono. Sugeriste que lo robáramos.

—¿Robarlo? —chilló Emily, escudriñándola por encima de sus impertinentes. Las tres niñeras sentadas frente a ella la miraron, sorprendidas.

—Chiiiiit —murmuró Hettie—. Pensaremos en esto más tarde... Durante la noche. ¿Crees que podremos?

Emily trató de recordar la conversación. No podía. Se acordaba de que aquella mañana había encontrado el teléfono descolgado, en el suelo, junto a la cama. Pensó que habría contestado al teléfono medio dormida.

Hettie no le dio tiempo de pensar en una respuesta adecuada.

—Sabemos que hay muchos problemas —continuó—. Pero entonces pensamos en personas como Clive de la India, y en Mungo Park, en África. Se enfrentaron con inmensos problemas, pero triunfaron. Nada es imposible y vamos a hacerlo por nuestro país. Tenemos que dar este mensaje a la reina. Si le enviamos a ella todos los huesos, sabrá dónde buscarlo. Recibe constantemente mensajes secretos.

—Pero por lo general son por radio o en documentos —dijo Emily—. Me pregunto si alguna vez ha recibido alguno dentro de un dinosaurio. De todos modos, ¿cómo le enviamos los huesos, en el caso que consigamos robarlos?

—Los enviamos por correo, como muestra «sin valor», desde luego. Los correos no se atreverían a meterse con un regalo destinado a Su Majestad.

—Nos costaría cientos de libras —dijo Emily—. Cientos y cientos de libras.

—Nos costaría unas trescientas, siempre que no lo enviáramos por avión. Disponemos de algún dinero ahorrado y no tenemos problemas en gastar una parte. Es lo menos que podemos hacer por el señorito Quincey.

—El vigésimo quinto conde —corrigió Emily. Hettie asintió con la cabeza.

William miraba cómo una caja de cartón de helados, vacía, flotaba en el agua de la fuente. La ligera brisa la envió hasta el centro. Él subió al muro de poca altura y se inclinó hacia ella.

—No lo haga... —dijo la voz del aya Hettie desde el restaurante de Central Park, situado tras de él.

William bajó otra vez al camino y buscó una piedra para lanzar contra el cartón.

—Señorito William —dijo Hettie—. Deje ya de arrastrar los pies. Vaya a jugar a la hierba.

Las cinco niñeras se protegían del cálido sol del mediodía bajo las sombrillas azules y rojas del café. Sorbían vino helado con zumo de frutas. En circunstancias normales era un despilfarro, pero Hettie consideró que estaba en consonancia con un momento de conspiración.

—Tenemos que hacer algo —continuó Hettie, cuando se aseguró de que el señorito William no corría peligro de ahogarse—. Emily y yo somos ya demasiado viejas para hacerlo por nuestra cuenta. Necesitamos vuestra ayuda. Sabéis que no lo haríamos si se tratara sólo de algo nuestro. Pero se trata de hacer algo para ayudar a nuestro querido país. Y quizá a todo el mundo. Lo entendéis, ¿verdad? ¿Nos ayudaréis?

Las tres niñeras jóvenes la miraron; después se miraron entre sí.

—¿Y bien? —preguntó Hettie.

—Eztaría orgullosa de hazerlo —dijo Susan—. No me importa ziquiera que me peguen un tiro, aunque no creo que me guztara tener un agujero en la cabeza.

—Puedes contar conmigo también —Melissa miró a Hettie—. Pero ni quiero imaginarme lo que va a pensar Randy si nos cogen.

—Hay un riesgo —añadió Ulina—. Puede que nos cojan. Supongo que nos acusarían de robo. Es un grave delito robar en un museo.

—Sí —dijo Hettie—. Así es. Pero estamos seguras de que vale la pena correr ese riesgo. Y, desde luego, desde el punto de vista moral, sabemos que no vamos a robar, sólo a tomar prestado. Vamos a incluir una nota para Su Majestad, en la que le pediremos que devuelva los huesos al museo en cuanto haya encontrado el mensaje secreto.

Hizo una pausa.

—¿Contamos, pues, con vuestra ayuda? ¿De todas, sin reservas? —Hettie observó las caras de sus amigas, con ansiedad, mientras éstas sonreían dando su consentimiento—. Bien. Sabemos que podemos confiar en vosotras. Y he aquí cómo vamos a hacerlo. Recordamos al último rey. Amaba a los niños y la Navidad. Y solía hacer trucos de prestidigitador. Cierta vez hizo uno con un vaso bajo un pañuelo. Pasaba la varita mágica por encima y el vaso desaparecía bajo el pañuelo de seda. Más tarde echamos una ojeada a su capa de trucos. Había un alambre colocado en el

pañuelo en forma de vaso. Lo usaba para hacer desaparecer el vaso auténtico sin que nadie se diera cuenta.

—Vamoz a nezezitar algo máz que una varita mágica para un zuzio dinosaurio como ézte —dijo Susan.

—Oíd —continuó Hettie—. ¿Os acordáis, cuando pintaron la sala de los elefantes el año pasado? Habían cubierto los animales con lonas.

—Recuerdo que el señorito Carl volcó un bote de pintura —dijo Emily.

—Sí. Bien, pensemos un poco más. Quizá ésta sea la solución. Podríamos hacer que pintaran la sala del dinosaurio, y entonces cubrirían los animales con lonas, como hicieron con los elefantes. Podríamos ponernos debajo, desmontar el esqueleto y llevárnoslo pieza a pieza, sin que nadie se diera cuenta, porque la lona seguiría conservando la forma, por la estructura metálica. Quizá haya que acampar bajo la lona hasta que acabemos. Pero no creo que esto sea problema. Los pintores tardarán una semana en pintar la sala.

—Pero esto es urgente. ¿Cómo vamos a persuadir a los del museo a que pinten una de sus salas en cuestión de días? —preguntó Ulina—. Es imposible.

—Éste es el problema que aún no hemos podido resolver —admitió Hettie.

Susan dijo:

—Apuezto a que conzigo que lo pinten en zeguida. Pondríamos eztropear una pared. Ya zabéiz, ezcribir algo malo. Lo pintarían enzeguida.

—Vandalismo —gruñó Hettie—. La típica sugerencia de la joven generación. Siempre pintando en las paredes. Amotinándose. Completamente irresponsables.

—Quizá no sea tan mala idea —sugirió Melissa—. Podríamos pintar algo que no fuera demasiado fuerte. Sólo lo bastante para que se vieran obligados a pintarlo. Después de todo...

La voz de Emily la interrumpió:

—Un momento. Tengo una idea. —Las miró con una sonrisa de triunfo—. Creo que he hallado un medio para que pinten el techo. Y no tendremos que convencerles para que lo hagan. En realidad, les diremos que no pinten nada.

—¿Cómo? —preguntó Susan—. ¿Cómo haremos para que alguien haga algo zi le pedimoz que no lo haga?

—Me sorprende que seas una niñera —dijo Emily—. ¿Qué pasa si le dices a un niño que no toque un interruptor eléctrico?

—Lo toca —dijo Susan.

—Exactamente.

—Pero ze trata de un muzeo, no de un jardín de infanzia.

—Ah —dijo Emily, suavemente—. Pero depende de lo que digamos a las autoridades del museo. Hettie, quisiera pedirte tu diploma real, o una de tus cartas especiales de recomendación.

Las otras criadas se miraron sorprendidas. Las referencias y las cartas que Hettie había recibido de la reina al finalizar sus servicios con la familia real estaban

guardadas como si fueran piedras lunares. Sólo era posible verlas después de muchas súplicas. Una rápida mirada, una advertencia de no tocarlas y Hettie ya las había vuelto a poner en su pequeña caja fuerte, dentro de un sobre.

—¿Mis referencias reales?

—O una carta. Estarán a salvo, te lo prometo. Sólo las necesito durante un par de horas mañana por la mañana. Te las devolveré por la tarde. —Emily se inclinó hacia adelante y musitó—: Voy a hacer algo reprobable. Quiero falsificar el papel de palacio.

—Oh, no... —murmuró Hettie. Las otras niñeras la miraban horrorizadas.

—Sí —suspiró Emily—. Lo necesito para escribir una carta a las autoridades del museo. Y estoy convencida de que Su Majestad no objetaría nada si supiera la razón.

Atardecía. En el cuartel general de la alcantarilla se hallaban reunidos los espías del Tse Eih Aei. Ésta era la hora que más odiaban. Entre las siete y las ocho los huéspedes del hotel Plaza solían ducharse y los vapores perfumados penetraban en la pequeña habitación, convirtiéndola en un cómodo baño turco. Los agentes chinos sudaban pese a que sólo llevaban taparrabos.

—Bien... —Lui Ho siseó a través de la niebla perfumada—. Sam Ling ¿qué información han revelado vuestros micrófonos electrónicos?

—Muy buena información —dijo Sam Ling enjugándose el sudor de sus hombros. Se preguntaba si, después de dar su informe, pediría a Fat Choy que le diera un masaje.

Pi Wun-tun estaba sentado al borde de su litera, balanceando los pies. La delicada eficiencia de Sam Ling le ponía nervioso. Y también la forma en que conseguía que su bigote mongol se moviera, mientras sus labios seguían en perfecta horizontal. Desde que se había convertido en el segundo de Lui Ho, Sam Ling no se mostraba tan amigo como antes. Pi Wun-tun lo consideraba casi tan peligroso como aliado que como enemigo.

Lui Ho enjugó su cuero cabelludo con una toalla y se abanicó con su copia de las citas del presidente Mao.

—Vamos, pues, dinos lo que has descubierto.

—Las señoras son niñeras —comenzó Sam Ling.

—Lo sabíamos.

—Sí, lo sabíamos. Pero lo más importante, y que ni siquiera sospechábamos, es que la de cara roja, la que parece un gran tomate, fue niñera del agente británico que murió.

—Ah... vaya... vaya... vaya... —dijeron suavemente los otros cinco espías.

—Ella lo mató. No sufrió ninguna de esas enfermedades capitalistas, como el infarto, conocido entre nosotros como «la plaga americana». Rompió la cápsula que él llevaba para suicidarse. —Sam Ling hizo una mueca. Los otros espías se rieron.

—¿Y?

—El agente tuvo tiempo de hablar con su niñera antes de morir. No le entregó el

mensaje. Pero le dijo dónde está escondido.

—¿Dónde? —resopló Lui Ho.

—Donde usted sospechaba, jefe, en el museo. En el dinosaurio.

—¡Maravilloso! —exclamó Lui Ho—. ¿A quién se le hubiera ocurrido mirar en un dinosaurio? Ni siquiera a mí. Éste... ¿qué es un dinosaurio?

—Un dragón —dijo Sam Ling—. El mayor monstruo que haya abandonado la Luna para venir a pasear por este planeta.

—Vaya... un dragón monstruoso —corearon los otros espías.

Lui Ho palideció.

—Locura. Majaderías imperialistas. No existen dragones. Monstruos, quizá. ¡Pero no dragones! —Lui Ho se levantó y señaló el cartel de la pared—. Está escrito aquí.

Lui Ho cruzó los brazos sobre el pecho.

—Aquí está escrito. Los monstruos de toda clase serán destruidos. Ved como las palabras de nuestro querido presidente cubren todas las eventualidades. Podemos dar por sentado que los dragones no existen, de lo contrario, lo hubiera mencionado expresamente.

—El monstruo es un dragón —dijo Sam Ling—. Yo lo he visto.

—No provoques mi ira, burgués revisionista —rugió Lui Ho mientras su cabeza iba recorriendo toda la gama de colores—. ¿Llamas a nuestro querido Mao mentiroso?

Sam Ling se retractó rápidamente.

—No, claro que no. El dragón debe ser una broma capitalista americana para engañar al pueblo. Debe ser falso. Sí, seguro. El dragón del museo es falso. Sin embargo, la información está escondida dentro del dragón.

—En la imitación de un dragón —musitó Lui Ho, cuya cabeza iba recobrando su colorido normal—. Entonces, debemos destruirlo. Esta noche, abriremos las puertas del museo y avanzaremos oleada tras oleada, como ha escrito nuestro reverenciado jefe. Ametrallaremos luego a los guardas y nos llevaremos el dragón de papel.

—El dragón de papel está hábilmente construido con huesos —dijo Sam Ling con suavidad—. Con toda seguridad pesa unos cinco mil kilos. Pero, camarada jefe, tengo otra sugerencia, basada en la información que he recogido. —Hizo una pausa—. Siempre a sus órdenes, claro.

—Tenga cuidado de no sugerir algo que le haga caer en el olvido —previno Lui Ho—. También a mis órdenes.

Sam Ling parpadeó para apartar una gota de sudor que corría por las pestañas de su ojo izquierdo, cruzó los dedos tras su espalda y continuó:

—Baso esta sugerencia en una idea suya, camarada jefe. Usted tiene ideas tan brillantes que yo, con menor capacidad de pensamiento, encuentro dificultad en recordar todas las genialidades que usted imagina. Pero, sondeando en mi pobre memoria, he recordado algo que dijo: «Dejemos que el enemigo trabaje para nosotros». —Sam Ling comenzaba a preguntarse si los dedos no le quedarían

cruzados para siempre—: Las niñeras planeaban robar el dragón..., quiero decir el falso dragón, del museo. Creo que usted consentirá en que su plan tenga éxito. Y que las dejemos que se lleven el dragón al escondite que tendrán preparado. Entonces se lo quitaremos. Esta idea suya parece mucho menos peligrosa para nosotros.

—Y ¿por qué van a llevarse ellas el dragón falso? —preguntó Lui Ho.

—Porque, como aficionadas que son, ya han buscado el mensaje en él. Y yo sospecho que el agente escondió el micropunto en una grieta de uno de los huesos y quizá incluso colocó plástico encima.

—Bien... —dijo Lui Ho—. Sí, tiene razón, mi idea es buena... sólida... basada... —añadió rápidamente—, basada en el pensamiento de nuestro querido líder. Ellas robarán el falso dragón. Nosotros se lo quitaremos y lo examinaremos minuciosamente.

—Lo enviaremos a China —corrigió Sam Ling.

—Sí, como iba diciendo, lo examinaremos minuciosamente en China.

Para ser un carrito de helados, dentro de él hacía mucho calor. Sam Ling estaba sentado, apretujado entre los dos cilindros de helado, con las piernas dobladas entre ellos. Estaba arreglando la cinta magnetofónica para grabar las conversaciones de las niñeras.

El carrito daba saltos mientras Chou Tan lo empujaba hacia el lugar donde estaban las niñeras, sentadas en su habitual banco del parque.

Sam Ling respiró y trató de encogerse, para poder espiar por los agujeros practicados en el carrito. Dobló el brazo sobre sí mismo y golpeó secamente el fondo.

Chou Tan levantó la tapa delantera del carrito y dirigió la mirada hacia abajo.

—¿Sí?

—No tan cerca —ordenó Sam Ling, mirando por el cilindro desde el cual vio un plano desfigurado del artificial bigote italiano de Chou Tan—. Procura que las ruedas no rechinen. Quedan registradas en la grabadora.

Chou Tan hizo un gesto afirmativo.

Sam Ling se puso los auriculares. No porque los necesitara para verificar la grabación, sino porque el auténtico depósito de helados le estaba congelando el oído izquierdo, mientras que el resto de su cuerpo se estaba asando en aquel reducido espacio. Pudo oír las voces de las niñeras, perfectamente transmitidas por el micrófono colocado en el respaldo del banco del parque.

—Son asombrosos —oyó que decía una de ellas. Era Ulina, que sostenía una hoja de papel blanco a contraluz—. La única diferencia está en la filigrana del papel.

—No pude arreglar eso —replicó Emily—. De todas formas, para ser una fotocopia no está mal.

—Veamos. —Hettie levantó una mano para coger la reproducción del papel con el membrete de Buckingham Palace. Era realmente muy buena. La examinó más de

cerca, para ver la diferencia. No había señal que demostrara que no era una auténtica hoja de papel de Buckingham Palace con la firma real.

—Éste es el que voy a enviar. —Emily sacó un sobre de su bolso y extrajo de él un papel. Era una carta, muy bien mecanografiada, con el membrete de Buckingham Palace—. Os la voy a leer —dijo—. Está dirigida al director del museo. —Hizo una pausa y respiró profundamente—: «Muy señor mío: Ésta es una petición en favor de nuestro hijo mayor que es, como usted sabrá, estudiante de arqueología. Quiere examinar los ejemplares de su famosa sala de dinosaurios, puesto que son los mejores que se pueden contemplar en todo el mundo. Llegará... —Emily jadeó durante unos segundos y continuó—: Llegará a Nueva York dentro de quince días y viajará de incógnito. No es preciso que haga usted ningún arreglo especial, como decorar la sala de dinosaurios, cambiar los carteles de los lavabos de señoras o desodorizar los desagües. Charles ha viajado mucho y ya conoce estas cosas. Trátele, por favor, como a cualquier otro príncipe heredero. Sólo le pedimos que le preste la ayuda necesaria para poder realizar sus estudios... Sinceramente...» ¿Qué tal?, ¿qué os parece?

—Ah, no suena como una carta real —dijo Hettie—. Es casi un sacrilegio.

—La he pensado meticulosamente —dijo Emily, malhumorada—. Debe ser informal y amistosa, nada convencional. Como la de una madre que cuida de su hijo.

—Y ¿cómo conseguiremos con esta carta que pinten el museo? —preguntó Ulina.

—La naturaleza humana —replicó Emily—. Esperad. Ya veréis qué sucederá.

Volvió a poner la carta en el sobre y la selló. Veinte minutos después estaba en la oficina de Correos de USA. A la mañana siguiente fue abierta por el director del museo.

—Huuuumm —la pasó a su secretaria—. Haga la comprobación en la Embajada británica. Nunca se sabe, puede que sea auténtica.

A las cinco de la tarde la carta fue recogida, junto con otros desperdicios, por el basurero del museo.

Lui Ho carraspeó y escupió ruidosamente, mientras el espeso vapor de las duchas del Plaza se desparramaba por el cuartel general del Tse Eih Aei.

—Aprende a tocar el piano —dijo a través de la niebla—. Está escrito aquí en el libro.

Sus espías que descansaban desnudos o en paños menores, en las literas, tratando de demostrar seriedad, se prepararon para la inevitable lectura.

—Nuestro querido Mao escribe que, al tocar el piano, los diez dedos están en movimiento; no es posible mover sólo algunos y anular los demás. Pero si todos presionan al mismo tiempo, no hay melodía. Para que la música sea buena, los diez dedos deben moverse rítmica y coordinadamente.

Lui Ho hizo una pausa. En su litera, Fat Choy contaba sus dedos. Sólo contó ocho y dos pulgares. Sintió pena de sí mismo. Mao Tse-tung nunca se equivocaba, por

tanto, él, Fat Choy, debía ser deforme.

—Esto quiere decir que nuestros dedos deben trabajar rítmicamente —continuó Lui Ho. Miró a Sam Ling, cuya cabeza estaba envuelta en un turbante que parecía un vendaje—. Dos de nuestros dedos no trabajaron hoy al ritmo señalado, ¿verdad?

—Heridos.

—¿Heridos? ¿Cómo se puede herir uno en un carrito de helados?

—Fui herido, casi trepanado, por un colega que se olvidó de cuál de los dos barriles era el falso. Trató de poner mi cabeza en un cucurucho de helado para obtener diez centavos —protestó Sam Ling.

—Pero, camarada jefe, saqué un beneficio de nueve dólares y cincuenta y tres centavos —dijo Chou Tan, orgullosamente.

—Bien, los dólares son siempre útiles. Y ahora pon la cinta magnetofónica de la conversación de las niñeras.

Los espías escucharon cómo la cinta pasaba por la máquina. Lui Ho frunció el entrecejo.

—Estos ruidos extraños son relamidas y llantos de niños —explicó Sam Ling—. Hay que ignorar la conversación familiar corriente. Verán en seguida que estas niñeras carecen de toda sutileza en el arte de la intriga.

—¿Funcionará su plan? —preguntó Pi Wun-tun. Esperaba que nadie insinuara que tenían que ponerse en pie y saludar.

Sam Ling movió la cabeza en silenciosa respuesta.

—Bien —dijo Lui Ho—. Esta noche montaremos nuestra plataforma portátil de lanzamiento de cohetes, entre los arbustos de Central Park. Dispararemos un proyectil al museo, a la galería que corresponde, para que así se haga imprescindible volver a decorar esta parte del edificio.

—No sólo redecoración, camarada jefe, sino también reconstrucción. Y no podemos esperar tanto. —Los dedos de Sam Ling se curvaron automáticamente mientras proseguía—: Creo que con anterioridad tuvo usted unas ideas que pueden ponerse en práctica en este momento.

Lui Ho le miró por debajo de sus rectas cejas negras.

—¿Sí?

—Sugirió usted, camarada jefe, con su natural clarividencia, que debíamos ayudar a las niñeras. Dijo que debíamos ayudarlas, pero que nos mantendríamos en segundo término. Se las puede ayudar de muchas maneras.

—Como usted dice —gruñó Lui Ho—, tengo brillantes ideas pero estoy fastidiado por mi mala memoria. Sin duda se debe remontar a una debilidad imperialista heredada, que será eliminada, sin duda, en las futuras generaciones.

—Un fallo de poca monta, camarada jefe —dijo Sam Ling, dejando reposar los dedos—. Y ahora, veamos lo que usted probablemente sugirió...

Pasaron dos días enteros antes de que sucediera algo favorable para los planes de las niñeras. Mientras tanto, nada parecía ocurrir. Esperaban ansiosamente. Por último, al tercer día, una Emily muy excitada llegó al banco del parque. Resoplaba y estaba sin aliento. Su pelo encrespado sobresalía de su gorro y los impertinentes estaban empapados de vapor.

—¡Funcionó! —dijo rápidamente—. Os dije que funcionaría. Vengo del museo y ya han empezado a hacer algo. Vimos a unos hombres por los pasillos con muchos tubos de hierro, botes de pintura y otros trastos.

Hettie la miró con incredulidad.

—Venga ya —dijo.

—Os digo la pura verdad —protestó Emily—. Lo juro. Van a decorar de nuevo aquella sala.

—Entonces es que el director del museo está un poco chiflado —dijo el aya escocesa—. La carta no tenía ninguna traza de haber sido escrita por Su Majestad. —Advirtió la mirada dolida de Emily y le tendió la mano—. Lamentamos no haberte creído. Pero nos alegramos mucho de oír tus noticias. Estamos seguras que el vigésimo quinto conde estaría encantado.

Ulina sonrió a Emily.

—La gente siempre cree lo que quisiera que ocurra. A los del museo les gustaría que les visitara el príncipe. Por esto se han creído lo de la carta.

—No es así —insistió Emily—. Ha sido porque escribí la carta tal como yo pensé que Su Majestad lo habría hecho. Me imaginé que yo era la reina, y la madre de un muchacho. La escribí con toda naturalidad.

—Muy bien, chicas —dijo Hettie—. No perdamos más tiempo. Lo interesante es que la idea de Emily haya resultado. Ahora podemos empezar el trabajo de verdad. Vayamos primero al museo y veamos qué ocurre allí. Ulina, te toca a ti cuidar a los niños mientras tanto.

Las niñeras se detuvieron a la entrada del vestíbulo y contemplaron a los hombres que ponían una pesada lona amarilla sobre el fosilizado dinosaurio.

—Eso es —dijo Emily—. Tal como yo os dije. Observaremos unos minutos.

Hettie observó el vestíbulo para familiarizarse con la posición del andamio.

El conserje se acercó al grupo.

—Lo lamento, señoras. Ahora no pueden entrar. Tenemos que restaurar la decoración.

Una astuta mirada se reflejó en la cara de Emily.

—¿Esperan ustedes visita? —preguntó.

—¿Esperarla? —gruñó el hombre—. Señora, ya la hemos tenido. Casi me cuesta el empleo. Algún loco comunista pintó unas frases subversivas en el techo.

—¿Pintó? —preguntó Emily.

El hombre asintió con la cabeza y señaló. Había varias manchas en el techo.

—Y esto no es todo —gruñó—. Debían haber visto lo que pintó en las paredes sobre el presidente. —Se volvió para enseñárselo, pero cambió de idea—. Me parece que es mejor que se vayan, señoras. Tenemos mucho trabajo que hacer. ¿Por qué no vuelven dentro de una semana? Entonces podrán ver el viejo dinosaurio. —Guiñó un ojo a Emily—. No se va a ir a ningún lado.

Emily parecía enfadada. Se volvió hacia Susan. La joven niñera movió violentamente la cabeza.

—Yo no fui, de verdad —dijo, rápidamente—. No ha zido más que una horrible coincidencia.

—Robert Bruce, general Gordon, Flora Macdonald —dijo Hettie, cuando se reunieron con Ulina en el parque—. Y quizá los MacPhish de Kingussie.

—¿Quién? —preguntó Melissa.

—Perdón —dijo Hettie—. Pensábamos en gente que nos gustaría tener a nuestro lado para efectuar una operación como ésta.

—He oído hablar de la mayoría de ellos —dijo Susan—. Pero ¿quién es el Mac Phizh de yo qué zé?

—Un pariente —dijo Hettie. No aclaró que se trataba de su abuelo, un gigante de barba pelirroja que necesitaba todo un autobús de policías para que le sacaran, borracho, una vez por semana de la taberna King Sussie Street Arms.

Susan pensó en la estatua situada fuera del museo.

—Me guztaría tener a Theodore Roozevelt con nozotraz. Era valiente y audaz.

—No tan audaz como tú, que esperas que te ayude a robar el museo erigido en su memoria —rió Ulina.

—El último rey fue siempre mi héroe —dijo Emily, con nostalgia. Hubiera robado el dinosaurio para salvar a Inglaterra. Puedo imaginármelo como si lo estuviera viendo.

—El rey Jorge, un santo. Perfectamente capacitado —dijo Hettie—. ¡Y qué romántico! Era realmente un auténtico *gentleman*.

—El linaje, querida —dijo Emily, que se cepilló el uniforme y estiró los cojines del cochecito de su niño.

—Ahora hagamos planes cuidadosos. Tenemos que realizar esto como una operación militar —dijo Hettie. Se veía a sí misma como jefa de un clan, con el kilt escocés y armada de una espada escocesa, con sus seguidores y en la víspera de Culloden—. «Marcharemos a la cima. Las tropas tocarán a la carga. El galope de los caballos retumbará. Las banderas ondearán al viento. Los clanes darán sus gritos de guerra. Así será».

Las cuatro ayas miraban con sorpresa a su compañera.

—Bueno, no es para tanto —dijo Hettie, corrigiéndose—. Nos portaremos como

señoras y seremos muy discretas.

—¿No creéis que podríamos robar los huesos y esconderlos bajo las faldas? —preguntó Susan—. Una vez oí hablar de una ladrona de tiendas que se disfrazó de señora embarazada y llenó un par de calzones con aparatos de radio. Ya estaba a punto de salir pero uno de los aparatos se puso en marcha y el detective de la tienda oyó como ella daba un parte meteorológico.

—Vamos —dijo Emily—. No somos ladronas de tiendas. Y no he perdido el tiempo durante los dos últimos días. He pensado ya en una forma de sacar los huesos del museo. Pude hallar una buena vía de escape. Empecé a trabajar sobre la idea. Sabía que con mi carta lograría que se pintara la sala del museo.

—Pero el conserje no dijo... —comenzó Susan.

—Tonterías —dijo Emily—. A lo mejor pintan la sala porque alguien escribió algo estúpido en las paredes. Pero sé que lo habrían hecho de todas formas. No me sorprendería nada que al director del museo no le dieran permiso para decorar el salón en honor de su visitante real y que él mismo pintara estas frases soeces, para justificar así el trabajo.

—Muy bien —dijo la voz de Ulna, con el acento exageradamente refinado del norte de Londres. Miró el reloj—. Dios mío, son las cuatro y cuarto.

Hettie miró también el suyo.

—Tenemos que apresurarnos o llegaremos tarde al té. Vamos a tomarlo a la Taberna. Y allí hablaremos sobre el plan. —Se volvió hacia Emily y le susurró, en voz baja—: Recuerda que esto está bajo nuestra responsabilidad, Emily. En parte el plan es tuyo... pero nuestra responsabilidad es total. Somos las niñeras más antiguas y por tanto nos corresponde tomar la decisión final. Ahora, por favor, explícanos tu plan.

Emily asintió.

Dejaron los cochecitos a la sombra de los árboles del café, y se sentaron en una mesa vecina.

—¿Té para todas? —preguntó Hettie cuando se acercó la camarera—. No será auténtico, claro. Bolsitas de té. ¡Bah! No quiero pensar lo que hubiera pasado si se le llega a servir té en bolsitas a S. A. R. en un *party* en el jardín real.

—Café para mí —dijo Susan.

—Tonterías, niña. Té... o quizá, como regalo, té con limón.

—Quiero una cuerda de veinte metros —exclamó Emily, pensando en el equipo que iban a necesitar.

—Claro, señora —dijo la camarera, suavemente—. ¿Cómo les gusta a ustedes, los ingleses? ¿Asada, escalfada o nuestra especialidad, cuerda *suzette*?

Emily miró fijamente a la chica delgada, con un vestido de nylon azul.

—Sólo té, gracias —dijo ella ampulosamente. Esperó a que la camarera desapareciera y se volvió a las demás—. Siempre que Hettie esté de acuerdo, quisiera que todas vosotras estuvierais libres pasado mañana por la noche. Mientras, aquí hay

una lista de cosas que yo... quiero decir que Hettie y yo queremos que consigáis. Melissa, tú comprarás la cuerda. Treinta metros de cuerda de escalada. Prueba en una tienda de artículos para deporte. Susan, tú tienes que conseguir dos llaves inglesas ajustables, dos grandes destornilladores, bolsas y saquitos de tiendas. Ulina, tú, linternas y pilas. Cuatro. Lleva pilas y bombillas de repuesto. Hettie, tú y yo compraremos un camión.

—¿Camión? —chilló Hettie—. Pero ¿para qué vamos a necesitar un camión?

—Para llevar los huesos, claro —sonrió Emily—. Yo lo conduciré.

—¿Zabez conducir un camión, Emily? —Susan miró a la anciana, sorprendida.

—Quiero que sepáis, hijas mías, que conduje un tractor con oruga durante la guerra, al servicio de lord Bramvell. Estaba encargada de arar cinco acres.

—Oímos hablar de esto —dijo Hettie—. En el Land Army Club dijeron que era el surco más largo que jamás se había arado. Quizá sólo fueron cinco acres pero todos en línea recta. Por poco separas Devon de Cornualles. Un surco, desde Exeter hasta Barnstaple. Se quedaron, sin duda, sin luz eléctrica durante una semana.

—El acelerador se estropeó —dijo Emily con un mohín—. Tuve que esperar a que se acabara el combustible. De todas formas he cogido un libro que trata de conducción y esta noche voy a leerlo. Estoy segura de que si un simple conductor de camiones puede conducir un camión, yo también puedo hacerlo.

—Bueno, puede ser —dijo Hettie, vacilante. Miró el reloj y después a las otras tres niñas—. Es hora de irse. Y ahora, no olvidéis las cosas de las que hemos hablado.

La cabeza de Emily se movió, afirmando, tan vigorosamente que sus impertinentes traquetearon.

—Sí, y traedlas mañana por la mañana a mi piso. Es mejor que os llevéis también ropa de trabajo y guantes. Será una tarea muy sucia.

Click-clack, click-clack, click-clack. Sam Ling miró debajo de su litera y trató de averiguar quién jugaba al pingpong en el cuartel general del Tse Eih Aei.

—¿Dónde está la pelota? —preguntó Fat Choy.

—En el rincón —replicó Pi Wun-tun—. Tendrás que cogerla.

Fat Choy gruñó y se levantó de la litera.

—Vosotros dos sois los deportistas más perezosos que he visto en mi vida —dijo Sam Ling—. Nunca había visto a nadie jugar al pingpong tumbado.

—Así es más descansado —dijo Pi Wun-tun—. Y requiere más habilidad. Se necesita una concentración completa para mantener la agudeza boca abajo.

—Comedores de lotos —dijo Sam Ling.

La niebla se arremolinó al bajar el ascensor a la habitación y salió Lui Ho. Manoteó para apartar el vapor.

—¿Estamos todos aquí? —gritó.

—Todos excepto Nicky Po —respondió Sam Ling, al mismo tiempo que balanceaba una pierna por encima de la litera. Saltó al suelo—. Está pescando otra vez.

Los ojos de Lui Ho se pusieron vidriosos. Su fina lengua recorrió sus labios.

—Pez manchú —musitó—. Langosta en un lecho perfumado de arroz blanqueado. Delicado calamar del Pacífico asado en su propia tinta exótica. —Los espías le miraban con cara triste—. Delgadas rodajitas de carne rosada de tiburón en brochetas de plata, asándose sobre el carbón... —Lui Ho suspiró profundamente—. Nicky Po es un auténtico camarada que hace esfuerzos extraordinarios para estar ocupado todo el tiempo y alegrar nuestra vida de privaciones. —Lui Ho hizo un esfuerzo visible para concentrarse en el informe de Sam Ling—. Bien, camarada, ¿qué ha sabido hoy de esas mujeres lacayas de los capitalistas?

—Nuestro plan funcionó... quiero decir, su plan. El trabajo de Pi Wun-tun en el salón del falso dragón ha producido resultados inmediatos. Los directores del museo han empezado ya a repintarlo y las niñeras han iniciado la fase dos de su operación.

—Excelente, excelente. —Lui Ho se frotó las manos, que le resbalaban por el sudor—. ¿Así que actuaremos esta noche?

—No, mañana, si todo va bien.

—Bien —sonrió Lui Ho—. Procure que nada les distraiga de su trabajo. Nada, absolutamente nada, debe fallar en su plan. —Revolvió el bolsillo y sacó el libro rojo. Pasó las hojas.

Fat Choy suspiró tranquilamente. Se preguntó si le iban a decir otra vez que tenía dos dedos menos.

Lui Ho se aclaró la garganta y comenzó a leer:

—«Miles y miles de mártires han dado heroicamente su vida por el pueblo: icemos en alto su bandera y marchemos a la cabeza por la senda roja con su...»

Le interrumpió el sonido de unos pies que se arrastraban. Una forma embadurnada apareció, vacilante, entre la niebla, goteando copiosamente con las botas empapadas. Así algo que parecía un montón de barro entre sus manos.

—Hola —gritó divertido.

Lui Ho le miró a través de sus húmedas gafas.

—Nicky Po.

—He cogido una... he cogido una —gritaba la aparición, cubierta de barro. Esta noche tendremos la mejor y más exótica comida.

—¡Santo escarabajo sagrado! —gruñó Lui Ho con horror—. ¡No será otro caimán de alcantarilla!

Muy bien trajeado, el joven vendedor de Coches Usados Happy Harry y Emporio de la Reconstrucción sacudió una minúscula mota de ceniza de la solapa de su traje de *mohair* brillante, y miró por la ventanilla de inspección. Dos mujeres, niñeras, pensó, por su blanco uniforme y sus zapatos con cordones, deambulaban por la sección de camiones. Se detuvieron frente a un «Dodge» amarillo, de siete toneladas. No podía creerlo. Nadie compraría un «Dodge» amarillo de siete toneladas en las condiciones en que se encontraba, y muchísimo menos unas niñeras.

La bajita, de aspecto extraño, con graciosos lentes y la nariz retorcida, meneó la cabeza. El vendedor sacó una cerilla con la uña del pulgar y comenzó a raspase los dientes con ella. Vio que aquella mujer señalaba otro camión refrigerador, situado un poco más lejos. Mordió el trocito de madera. Las niñeras tampoco compran camiones refrigeradores.

Abrió de golpe la destartada puerta de la garita de madera que servía de oficina a Happy Harry y se dirigió hacia las dos mujeres.

—Los coches están por aquí, señoras. —Señaló las hileras de coches, pintados a toda prisa, que se oxidaban discretamente en el otro lado del parque—. Tenemos montones de gangas de seguros, de coches con muy pocos kilómetros que les van a durar... —miró a las dos mujeres—, que les durarán toda la vida.

—Queremos un vehículo para transportar cosas —dijo la de los impertinentes—. No cosas pequeñas, cosas un poco mayores que usted. —Miró al vendedor—. Bastantes cosas, bastante más grandes que usted jovencito.

El vendedor pensó inmediatamente en *Arsénico por compasión*.

—¿Quieren ustedes un coche fúnebre?

—¡Claro que no! —gritó la otra mujer con acento escocés—. No vamos a transportar cadáveres.

—Bueno, en realidad no son cadáveres —añadió la niñera más vieja—. Pero de todas formas tiene que ser un vehículo grande. Y de toda confianza.

—Aquí tengo uno muy bueno —dijo el vendedor, señalando un tronado «Ford»—. Casi nuevo por dentro. No necesita más que un buen lavado. Un mirlo blanco. No tiene más de treinta mil kilómetros —se detuvo a pensar unos momentos—. Sólo un conductor, muy cuidadoso..., un médico.

Emily frunció las cejas.

—El caballero debió ser un médico brujo. Parece que lo hubiera traído aquí desde lo más negro de África. ¿Y este otro? —Señaló un «Chevrolet» azul que parecía una furgoneta de mudanzas. Tenía un guardabarros rajado y dentellado pero, por lo demás, estaba bastante limpio—. ¿Cuánto?

—Trescientos dólares, señora —dijo el vendedor—. El mejor camión de todo el lote. En perfectas condiciones de trabajo. Es una ganga. Al chico que me lo vendió se le partía el corazón al hacerlo. Tiene una tienda de animales. No lo usaba más que

para llevar animales y pájaros. Vino ayer.

—Ponga el motor en marcha —dijo Emily, severamente.

El vendedor se subió y movió la llave. Con gran alivio por su parte, las baterías pusieron en marcha el motor. Salió.

—Primera clase —dijo—. Arranca bien, funciona bien. —Miró a las dos mujeres—. Y tiene una garantía de siete días, como es nuestra costumbre.

—Bien, lo tomamos —dijo Hettie—. Enséñele a nuestra amiga cómo funciona.

—¿Cómo funciona? —preguntó el vendedor.

—Sí. ¿Cómo arranca? ¿Cuál es la palanca de cambio?

—¿Están seguras, señoras, de que quieren un camión?

—Pagamos al contado —dijo Hettie.

—¿Cómo es eso?

—¡Al contado, hombre, al contado! —repitió Hettie, abriendo el bolso. Sacó un fajo de billetes. El vendedor se mordió el labio. No podía acordarse del último cliente de Happy Harry que tuviera cincuenta dólares en billetes.

—Nunca se arrepentirán de comprar este camión, señoras. Les llevaré a dar la vuelta a la manzana, para asegurarme de que sabrán conducirlo.

Minutos más tarde, el camión estaba en la parte trasera del local de Happy Harry. Emily estaba sentada ante el enorme volante, acelerando gozosa el motor, mientras dentro de la cabaña, que hacía las veces de oficina el vendedor recogía los trescientos dólares de Hettie y le entregaba a cambio los documentos del vehículo.

Cerrado el trato, las dos aparecieron en la puerta.

—Buena suerte, señoras —dijo el vendedor, mientras Hettie se sentaba al lado de Emily—. No olviden lo que les he dicho. Manténgalo sujeto. Es un devorador de millas. —Hizo una mueca cuando la vieja niñera apretó el pedal del embrague. Las ruedas saltaron. El camión brincó.

—Estamos un poco nerviosas. —Confesó Hettie.

—¿Nerviosas? ¿Quién está nerviosa? Tonterías, mujer. Sé conducir perfectamente.

—No hablo de conducir, hablo de los niños. —Hettie se acomodó mejor en el asiento—. Me preocupa haberlos dejado con Melissa y Susan. No tienen demasiada experiencia en vigilar tantos.

—La tendrán cuando finalice esta semana —prometió Emily—. Todas vamos a tener que repartirnos los niños de las demás. Ésta es la mejor manera de aprender.

—Esto me recuerda algo —dijo Hettie—. La noche pasada recibimos una extraña llamada telefónica. Una voz rara, demasiado grave para ser de una mujer. Dijo que era el camarada de la Oficina de Contratación de Niñeras. Algo de lo que yo no había oído hablar antes. Una Institución Benéfica... no cuesta nada. Cuando una niñera necesita más tiempo libre, envían a una especialmente adiestrada para reemplazarla. Dijeron que día y noche, y para todo el tiempo que fuera preciso.

—Totalmente increíble —dijo Emily.

—Claro —asintió Hettie—. Como si nosotras fuéramos a dejar a nuestros niños a desconocidos.

Emily se estaba divirtiendo. El camión era grande y potente. Le gustaba verse sentada por encima de los otros automóviles y comenzaba a comprender cómo debían sentirse los conductores de camiones y autobuses, en sus tronos, cuando sacaban el cuerpo por la ventanilla y maldecían y juraban contra los otros usuarios de la vía.

Miró el velocímetro. Marcaba veintiocho kilómetros por hora. La transmisión chirriaba y reclamaba un cambio de velocidad. Cuando por fin se acordó de cómo se hacía, apretó el embrague y puso la segunda. La velocidad había bajado a ocho kilómetros por hora. Entonces el camión dio una sacudida y se ahogó.

—¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó Hettie.

—Reajuste —replicó Emily luchando con la palanca del cambio de marchas. Se volvió a colocar sus impertinentes.

Recordó las instrucciones del vendedor, puso el cambio en punto muerto, hizo girar la llave de contacto y empezó otra vez. Logró cambiar de marcha con éxito. ¡Tres veces! Se oyó una sirena que se acercaba. Un policía les hizo señales con la mano.

—Nos ha reconocido —dijo Emily.

Hettie gimoteó y se encogió exageradamente de hombros.

—No creo que nosotras le reconozcamos —dijo.

El policía les gritó algo. Pasó con la moto delante del camión, a sólo unos centímetros, y frenó.

—Esto ha sido peligroso —dijo Emily—. ¿Crees que quiere hablar con nosotras?

La «Harley Davidson» se paró frente a ellas. Emily luchó con el embrague y la palanca de cambio. El camión dio un salto de canguro y se detuvo a un centímetro del pulido guardabarros trasero de la moto.

El policía enrojeció de ira, sacó la libreta, se dirigió a la ventanilla del conductor.

—Muy bien, chico —comenzó, y entonces vio a las dos mujeres—. ¡Oh, Dios mío!... Mujeres. ¡Mujeres conduciendo un camión! —Se inclinó y abrió la portezuela—. Muy bien, señoras...

Las dos mujeres miraron hacia abajo. El policía las observaba.

—Vamos a ver, ¿qué hacen un par de buenas niñeras como ustedes conduciendo, como si se tratara de una carrera de caballos de carga?

Las dos guardaron silencio.

—Ya sé —continuó el policía—. Iban camino del hospital. No me lo digan, dejen que lo adivine. Usted es el doctor Kildare y se les hacía tarde para la operación. Bien... —Hizo una pausa y comenzó a escribir en la libreta—. Bien, tengo un mensaje para ustedes... una especie de receta. —Chupó la punta del lápiz y continuó escribiendo—. ¿Tiene permiso de conducir?

—Esto, pues... no —dijo Emily—. Lo siento, alguacil.

—¿Qué quiere usted decir con alguacil? Soy policía. ¿Son ustedes extranjeras?

—Claro que no, jovencito —replicó Hettie, orgullosamente—. Usted es el extranjero. *Nosotras somos inglesas.*

—Sí, inglesas —añadió Emily—. Esta señora es una niñera real. Debería ser usted más educado.

—¿Una real qué? —preguntó el policía.

—Niñera, gobernanta —dijo Emily.

—¿Funcionaria de la Embajada?

—Gobernanta real —repitió Emily. Limpió los impertinentes con un pañuelo y se los colocó en la nariz temblorosa.

—Enseñamos buenas maneras, señor mío —dijo Hettie.

—¿Reclaman ustedes inmunidad diplomática? —el policía recordaba vagamente algo desagradable que le había ocurrido a un compañero que detuvo a un conductor extranjero, que resultó ser un príncipe danés. Cerró su libreta con un golpe seco—. ¿Tienen, entonces, el pasaporte? ¿Una tarjeta de registro de extranjeros?

—Las tenemos en casa —dijo Emily.

—No tienen identificación, ¿eh? ¿Ninguna prueba de inmunidad diplomática?

—¿Identificación? ¿Prueba? —gruñó Hettie—. Somos señoras. E inglesas. ¿Nuestra sola palabra no vale?

—Necesito su identificación —murmuró el policía. Buscó en el bolsillo del pecho y sacó su carnet—. Algo como esto.

Hettie cogió el carnet, miró la fotografía, y la comparó después con la cara del policía.

—Muy interesante, chico —le devolvió el carnet—. Muy bien entonces, oficial. Ya puede irse. Y compórtese bien.

—Gracias, señora —dijo el policía automáticamente. Se metió el carnet en el bolsillo y comenzó a caminar hacia la moto. Dudó, aunque sólo por un momento, y se volvió—. Oigan, soy yo el que debe decir esto.

—¿Decir qué? —preguntó Emily, mientras hacía girar la llave del contacto.

—Ya pueden ponerse en marcha ahora —replicó el policía.

—Gracias, oficial. Buenos días —dijo Emily. El camión se puso en marcha. Apretó el embrague. El policía de la cara roja consiguió apartar, a duras penas, la moto de la ruta del camión. Comenzó a sacar el pito del bolsillo. Pero se detuvo. Se echó el gorro hacia atrás.

—¡Oh, demonios...!, ¿de qué serviría?

Durante la hora siguiente, Emily condujo el camión por la ciudad. Después, cuando ya se familiarizó con lo que ella creía excentricidades del camión, volvió a hablar.

—Bien. Vamos a recoger los trastos a mi casa.

Los trastos de Emily eran dos pesadas maletas. Las cargaron en el camión y se

dirigieron al museo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Hettie.

—Poner las maletas dentro del dinosaurio, claro.

Aparcaron el camión en la calzada del Planetario Hayden y arrastraron las maletas hasta el museo. Emily fue delante hasta la sala del dinosaurio. Inspeccionó el interior. Los pintores trabajaban en el andamio, en el lugar más alejado.

—Mira dónde voy —murmuró— y sígueme. Asegúrate de que no te vea nadie.

La niñera escocesa observó como Emily, con la maleta bajo el brazo, se deslizaba hacia el dinosaurio. Levantó el borde de la lona que lo cubría y pasó por debajo. Hettie la siguió. Unos segundos más tarde se encontraron en la oscuridad.

—Huele mal —dijo Hettie—, como un cementerio viejo.

—Imaginación —musitó Emily.

—De verdad, como bóvedas húmedas.

—Cállate, mujer. Aquí a lo único que huele es a polvo y a lona. Habla bajito o van a oírnos.

Uno de los pintores cantaba. Su voz resonaba en las paredes rectas, casi sin ventanas, de la sala del dinosaurio. Emily sacó una linterna del bolsillo y alumbró la gran tienda que formaba la lona.

—Si la pongo baja, no la verán.

El interior de la tienda del dinosaurio traía malos recuerdos: una marquesina de una fiesta campestre. Las nubes la habían oscurecido. Los invitados se agolpaban bajo ella, protegiéndose de la lluvia. Emily Biddle, a sus dieciséis años, llevaba en brazos al primer niño que tenía a su cargo.

Emily volvió bruscamente al presente. La linterna brillaba en la espina dorsal del dinosaurio, de cuatro metros de altura, que formaba la cresta de la tienda. La lona caía y a unos metros la aguantaban dos dinosaurios más pequeños, que sostenían las paredes de tela embreada a los lados del dinosaurio. Había mucho espacio para pasear. Emily trasladó las dos maletas junto a las patas delanteras del monstruo.

Emily se sacó los impertinentes, los limpió cuidadosamente con un papel y se los colocó en el extremo de la nariz. Echó la cabeza hacia atrás y recorrió la oscuridad de la tienda de lona con la linterna.

—Tienes razón, Hettie querida —dijo por fin—. No se notará mucha diferencia en la forma de la tienda si sacamos los huesos del armazón. —Golpeó suavemente el hierro que aguantaba el esqueleto fosilizado—. Sí, —dijo—, desde el exterior parecerá casi lo mismo.

—Santa Lucía... —cantó el pintor. Ni la sordina que formaba la tela entre él y las niñeras podía disimular su desafinada voz.

Hettie tembló y miró el reloj.

—No tenemos que dejar tanto tiempo los niños con Melissa y Susan —dijo—. Vamos otra vez para allá.

Emily dejó la linterna sobre una de las maletas y levantó de nuevo la lona. A

rastras, volvió a salir a la sala, como un conejo de su madriguera. El pintor cantante estaba en pie en el andamio, con los anchos pies separados sobre el tablón. Se rascaba el estómago con una mano mientras con la otra levantaba el húmedo pincel hacia el techo. Trataba, sin conseguirlo, de entonar una nota alta. Emily apartó la lona de sus hombros y salió. Hettie se unió a ella en el corredor.

—Esta noche —musitó Emily, confidencialmente, mientras bajaban las escaleras hacia el vestíbulo de entrada—, volveré con Melissa y empezaremos a trabajar.

—Esta noche te quedarás en la cama —le corrigió Hettie, firmemente—. Ya has hecho bastante por hoy. Nosotras ocasionamos el problema, y nos corresponde correr el riesgo.

—Pero, querida, no puedes trabajar tú sola —protestó Emily—. Creo que sería mejor plan que nosotras dos, dado que somos las más viejas, viniéramos esta noche. Podemos ayudarnos, y si tienen que coger a alguien, que nos cojan a nosotras.

—No tienes por qué venir —dijo Hettie flaqueando.

—Bah... no me perdería esta juerga por nada del mundo —dijo Emily—. Ya me siento más joven. Cincuenta y cinco años, como máximo.

—¿Y qué vamos a hacer con los críos?

—Melissa tiene el día libre —replicó Emily.

—Aquí están otra vez, Barti —dijo la vieja y robusta mujer. Miró por el árbol de laurel, al borde de la terraza hacia Randy y Melissa que tomaban el sol, dos pisos más abajo, en el patio de la azotea.

—¡Ah, caramba! —dijo Barti y hundió su bronceada cabeza en la página de historietas cómicas del periódico.

—No tienen vergüenza esos dos —dijo la gorda—. Él la besa.

—Seguro.

—Es ella quien le besa a él ahora. Es una furcia. Oh, Barti, mira...

—Freda, cariño, creo que es hora que tú y yo vayamos dentro —dijo Barti, con cansancio.

Barti sudaba. Pensaba en el frío del invierno, cuando la gente no toma el sol en las terrazas.

Randy se inclinó y la besó en el hombro. Los suaves cabellos rubios, posados en su dorso, brillaron al sol.

—Así es como me gusta pasar las mañanas.

—Pero ya es por la tarde.

Randy miró el reloj.

—Y las tardes también.

Sonó el teléfono.

—¡Vaya! —gruñó Randy. Se levantó y eligió uno de los teléfonos de toda la serie que se encontraban sobre la mesa de hierro—. Aquí R. A. J... —continuó acariciando

a Melissa con la mano libre—. Oh —le tendió el teléfono—. Es para ti —bajó de nuevo la cabeza y besó suavemente la curva de su axila. Ella se retorció.

—Diga, aquí Melissa. Ah, sí, Hettie, claro que lo haré. No, a él no le importa. Hacia las cuatro. Adiós. Tengo que hacer de niñera esta tarde —le dijo.

—¡Demonios! Me sentiré frustrado —dijo él.

—Y voy a pasar la noche en casa de Hettie.

—No puedes —dijo Randy.

—Puedo. Es mi día libre, recuérdalo. Tendrás que ponerte tú solito en cama.

Randy suspiró.

Poco antes de que el museo cerrara por la noche, Hettie y Emily entraron otra vez por el vestíbulo y subieron las escaleras hasta llegar a la sala del dinosaurio. La robusta figura de Hettie se veía aún más gruesa. Parecía estar encinta, con la cuerda de veinte metros que llevaba alrededor del cuerpo.

—Si es como esto, me alegro de que nosotras no tengamos nunca hijos propios —musitó.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Emily. Llevaba una gran caja de sombreros, cuyo contenido pesaba mucho; en su interior se encontraban las herramientas y otros artículos del equipo.

—Es esta cuerda. Pica y parece, además, que se hubiera encogido. No puedo respirar, tengo la cara tirante.

—Aguanta un poco más, querida —le animó Emily—. Estamos llegando; un solo tramo más.

La sala del dinosaurio estaba desierta. Los pintores se habían marchado.

Emily miró rápidamente por el oscuro corredor. No había nadie a la vista. Se llevó un dedo a los labios y se puso a escuchar. Todo estaba en silencio. Señaló el borde del toldo.

—Bien. Metámonos dentro.

Se abrió paso hacia el oscuro interior. Hettie observó el toldo hasta comprobar que la vieja niñera estaba dentro y la siguió.

—Esto es muy romántico, palabra —dijo Emily, sintiendo un agradable cosquilleo en la nariz, mientras Hettie se arrastraba hasta el rayo de luz de su linterna—. Como si hubiéramos sido tragadas por el dinosaurio.

Movió la linterna hacia arriba. Las costillas, como estalactitas, parecían moverse al ritmo que marcaba el rayo de luz.

—Esperemos estar a salvo aquí dentro —dijo Hettie, con voz ronca. Miró el rayo de la linterna que se detuvo en la gigantesca cabeza del animal y no pudo evitar un temblor.

—Quieta, muchacha. Hace más de doscientos millones de años que está muerto.

—No nos preocupemos por esto —dijo Hettie—. El que lleve doscientos millones

de años muerto, sólo le hace estar más muerto.

Emily recorrió la tienda con la luz de la linterna.

—Todo lo demás está bien. Nadie ha tocado las maletas. Ayúdame a sacar los trastos.

Las maletas contenían de todo. Material de cocina, trapos, plumeros, productos para el lavado, sábanas, sacos de dormir y colchones hinchables.

Emily se ajustó los impertinentes que le bailaban, colgó la linterna en las costillas del dinosaurio y las alumbró.

—Nadie la verá a través de la lona —dijo.

Se desabrochó el uniforme. Hettie se sorprendió al ver que la ropa interior de su amiga era un par de tejanos enrollados encima de las rodillas y un viejo jersey.

—Mejor que te cambies antes de ensuciarte el uniforme —advirtió Emily—. Traje unos delantales para ti en este paquete, junto al colchón hinchable.

Cogió un destornillador de la sombrerera y examinó la cola del monstruo.

—Usa la llave inglesa.

Hettie miró la sombrerera.

—¿Qué es una llave inglesa?

Emily gruñó, se acercó, la buscó y se la alcanzó.

—Se usa de esta manera —dijo—. La ajustas haciendo girar esto hasta que se encaja la tuerca que quieres desenroscar. Bueno, démonos prisa. Tenemos que trabajar todo lo que podamos esta noche.

Hettie jugueteó un rato. Se oyó un fuerte golpe.

—Shhh. —La voz de Emily era apenas un susurro—. ¿Qué ocurre ahora?

—No puedo desenroscar ninguna de estas cosas cuadradas. Es imposible. Están muy apretadas.

—Deja que pruebe yo. —Emily volvió a reajustar diestramente la llave y la colocó en la tuerca más próxima—. Ésta se aflojó. Ahí tienes, no hay problema.

—¡Oh! —Hettie se dio cuenta que las tuercas se desenroscaban en sentido opuesto a las agujas del reloj.

Una vez dominada la técnica, el trabajo parecía muy sencillo. Cuando un hueso de la espalda quedaba libre, lo bajaban cuidadosamente y lo dejaban a un lado de la tienda.

Emily trabajaba tranquilamente, mientras el sudor se mezclaba con el polvo, en su cara. Parecía un excéntrico profesor trabajando en la cámara mortuoria de una pirámide. El trabajo se hizo más difícil después, cuando tuvieron que estirarse para llegar a las vértebras ascendentes. A medida que la espalda se iba arqueando hacia arriba, los huesos se hacían mayores y más pesados. Hettie consultó el reloj. Era medianoche.

—Probemos ahora una pierna. Y ya podremos decir que nos hemos dado la gran noche.

—Parece que estuvieras pidiendo un pollo frito y no desmembrando un

dinosaurio —suspiro Hettie. Pero, sobre ella, Emily ya había empezado a aflojar el enorme hueso del muslo. Gruñó. Se oyó un crujido.

Hettie miró rápidamente hacia arriba, a tiempo para ver a Emily balanceándose en lo alto del hueso del muslo, que se iba separando de la estructura principal.

El soporte de metal se dobló lentamente y la depositó con suavidad, en el suelo.

—¡Qué pena! Pensé que estaba a punto de convertirme en la primera persona muerta por un dinosaurio, desde hace doscientos millones de años —dijo Emily.

—Y lo vas a ser si sigues haciendo esas cosas.

—Bueno, ya basta por hoy —dijo Emily. Su nariz le picaba menos que normalmente. Estaba cansada. Es un trabajo muy duro cortar en lonjas un dinosaurio. Miró hacia atrás, a un montón de huesos muy bien apilados y se sentó en una de las vértebras más grandes—. Vamos a lavarnos y a regresar.

Las dos niñeras se limpiaron lo mejor que pudieron con las mojadas esponjas. Emily había puesto en la maleta un neceser. Se metieron después en los sacos de dormir. Minutos más tarde, estaban dormidas.

Un ruido las despertó. Le siguió un *Granada* desafinado; los pintores estaban de nuevo en la sala.

—¿Qué hora es?

Emily buscó a tientas las gafas y miró su reloj luminoso de bolsillo. No había luz bajo la lona, ni siquiera durante el día.

—Las ocho y media.

—Tenemos que irnos pronto —musitó Hettie.

Tardaron veinte minutos en limpiar el interior de la tienda. Después se asearon otra vez, se pusieron los uniformes y se deslizaron fuera. La entrada para el público estaba aún cerrada. Emily dirigió la marcha hacia la escalera que llevaba a la planta baja. Marchó confiadamente hacia lo que parecía ser la cocina, de donde procedía el olor de comida. Había varios hombres en el interior. Sacó la cabeza por la esquina en el momento en que aparecía el jefe de cocina.

—¿Tienen algo hecho? —preguntó.

—Aún no, señora —dijo—. Pruebe más tarde, cuando venga el jefe de cantina.

—¿Cómo podemos salir de aquí?

—De la misma manera que entraron —dijo el hombre.

—Me he perdido. No me acuerdo.

El hombre señaló hacia el corredor.

Las dos amigas se encaminaron hacia la tienda del hojalatero, la carpintería y el departamento de expediciones. Emily se detuvo.

—Espérame un minuto —dijo a Hettie. Miró en derredor para asegurarse de que estaban solas, se aproximó a la ventanilla del *office* y arrancó un manojito de papel.

Hettie se horrorizó.

—Emily Biddle, esto es robar.

—Tomar prestado —corrigió Emily—. Son etiquetas engomadas. He tenido que

cogerlas, es parte del plan.

Hettie abrió las puertas de salida y las dos niñeras salieron a la rampa de carga, al sol de la mañana.

Emily parpadeó feliz.

—Te lo dije..., va a ser fácil. —Su cara se arrugó al hacer una mueca. Sus impertinentes saltaron de la nariz. Les hizo dar vueltas al extremo del cordón y comenzó a cantar—: *Viva Britania... Britania manda sobre las olas.*

Lui Ho miró la hilera de uniformes de policía que colgaban de las paredes del cuartel general del Tse Eih Aei, en la alcantarilla. Esperaba que las niñeras no tardaran demasiado en llevar a cabo su robo. No sólo consideraba que el uso de un uniforme capitalista era una ofensa al pueblo de la República, sino que, además, creía que el precio de alquiler de cinco dólares al día era una extorsión.

—Alinearse —ordenó Lui Ho a sus hombres, que se estaban cambiando de ropa, y se ponían otra vez los taparrabos—. ¡Informes! —pidió.

—Hicimos la ronda, como policías de Nueva York, tal como usted indicó, camarada jefe. Una experiencia muy ilustrativa —anunció Sam Ling.

—¿Y? —preguntó Lui Ho.

—Alejamos a la gente del museo, exactamente como habíamos planeado. —Sam Ling sacó una libreta de notas y comenzó a leer—: «Nueve cuarenta y cinco: alejamos a una joven pareja que cometía un pecaminoso delito en público, frente a la entrada principal del museo. Nueve cincuenta y uno: encontramos una joven pareja, tres bancos más lejos de la anterior... y les recordamos la obligación de comportarse debidamente. Diez treinta y siete: dispersamos un pequeño grupo que se había formado para observar la conducta de la joven pareja en la hierba del Planetarium. Once treinta y ocho: paramos un coche e hicimos serias advertencias a los ocupantes sobre los peligros de conducir descuidadamente».

Lui Ho levantó el brazo.

—¿Qué es lo que hicieron? —preguntó, incrédulo.

—Hicimos severas advertencias —repitió Sam Ling. Su mostacho sonrió a su jefe—. Un chiste mío, camarada jefe. El coche llevaba al representante soviético a una reunión de emergencia de las Naciones Unidas.

Fat Choy se limpió las lágrimas de los ojos y pasó el pañuelo por la delgada línea de sangre que le salía de la nariz y caía sobre su uniforme de policía. Se quedó sentado en la baja pared de Central Park, frente a la entrada del museo, hasta que le pasó el mareo y pudo ver otra vez con claridad.

Las cinco niñeras habían llegado y estaban reunidas, como un grupo de gallinas blancas, al pie de las escaleras del museo.

—Nunca lo había vizto. —Susan tocó con el codo a Melissa y se rió. Señaló a Fat Choy—. Aquel polizía zentado zobre el muro. Debe zer muy nuevo. Ya zabez qué bien voltean la porra. Ézte no zabe. Ze ha dado un golpe en la nariz con la porra.

Hettie miró a sus amigas.

—¿Estamos todas? ¿No ha habido problemas para obtener permiso para esta noche? —Las niñeras asintieron con la cabeza—. Bien, ahora comenzaremos por sincronizar los relojes, ¿no es verdad, Emily?

—Efectivamente —dijo la vieja, cuya nariz le picaba más por la excitación—. Siempre hay que sincronizar los relojes antes de una operación militar. Y, a propósito, creo que tendríamos que darle un nombre clave, para que podamos mantener un secreto absoluto. Le llamaremos *Inglés*. Puede ser también nuestra contraseña. En el futuro ya no vamos a usar la palabra dinosaurio. ¿Todas de acuerdo?

Susan tiró del brazo de Emily, para llamarle la atención.

—Pero, por favor, no dizparéiz zi alguien dize inglés. —Hettie frunció las cejas.

—¿Preparados los relojes? —preguntó. Jugó nerviosamente con el suyo, mientras su amiga Emily luchaba con medio metro de cadena de plata, como un acorazado levando anclas, para alcanzar su macizo reloj de plata—. Empezaremos a contar —empezó Hettie—. Cinco, cuatro, tres... —Se le quebró la voz al recordar la última cuenta atrás en las escaleras del museo—. No sirve, no conseguiremos contar aquí.

Emily consultó el reloj, haciéndolo bailar al extremo de la cadena. Sus ojos le seguían, mientras oscilaba como un péndulo, frente a su nariz, que le seguía picando.

—Al tercer golpe —dijo vivamente— serán exactamente las cuatro treinta y dos... —pip, pip, piiiip.

Las niñeras sincronizaron sus relojes.

—Mejor que nos separemos ahora —advirtió Hettie, ya recuperada—. ¡Acción! Vámonos, de dos en dos y de tres en tres. Nos reuniremos en el cuarto piso a las cuatro cuarenta y cinco exactamente. ¡Adelante, chicas!

El guardián del museo se detuvo a la entrada de la sala del dinosaurio.

—¡Vaya! —se dijo Hettie—. ¿Cómo diablos podemos sacarlo con éste aquí?

Se detuvo cerca de la puerta y fingió estudiar unos huevos fosilizados. Comprobó la hora en el reloj.

—El mío falla tres minutos, tata —dijo una voz. Se volvió. Era el guarda.

Hettie le miró, pensativamente, preguntándose si podría encontrar un medio

rápido de apartarle de su sitio de vigilancia. El problema se resolvió de repente. Un ruido fantástico sonó en el otro extremo de la sala, y una extraña figura, voluminosa, apareció, cantando desafinadamente una canción oriental, hipando y eructando alternativamente.

—Vaya —gruñó el guarda—. Un borracho.

Se estiró autoritariamente el vestido, y se alejó por el corredor. El borracho desapareció por la esquina. Hettie vio como el guarda le seguía. Hubo una discusión. Gradualmente, ésta se fue perdiendo en la distancia.

Las otras niñeras se reunieron con Hettie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Melissa.

—Un chino borracho —dijo Hettie—. Menos mal que estaba aquí, porque si no hubiéramos tenido problemas con el guarda. Rápido, vamos a trabajar en seguida, ahora que no hay nadie.

Marchó delante de las demás hacia la sala, y sujetó el extremo de la lona que cubría el dinosaurio, mientras las otras se arrastraban por debajo para entrar.

—Ez tan emozionante —musitó Susan— como laz batallaz de almohadaz.

—Tchiiiiis... —dijo Emily, y encendió la linterna que había dejado colgada en el esqueleto la noche anterior—. Guardad silencio y poneos la ropa de trabajo. —La vieja llevaba un paquete envuelto en una tela colgando de una cuerda. Lo suspendió cerca de la linterna, en uno de los pernos que antes aguantaba una vértebra de la cola.

—Esto está muy sucio. Negro como el carbón —dijo Ulina, mientras pasaba el dedo por uno de los huesos—. Estaremos hechas una porquería por la mañana.

—Tonterías —dijo Hettie—. Francamente, la suciedad no es nada tremendo. Restregando se va. Mucha agua caliente, jabón y un cepillo para frotar. Esto es lo que enseñamos a los niños reales... un buen baño caliente todos los viernes por la noche... Y miradlos ahora.

Melissa sonrió en la oscuridad.

—Ya veo por qué *miss* Emily dice que eras la fuerza detrás, de los *detrás* en el trono.

El museo se quedó pronto en silencio, pero en la tienda del dinosaurio las niñeras seguían trabajando, a la luz amarilla de la linterna.

Quitar los huesos del cuello representaba una especie de escalada cuando había que bajarlos.

—Necesitamos escaleras —dijo Hettie—. Melissa y Susan, salid y coged una de las escaleras de los pintores.

Las dos jóvenes niñeras salieron de la tienda, cogieron una escalera del andamio y la pasaron a rastras por debajo de la lona. Facilitó mucho el trabajo.

Hettie subió a los hombros del dinosaurio y, durante dos horas, estuvo trabajando con el destornillador.

Al cabo de un rato, habló.

—Sabéis, hemos olvidado algo —dijo con mal humor—. Debemos irnos.

—Me voy contigo —dijo Ulina.

—Muy bien —dijo Hettie—. ¿Dónde está?

—¿Dónde está qué? —preguntó Susan.

—El lavabo de señoras, desde luego. ¿Qué creías que decíamos?

—Yo también quiero ir —dijo Melissa—. Vi uno en el piso de abajo.

Emily levantó los bártulos del esqueleto del dinosaurio.

—Vamos todas.

—¿Son las prendas de limpieza? —preguntó Ulina, mirando el maletín de Emily.

La vieja movió la cabeza y colocó los impertinentes en su sitio.

—No —dijo—. Es «Tarzán».

—¿«Tarzán»? —Ulina miró horrorizada.

—¿Quién dices que es? —preguntó Hettie, sorprendida.

—«Tarzán» —repitió Emily—. Se irritó la noche pasada. No quiso dormir, se arrancó casi todas las plumas. Hoy no quería comer. No podía dejarlo otra vez, por esto lo traje.

—Debes estar loca, mujer. Mira que traer el loro justo a este lugar. Déjalo aquí, loca, o echará a perder todo con sus gritos.

—No, no debo, no puedo —dijo Emily, con firmeza—. Si le dejo solo, chillará. Tiene que darse cuenta de que estoy cerca. Se quedará quieto.

Hettie suspiró.

—Muy bien, vámonos —dirigió la marcha por debajo de la lona, hacia el corredor del museo. El edificio parecía más grande a la luz de la linterna. Unas sombras macabras se movían entre los objetos expuestos, mientras Hettie hacía oscilar los rayos de la linterna de un lado a otro.

—Por aquí. —Bajó la primera escalera seguida por el pelotón. Otra luz brilló frente a ellas—. Debe haber un guardián —musitó. Todas se apretujaron contra la pared. La luz brilló unos minutos y desapareció. Oyeron como el hombre tosía a distancia.

—Hay un lavabo de señoras en el piso del dinosaurio —dijo Emily, apretando la ropa contra su busto.

—El único que he visto está en este piso —dijo Melissa—. Estaba cerca de los elefantes.

Frente a ellas, en la oscuridad se encontraba la manada de paquidermos, con sus largas trompas y los ojos brillantes sin expresión.

—¡Quizá esté por aquí! —suspiró Susan—. Enziende la linterna otra vez.

Hettie la encendió. Susan saltó.

—Un hombre —chilló con voz horrorizada—. Un hombre desnudo. Lo vi. Muy desagradable.

—Tchiiiish. Es sólo una figura, chica. Sabemos quién es. Un indio de Montana que caza pájaros. El lavabo está por allá.

La tos del guarda, muy cercana, las asustó. Ulina cogió a Hettie y la empujó hacia

el zócalo de plástico donde estaba el indio. Se encogieron cerca de éste. Las otras se dispersaron.

Ulina miró la figura y sintió que le picaba la nariz. «No seas tonta —se dijo—, es sólo una figura, no un hombre. ¡No puedes ser alérgica a una figura!» Pero no parecía dar resultado. Su nariz seguía amenazando con estornudar.

La tos sonaba más cerca. Un rayo de luz iluminó la escena. El rayo se desvió hacia abajo cuando el guardián colgó la linterna en un gancho. El hombre se recostó en la pared, sacó un envoltorio del bolsillo del que extrajo un bocadillo. Comió durante unos minutos. De otro bolsillo sacó una botellita. Arrancó el tapón con los dientes y bebió un trago de coñac.

—Come haciendo ruido —musitó Hettie—. Mal educado.

—Tchiiiish —murmuró Ulina. Se sintió molesta al darse cuenta en qué parte de la anatomía del indio tenía apoyada la cabeza. Se ruborizó, sin ser vista, en la oscuridad.

El guardia bebió otro sorbo de coñac y comenzó otro bocadillo.

—Vaya, puede estar horas así —murmuró Hettie, sintiendo que le comenzaba un calambre en las piernas. Se oyó un ruido suave a su espalda—. Tchiiiish —dijo.

Las hojas de bosque que rodeaban al indio de Montana crujieron. A la luz de la linterna del guardián, Hettie y Ulina vieron cómo su mandíbula dejaba de mascar. El hombre escuchó. Las hojas de plástico se movieron otra vez. A Ulina le pareció que el guardián la miraba directamente. Dejó el bocadillo y la botella en el armario y desabrochó la funda de la pistolera. Sacó la pistola y apuntó al indio. Ulina tragó saliva. El guardián cogió la linterna y dirigió la luz hacia ellas.

Del follaje de la selva sintética salió una extraña y diminuta pesadilla. Su cuerpo de veinticinco centímetros de alto estaba desnudo, salvo el pecho que se hallaba cubierto por un chaleco carmesí.

—¡Oh! No, «¡Tarzán!» —Ulina se cubrió la cara con las manos.

La figurita continuó su marcha ondulante, como el asta de un asador de pollos, en línea recta hacia el mudo guardián. Hettie vio como el rayo de luz de la linterna oscilaba por el temblor de la mano. Entre tanto, «Tarzán» siguió avanzando hasta llegar a un metro del hombre. Entonces, dejó oír su grito de bienvenida.

—Ahheee, ahhee, ahheee.

El grito del hombre mono resonó por todas las salas del museo. El guardián dejó caer la linterna y la pistola. Las niñeras oyeron como sus pies corrían por el pulido suelo. Se oyó un ruido cuando chocó contra algo expuesto. Una puerta se cerró de golpe. Los pasos se perdieron en la distancia. Otra puerta sonó y todo quedó en silencio.

—¡Dios mío! —dijo Hettie. Susan chilló. Emily salió a gatas en persecución de «Tarzán», y lo volvió a poner en la maleta.

—Aprisa —dijo Hettie—. No tenemos mucho tiempo. Vamos al lavabo y subamos otra vez, antes de que nos atrape la policía. Y por Dios, Emily, ten a este animal bien guardado.

Momentos después, subían de nuevo las escaleras hacia la sala del dinosaurio.

—¡Ufff! —dijo Melissa, cuando pasaban por el corredor a toda prisa y entraban a rastras bajo la lona.

Hettie miraba a Emily mientras ésta arreglaba la cama de «Tarzán», dentro de la maleta de los bártulos.

—Emily Biddle, eres el colmo —dijo desesperada.

Emily hizo como que no la oía y rascó la cabeza de «Tarzán».

—Cuelga de una vez este maldito animal y sigamos trabajando.

—Oh, demonio —dijo Susan.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto Hettie.

—Ez todo ézte nerviozismo. Quiero ir otra vez al retrete.

—¡Por Dios, hija! ¿Nadie te enseñó a ir al retrete? —preguntó Emily desde el extremo de la tienda.

—Eso es —dijo Ulina.

El dinosaurio, bajo su tienda de lona, estaba ahora irreconocible.

—Pareze una cámara de tortura —dijo Susan, mirando el desarticulado esqueleto—. Imaginaoz a prizioneroz chillando, balanzeándoze arriba y abajo, goteando zangre. Y tenazaz al rojo vivo. —Se levantó y puso los dedos en la boca del monstruo.

—Concéntrate en lo que haces, niña —dijo Emily, cuya nariz le picaba. Luchó por mantener el peso del cráneo, a horcajadas sobre el esqueleto—. Aguántalo bien. Si se cae, te va a tragar.

Bajaron el cráneo al suelo.

Susan se dirigió a Melissa:

—Eztaba penzando que un dinosaurio preñado debe zer algo enorme.

—Ponían huevos —le dijo Melissa—. Se extinguieron porque cuando subían al nido, los árboles se derrumbaban.

—Pobrez bicho —dijo Susan con tristeza.

Emily se deslizó por el soporte de hierro que aguantaba una pierna delantera. Quitó el polvo de los lentes y se los volvió a colocar en la nariz. Observó los restos del esqueleto.

—Ya no queda mucho. Sólo la pelvis y tres o cuatro partes más. Creo que es hora de que nos tomemos una taza de té.

Una hora más tarde, sólo el hueso de la cadera estaba aún sujeto a los tubos marrones. Emily se estiró la parte delantera del pantalón y se enjugó el rostro. El polvo transformaba el sudor en una capa de barro.

—Tengo que armar unas poleas para desmontar esta pieza tan grande. Cuando logremos bajarla, ya casi habremos terminado.

Era de noche. Lui Ho caminaba con cuidado por el oscuro sendero que pasaba por Central Park paralelo al camino, delante del museo. Aferraba nerviosamente la porra y trataba de recordar a cada instante que su uniforme de policía era, con seguridad, una buena protección contra los bandidos.

Se preguntaba qué harían los bandidos a sus víctimas. Los de su provincia nativa, cortaban el cuello. Por otra parte, algunos bandidos de las zonas fronterizas se especializaban en asestar golpes rápidos en las rodillas. Se colocó la porra en el cinto, apretó la barbilla contra el pecho, para proteger el gástrico, se detuvo y se golpeó con las manos ambas rodillas. Esperaba que no hubiera otro bandido detrás de él.

—Tchiiiish.

Lui Ho trató de mirar al lugar de donde provenía el sonido. Se le hizo difícil. «Si alguien nos ataca y si las condiciones para el combate son favorables, actuaremos en legítima defensa eliminándolo resuelta, completamente». Se dijo citando a Mao Tse-tung, en voz alta y en inglés.

La voz insulsa de Sam Ling salió de la oscuridad:

—Si hubiera sido un enemigo, me habría aterrorizado con esta valiente amenaza, y ya estaría huyendo para salvar la vida. Pero no lo hice porque me impresionaron mucho las citas tan importantes y no pude resistir la tentación de escucharlas.

Lui Ho deseó que hubiera luz suficiente para ver la expresión de la cara de su segundo en el mando.

—Un auténtico trabajador puede encontrar siempre descanso y consejo en las palabras de nuestro Mao —replicó—. Es una lástima que todos vosotros no hayáis aprendido más de él. Si lo hubierais hecho, no sufriríamos ahora el cincuenta por ciento de bajas. Y aún no hemos disputado ningún combate —suspiró—. Fat Choy se ha roto la nariz. Usted tiene una oreja congelada... y en Nueva York, en un cálido día de otoño. Y Pi Wun-tun ha sido detenido por estar borracho y causar desórdenes en el museo.

Sam Ling hizo una mueca en la oscuridad.

—Todo por la causa de nuestro país, camarada jefe. Y ¿no estuvo muy bien la comedia de Pi Wun-tun? Ayudó a las niñas con su argucia.

—¿Argucia? —gruñó Lui Ho—. Pi Wun-tun tenía tantas argucias como un idiota. Pude olfatear su aliento mientras le iban arrastrando. Estaba más borracho que una cuba.

Sam Ling contuvo una risa que le surgía y tosió sofocadamente.

Emily tiró de las cuerdas. Se sentía satisfecha con su complicada polea.

—Bien —dijo—. Susan sube. Destornilla el hueso. Las demás lo cogerán y lo depositarán en el suelo.

Susan trepó hacia el almacén y comenzó a trabajar.

—Cuidado con el peso —dijo Emily, suavemente—. Susan, dale un empujón en

cuanto hayas destornillado la última tuerca. —Las cuatro niñeras tiraron de la cuerda.

Se oyó un crujido. Nada sucedió.

—Intentadlo otra vez.

Susan dio un gruñido. Puso los pies en el hueso de la cadera, apoyó los hombros en el armazón de hierro y empujó con ambas manos.

El sistema de poleas de Emily estaba calculado para soportar el peso de la pelvis del dinosaurio. Las matemáticas no habían sumado a esto el empujón de Susan. Se oyó un ruido de ropa que se rajaba y el chillido de Susan. Las cuerdas crujieron. Sonó un ruido sordo cuando la joven niñera rodó sobre la pelvis por el suelo como si montara un potro salvaje. Se examinó. Salvo los guantes, estaba desnuda. Miró en derredor buscando sus vestidos. No había rastro de ellos, ni de las otras niñeras.

—¡Vaya! —se dijo—. ¿Dónde eztáiz todaz?

Se oyó un gruñido encima de ella. Miró hacia arriba. Un montón de piernas y manos, saliendo de una tela de araña, estaba atado al lado del armazón del dinosaurio. El mono de trabajo de Susan, hecho jirones, colgaba de uno de los pernos.

—¡Bájanos, idiota! —dijo la voz de Melissa—. Tú nos lanzaste hasta aquí. ¡Bájanos inmediatamente!

Susan escaló el armazón y comenzó a aflojar las cuerdas que rodeaban a las niñeras. Apareció la cabeza y los hombros de Hettie. Miró a Susan con la cara de púrpura oscura a la luz de la linterna y con las cejas fruncidas.

—Pero, chica, ¿cómo te has atrevido?, ¿cómo te has atrevido?

—Lo ziento, tata Hettie —tartajeó Susan.

—Vístete ahora mismo —ordenó Hettie, mientras tiraba de las cuerdas que le rodeaban el pecho—. Baja enseguida y ponte decente.

—Esta chica —dijo Hettie a Emily—. Si no sienta la cabeza es capaz de convertirse en una cortesana.

Susan bajó al suelo. Levantó las manos y cogió sus ropas. No podía volver a ponérselas. Se envolvió en uno de los sacos de yute y comenzó otra vez a desatar a las niñeras.

—Nunca más tienes que hacer algo así —dijo Hettie, hecha una furia cuando pudo bajar del armazón y tocar el zócalo. Se frotó las rozaduras que le habían dejado las cuerdas en el pecho—. Nunca más tienes que quedarte desnuda delante de otras personas. Una conducta absolutamente desagradable. La desnudez queda para el cuarto de baño... y para ningún otro sitio.

—Zí, tata Hettie —dijo Susan tímidamente.

Las cinco niñeras se agruparon en torno a la gran pelvis. Emily la palpó. No había sufrido daño. Trató de moverla, pero apenas se balanceó.

—Es el mayor problema que hemos tenido —dijo, mirándola de cerca a través de los impertinentes—. Ya sé cómo vamos a sacarla.

—Eres optimista —dijo Ulina.

—Organizada —sonrió la vieja niñera, y movió la nariz—. Reuníos para el gran

esfuerzo, señoras. La gran ofensiva. Flexionad los músculos para el asalto final. Los hombros en la rueda y las narices en la muela de afilar. El rescate de Mafeking^[1].

—Emily, por favor, vamos al grano —la interrumpió Hettie.

—Eh... sí —continuó Emily, con rubor en la cara—. Cogemos los huesos uno a uno, y los llevamos por el corredor a la ventana que da al Planetario y los depositamos en el techo. Por éste los llevamos hacia el parapeto, y allí los bajamos al suelo. Creo que está bien pensado, ¿no, Hettie?

—Claro —dijo Hettie—. Mafeking, naturalmente.

—Pero nos verán.

—Tonterías, Melissa —dijo Emily—. He aparcado el camión en los terrenos del Planetario. Nadie mirará las ventanas del museo. En cualquier caso, hay un gran árbol frente al Planetario y estaremos a cubierto mientras bajamos los huesos en la última fase. —Se detuvo y tocó uno de los huesos—. ¡Arriba! —dijo feliz. Sus rodillas se doblaron—. Bueno, casi lo levanté. Súbeme un poco, Ulina, y aguanta la lona. —Caminó por la sala, balanceando el hueso sobre los hombros, como la yunta de la lechera. Las otras ayas, cargadas de la misma manera, salieron de la tienda, detrás de Emily.

—Me ziento como un porteador de un zafari —murmuró Susan y pasó el primer hueso por la ventana, para unirse con las demás—. El veztido me produze picazón. —Miró como Emily pasaba sus expertos dedos por el alféizar de la ventana.

—¡Mirad! —dijo la vieja niñera, triunfalmente—. No hay timbres de alarma. —Movió el pestillo y abrió la ventana—. Está muy alta para alcanzarla desde el suelo. Es casi imposible romperla para entrar, y nadie pensó que alguien lo haría para salir.

—No habíamos pensado en las alarmas —admitió Hettie—. ¿Pero cómo bajaremos los huesos desde aquí? Debe haber casi cinco metros desde el tejado. Se romperán si los dejamos caer.

—La escalera. Vamos a cogerla —dijo Ulina. Desapareció en el corredor junto con Melissa y regresó con la escalera. Bajaron un extremo por la ventana y la dejaron deslizarse hasta que se aposentó sobre el techo del Planetario.

—Desciende —dijo Emily a Susan—. Bajaremos los huesos con una cuerda. Ponlos cerca del parapeto, para que no se vean desde el camino.

Susan hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Sam Ling sacudió a Lui Ho, interrumpiendo su siesta.

—Despierte. Están aquí —musitó, rápidamente.

Lui Ho se puso en pie, sacó la copia de las citas de Mao Tse-tung del bolsillo e hizo señas con ellas.

—Todo comunista debe aferrarse a la verdad —chilló—. La fuerza política nace del tubo del cañón... —Una mano que le tapó la boca le impidió continuar.

—Estoy dispuesto a aceptar sus motivaciones políticas, camarada jefe —Sam

Ling le susurró pacientemente al oído—, pero sus acciones pueden poner en grave compromiso nuestros planes. No es muy prudente gritar nuestros gloriosos lemas de insurrección en el centro de Nueva York.

—¿Por qué me ha molestado... despertándome?

—Las niñeras —dijo Sam Ling—. Empiezan a sacar los huesos del famoso dragón y los dejan en el tejado del Planetario. Creo, como sugirió antes, que ahora tendríamos que recoger a Nicky Po y Chou Tan, ir a los cruces de alrededor del museo y alejar el tráfico de allí.

—Eso es —afirmó Lui Ho—. ¡Al trabajo! —Hizo una señal de tráfico.

—Excelente, camarada jefe —dijo Sam Ling, con resignación—. Pero para detener los coches americanos, trate de hacer así... Sí, nuestro saludo pero sin cerrar el puño.

El montón de huesos, bajo la tienda del dinosaurio, iba disminuyendo a medida que aumentaba en el tejado. El techo parecía una catacumba cristiana primitiva. El montón cercano al parapeto se extendía hacia la cúpula de cobre del Planetario.

—¿Va todo bien por ahí? —preguntó Emily, suavemente.

—Sí.

—Regresaremos y nos esconderemos media hora mientras los guardias hacen la ronda. Tú te quedas aquí. Vigila la esquina. —Emily señaló la pared más cercana—. No te muevas. Estate quieta. Nos veremos pronto —bajó la cabeza y cerró la ventana.

Quince minutos después, las niñeras reemprendieron el trabajo. Sólo quedaban catorce huesos. Los de la pierna, la cabeza y la pelvis.

—¡Uufff! —Ulina se esforzaba en mover uno de los pesados huesos de la pierna.

—Aguenta, chica. —Hettie fue a ayudarla—. Si lo ponemos sobre una arpillera, podemos arrastrarlo por el suelo.

Arrastraron los huesos sobre los sacos de yute y los acercaron a la ventana. Entonces, usaron la escalera como deslizador, y aguantaron el peso de los huesos con las cuerdas, para bajarlos al techo del planetario. Al cabo de poco rato, en la sala del dinosaurio no quedaba más que la pelvis. Las niñeras la rodearon.

—Bien, haced todo lo que podáis cuando yo dé la voz —dijo Emily cuando hubieron descansado—. Bien, chicas, ahora. ¡Aarriba! —Levantaron el gigantesco fósil y lo pusieron sobre los sacos.

—No pasará por la ventana —dijo Ulina con el pelo sobre la frente.

—Pero no podemos dejarlo aquí —dijo Hettie, jadeando—. El mensaje puede estar en esta parte.

Emily se sentó en la pelvis y sonrió a sus amigas:

—Me parece que encontré la solución a este problema —dijo—. Pero tendremos que confiar un poco en la suerte. Lo que debemos hacer ahora es bajarlo por el ascensor de servicio.

Melissa la miró, alarmada.

—Supongo que no pensarás hacer funcionar el montacargas. Despertaríamos a todos los del museo.

—Eso es —dijo Ulina.

—No —replicó Emily, calmosamente—. Lo que sugiero es que sean los del museo quienes lo hagan por nosotras. —Estudió las caras sorprendidas de sus compañeras—. Todo lo que tenemos que hacer es embalar la pelvis y meterla en el montacargas. Apostaría a que podemos recogerlo por la mañana en el departamento de embarque.

—Nunca —dijo la voz incrédula de Ulina.

—Dalo por hecho —dijo Emily—. Lo garantizo. Vamos. Los guardas tardarán aún un rato en venir. Tenemos que hacerlo ahora. Si no, será demasiado tarde. Melissa, ve a buscar a Susan. Necesitamos la ayuda de todas.

Pasó una cuerda por el enorme hueso. Entonces, como si fuera un patín, lo arrastraron sobre la alfombra de sacos, hasta el lado del montacargas. Tardaron mucho tiempo, y tuvieron que descansar a cada metro.

—Tengo llagas —dijo Ulina—. Estos guantes no han servido de nada.

—Quizá; pero no te los quites; ni ninguna de vosotras; recordad las huellas digitales —previno Hettie.

Abrieron las puertas de acero del montacargas y cargaron en él la pelvis.

—Ahora, el resto es muy simple —dijo Emily—. Todo lo que hay que hacer es envolver esto con sacos y papeles, y atarlo, como si se tratara de un envío oficial.

—Gracias a Dios que no tenemos una imaginación como la tuya —musitó Hettie.

Embararon la pelvis. Durante la media hora siguiente, las niñeras ataron, cortaron, plegaron y rellenaron.

Tiraron, doblaron y cosieron. Con las piernas cruzadas detrás del hueso empaquetado, con su vestido de saco, Emily chupaba los extremos del hilo y enhebraba agujas de coser lona. Como una mujer de la frontera durante una incursión de los indios, cargaba y volvía a cargar.

—Es un buen trabajo —comentó Ulina, cuando todos los hilos sueltos estuvieron atados.

—Quizá demasiado bueno —dijo Hettie—. No me parece un trabajo de hombres. Melissa, para empezar, rasga uno de los filos.

—Nunca se darán cuenta —Emily dio un golpecito al fardo—. Sólo maldecirán a alguien por tener que hacer trabajo extra. Sin embargo, creo que la audacia de la idea dará resultado.

Buscó en los bolsillos de sus pantalones y sacó las etiquetas que había cogido el día anterior del departamento de envíos. Con un bolígrafo escribió algo en ellas y después las pegó a la arpillera.

—¡Así que eran para esto! —exclamó Hettie—. Decían: «Instituto Smithsonian: para recoger».

—Sí, porque el Instituto Smithsonian viene aquí regularmente para recoger bultos. Si fuera para cualquier otro, los empleados podrían hacer preguntas.

—Suponte que el Instituto Smithsonian viene antes que nosotras.

Emily se encogió de hombros.

—Es un riesgo que tenemos que correr. El único riesgo en todo el asunto. Pero no veo otra solución.

Dejaron el hueso embalado en el centro del montacargas.

—Hay que hacer que se vea lo más posible —dijo Emily.

Las niñeras regresaron a la ventana, salieron y bajaron por la escalera, hacia el tejado del Planetario. Se recostaron en el parapeto y descansaron.

—Quisiera un cigarrillo —dijo Melissa.

—Coge uno mío; zon zuavez —dijo Susan y sacó un paquete. Inmediatamente fue confiscado por Hettie—. ¡Oh, diabloz!

—Las señoritas no fuman en lugares públicos. Ni usan estas expresiones.

—El muzeo ezta zerrado —protestó Susan.

—Pero nosotras estamos aquí. Y nosotras *somos* público.

Emily desenroscó la cuerda que habían usado para bajar los huesos al tejado e hizo un lazo en un extremo. Asomó la cabeza por encima de la corta valla y miró la calle durante unos minutos, dejó caer el lazo sobre los hombros de Susan, y se lo pasó bajo el brazo, comprobando el nudo.

—Te vamos a bajar al suelo.

—Graciaz a Dioz. Creí que ibaz a colgarme.

—Cállate, niña. Estate quieta hasta que llegues abajo, quítate la cuerda y la volveremos a subir. Después, las otras me bajarán a mí.

Con un suspiro, Susan desapareció de la vista. Las niñeras, nerviosas en el tejado, oyeron como sus pies chocaban contra los muros del edificio. Lentamente, bajaron la cuerda hasta que ésta se aflojó. Emily miró por encima del parapeto.

—¿Todo va bien?

—Zí —la voz parecía muy lejana.

Segundos más tarde, Emily, resoplando, se reunía con ella en las sombras, bajo el árbol.

—¿No hay nadie por aquí? —musitó.

—No.

—Entonces iré a buscar el camión.

Emily se alejó hacia el «Chevrolet» azul que resonó como un tanque en la oscuridad. Lo hizo retroceder hasta llegar a la pared, detuvo el motor y se subió en la parte trasera.

—¡Bajad los huesos! —gritó a las de arriba.

—¡Zacad el muerto! —dijo Susan.

—¡Tchiiittt!

Cargaron el dinosaurio en el camión, lo cubrieron con tela de saco y con los

demás trastos que habían llevado. Cuando acabaron de cargarlos, los neumáticos del camión parecían deshinchados, los muelles doblados, pero Emily todavía confiaba en que quedaría espacio para la pelvis. Subió otra vez al camión y lo llevó al aparcamiento un poco más lejos.

—Aquí estará a salvo hasta la mañana —dijo a la vuelta.

—Eh, vosotras, las de arriba. —Llamó en voz baja a las tres niñeras que estaban en el tejado del Planetario—. Subidnos otra vez.

Desde el techo del Planetario volvieron a subir y retiraron la escalera. Después cerraron la ventana.

—Lo hemos hecho antes de que regresen los guardias —musitó Ulina.

Devolvieron la escalera al andamio. Volvieron y examinaron todas el exterior de la tienda del dinosaurio, con la primera luz del alba. Parecía una distante cordillera de montañas.

—Aquí está —dijo Emily, con voz opaca—. Casi igual que cuando empezamos.

Las otras asintieron, cansadas.

En el interior, el brillo de la linterna daba bastante luz. Se miraron entre sí. Tenían las caras sucias; las manos, dentro de los guantes, estaban ásperas y llenas de arena.

—¡Lo hemos hecho! —dijo Ulina—. Y todo salió según el plan. Vamos a celebrarlo con una taza de té.

—No, tengo algo más apropiado para esta ocasión —dijo Emily. Se levantó y cogió una maleta. Buscó en el interior—. Ésta es la prueba de la confianza que tenía en nuestro éxito. —Sacó una botella que brilló, con tono verdoso a la luz—. Champaña.

El tapón saltó y unas gotas de espuma se esparcieron formando un arco ante los rayos de la linterna. Emily se limpió la boca con el dorso de la manga.

—Pasa las copas. —Midió el champaña con los recipientes de plástico—. Por Su Majestad la reina de Gran Bretaña, por la paz del mundo... y por nosotras —brindó. Las otras lo hicieron con desgana.

—Todavía no entiendo por qué tenemos que quedarnos aquí. ¿Por qué no nos vamos ahora? —preguntó Melissa, que pensaba en Randy y en su cama caliente.

—No tenemos por qué quedarnos todas aquí —dijo Hettie—. Pero por lo menos tres deben hacerlo, para limpiar. Por esto, nos podemos quedar todas. Es sólo cuestión de un par de horas.

Sam Ling estaba parado en el centro del cruce, alejando el tráfico del edificio del museo. Hasta entonces, nadie le había preguntado por qué, pero si lo hubieran hecho, habría encontrado la respuesta en el curso de inglés de la Universidad de Pekín: «Si sigue usted en esta dirección, entrará en la aglomeración de vehículos, que impide el paso más adelante».

En los momentos libres, Sam Ling trataba de encontrar un fallo en sus planes de

arrebatar el dinosaurio a las niñeras. No podía. El plan parecía perfecto. El micrófono, en la habitación de las niñeras que estaba conectado al teléfono, le había proporcionado —a pesar de sus conversaciones encubiertas— todo lo que necesitaba saber, excepto el lugar donde habían escondido los huesos. Esto no era importante. Su equipo no tenía más que seguir las niñeras. Las niñeras no podrían escapar con rapidez en su viejo camión. Sam Ling se sonrió.

Al otro extremo del museo, en el cruce, Lui Ho gruñía. Necesitaba orinar urgentemente. Buscaba un lugar apropiado. La entrada de un sótano parecía invitarle. No había recorrido la mitad del trayecto, cuando apareció un taxi. Corrió al centro de la calzada e hizo dar la vuelta al coche, por una travesía. Reemprendió la marcha hacia el sótano. Esta vez acabó de llegar a la acera cuando apareció un torrente de tráfico, encabezado por un camión remolque. Con una mano en el bolsillo, se apretaba para aplacar el dolor creciente; volvió, con dificultad, al centro del cruce entre las calles.

—¡Eh, Frank! —dijo el conductor del camión a su compañero, mientras obedecía la rara señal de Lui Ho—. Mira este policía que nos hace señales con una sola mano. Tiene las piernas cruzadas. Apuesto a que tiene incontinencia de vejiga.

Frank se rió.

El conductor del camión dio una rápida vuelta a la manzana y volvió a alcanzar la cola, que le conduciría de nuevo al cruce. Lui Ho estaba aún allí, en la misma postura, con aire de danzarín de *ballet*, petrificado, en mitad de una pirueta sobre dos pies.

El conductor del camión rió entre dientes. Obedeció la señal de Lui Ho, por segunda vez. Al pasar junto a él, hizo sonar los frenos de aire, con un sonido ronco. Su compañero apretó el botón del claxon. El inesperado ruido resonó en la oreja de Lui Ho, cogiéndolo desprevenido.

En el camión, el conductor y su compañero reían.

Lui Ho se quedó inmóvil, con estoicismo oriental, hasta que el camión se perdió de vista. Entonces levantó con tristeza una pierna completamente mojada.

El museo abrió sus puertas. Emily se inclinó y tocó con el codo a Hettie.

—Pssst... Despierta a las demás. Tendremos que empezar a salir ahora. Diles que actúen en silencio. Los pintores han regresado. —Emily salió del saco de dormir, se arrastró por el zócalo, levantó suavemente el bulto donde se encontraba «Tarzán» y lo sacó fuera del armazón del dinosaurio. Miró el interior, con sumo cuidado para no despertar al pájaro, que estaba dormido. Sabía lo que acostumbraba hacer «Tarzán» cada mañana. Saco una tira de goma del bolso—. Lo siento, querido —murmuró y puso suavemente la cinta sobre el pico de «Tarzán» que la miraba, ofendido y con los ojos cruzados—. No será por mucho tiempo —le aseguró. Éste parpadeó, de modo funesto.

—Mirad mi cara —Melissa se estaba observando en un espejito—. Mi maquillaje parece cemento armado.

—Por lo menoz, mizz Hettie deja que lo llevez —dijo Susan.

Emily recorrió todo con la luz de la linterna por última vez. No vio nada que pudiera delatarles. El zócalo, aparte de los pequeños montones de tornillos sacados de los huesos, estaba en el mismo sitio; no le faltaba más que la pieza que se exhibía, claro está.

Oyeron el murmullo de voces de los visitantes. Hettie miro y vio un grupo de escolares que eran conducidos a la entrada del salón. Cuando hubieron pasado, se arrastró por el túnel de la lona y observo a los pintores que daban los últimos toques a la pintura del otro extremo de la sala. Entonces, a rastras, salió al corredor.

Allí, de pie, se quitó los guantes, que habían sido blancos, y los puso en el bolso. Paseó despreocupadamente hasta que las demás se reunieron con ella.

—Separaos ahora —dijo—. Pasad por la puerta principal de una en una. No vayáis de prisa. Como si pasearais. —Hizo una pausa y miró a Susan—. Niña, no te has lavado bien; llevas el cuello sucio. No hay tiempo ahora. Salid. Nos reuniremos en el camión dentro de diez minutos.

Abandonó el museo por la puerta principal, que daba a las escaleras, donde el vigésimo quinto conde había muerto. Durante un momento, se detuvo en lo alto, y las miró tristemente. «¡Pobre señorito Quincey!», pensó.

—¡Eh! —gritó una voz. Hettie miró a la calle. Allí estaba Ulina, agitando la mano. Hettie se apresuró a bajar.

—Mira —dijo Ulina. Su nariz se movía mientras trataba de evitar un estornudo. Señaló un hombre que se paseaba por delante del museo. Llevaba un gran cartel en el que se leía: «Que vuelva la Prohibición».

Creo que le conozco —dijo a Hettie—. Es el guardián. Ya sabes, aquél a quien «Tarzán» asustó. Aunque es posible que me equivoque.

—¡Huuuuy, qué va, chica! —dijo Hettie. Echó otra ojeada. No estaba tan segura de que Ulina se hubiera equivocado. Fue caminando hacia el aparcamiento del Planetario, donde esperaban las demás—. ¡Dios mío! —exclamó al mirar los neumáticos del camión aplastados por el peso—. Sólo faltaría que pincháramos.

Las niñeras subieron al camión y se apiñaron sobre los huesos embalados.

—¡Huurra!, ¡huurra! —dijo Emily, y triunfalmente las condujo hacia la entrada de Central Park.

—¿Y la pelvis? —le preguntó Hettie.

—Tú y yo iremos a buscarla esta tarde —replicó Emily.

—¿Hay sitio allí?

—Entrará justo.

Si tenemos en cuenta que era otoño, o finales de un verano especialmente bueno,

las niñeras británicas que estaban sentadas en Central Park aquella tarde se veían pálidas. Ulina se estiró. No había mucho contraste entre su cara y el blanco de su uniforme.

—Estoy muy trastornada, queridas —bostezó—. Y muy contenta de que todo haya casi terminado.

—El dinosaurio... —comenzó Susan. Hettie la interrumpió poniéndose el dedo sobre los labios—. Ah, zí, ez verdad, lo olvidaba.

—Si tú y Emily queréis ir allá y coger la cosa de, eh, esto, el *Inglés*, nosotras cuidaremos de los niños —dijo Ulina.

—¿Necesitan algo en especial? —preguntó Melissa.

—Dale al mío el tratamiento del *Viejo soldado* si chilla —dijo Hettie—. Canta *El viejo soldado nunca muere*, y golpéale el trasero con el ritmo de la música. No le hace daño. Y no le des nada de comer —miró a Susan—. Sobre todo, nada helado.

—Trata al mío como a otro cualquiera —dijo Emily—. Volveremos en cuanto podamos.

Subieron al camión, en el aparcamiento cerca del apartamento de Emily, y lo llevaron al museo. En el camino, Emily paró y sacó del tablero un sobre de papel marrón.

—Disfraz —sonrió a Hettie—. Guardapolvos. Ponte uno. Y esto.

—¿Para qué necesitamos esa indumentaria? —preguntó Hettie, mirando la peluca negra y los descomunales lentes ahumados.

—Tú entrarás a pedir el bulto, y yo voy a conducir el camión. Si algo va mal, corre y salta al vehículo. Yo tendré el motor en marcha.

—Bien —dijo Hettie, aunque no estaba muy segura.

Fueron hacia el museo. Emily hizo retroceder el «Chevrolet», con sumo cuidado, por la rampa que llevaba al sitio de descarga.

—Buena suerte —le dijo a Hettie.

La robusta niñera escocesa se estiró el guardapolvo de nylon azul, contrajo el estómago y enderezó los hombros. La peluca le molestaba. Se alegraba de poder ocultarse tras las gafas de sol. Apretó los labios y entro, con altivez.

—Buen hombre —dijo al portero—, creo que tenemos un paquete aquí, del Instituto Smithsonian.

—¿Tiene alguna credencial, señora? —preguntó el portero.

—¿Credenciales?, no sea impertinente —gruñó ella, como respuesta—. ¿Tiene o no tiene usted nuestro paquete? —El rudo acento escocés puso nervioso al hombre.

—Yo, éste... —balbuceó.

—Vamos, vamos, no perdamos todo el día.

—Aquí está —se rindió el hombre. Señaló la pelvis metida en el paquete cubierto de sacos, que estaba en la puerta.

—Ayúdenos a ponerlo en el camión —gruñó Hettie—. No esperará que lo llevemos nosotras, ¿verdad?

—Oh, no, señora. —El hombre sacó la cabeza por una puerta interior—. ¡Eh! ¡Chuck!, ¡Wilbur! Echadme una mano, ¿queréis? Tenemos un paquete muy pesado.

Con un último esfuerzo, y unos gruñidos, el trozo de dinosaurio fue cargado entre los sacos que cubrían los huesos, en la parte trasera del camión, y salió de los terrenos del museo.

Arriba, en la sala del primitivo dinosaurio, el jefe de los pintores bajó del andamio y observó el trabajo de sus hombres. Se limpió la nariz con un pañuelo, y se dirigió a la oficina del director del museo.

—Ya puede abrir de nuevo la sala, señor. Hemos terminado. ¿Quiere usted darle un vistazo antes de que nos vayamos?

Regresaron juntos a la sala. El director se detuvo en la puerta y contempló el trabajo.

—Bien —dijo—. De acuerdo. Ya puede quitar las lonas.

El jefe hizo una seña a sus hombres. Agarraron un extremo del toldo, tiraron de él y fueron doblando lo que sobraba, al mismo tiempo que lo atraían hacia ellos por encima de los animales exhibidos.

La cabeza del dinosaurio se hizo visible. El toldo se soltó y comenzó a alzarse sobre la joroba situada en el centro del zócalo. Por fin cayó al suelo, y descubrió el armazón metálico desnudo.

La boca del jefe de equipo se abrió.

—Buen trabajo de pintura, Harry —dijo el director—. Hace que la sala parezca más espaciosa. —Se paseó para tener una visión más amplia del techo.

—Oiga, señor... —comenzó a decir el jefe de equipo, mientras miraba boquiabierto el armazón.

—Elegante —le interrumpió el director del museo—. Bien, hemos limpiado este lugar. —Se volvió y caminó pensativamente hacia su oficina.

Se sentó en su despacho, tamborileó con sus dedos el pulido fósil de amonita que usaba como pisapapeles. Los dedos se fueron moviendo con mayor lentitud hasta que se detuvieron. Los miró. Llamo a su secretaria. Ésta asomó la cabeza por la puerta.

—Llame a paleontología —dijo—. Pregúntele a Bill si ha mandado que restauren el dinosaurio... Vuelvo al salón. Vaya allí a darme la contestación.

Regresó nervioso, a la sala del primitivo dinosaurio. Los pintores sacaban las escaleras. El director permaneció en la puerta y miró el espacio vacío del centro del zócalo.

Su secretaria le dio un golpecito en el hombro.

—Dicen que no han mandado restaurar el dinosaurio, señor —su mirada siguió a la de él—. ¡Oh, caramba! —exclamó la secretaria.

—Exactamente —dijo el director del museo.

Fat Choy resopló con suavidad por su nariz azul, hinchada, e hizo girar la gran rueda del volante.

—Cuando yo era chico —dijo— conducía una carreta de bueyes, que era tan alta como esto. —Soltó una mano del volante y se pasó los dedos por la dolorida cara—. Dígame, camarada jefe, ¿por qué no tenemos coches propios como los otros grupos de espionaje de América?

—Es un astuto plan mío —replicó Lui Ho—. Un vehículo distinto para cada tipo de trabajo. Es mejor para el enmascaramiento.

Sam Ling miró hacia el techo de la cabina del conductor.

—Una idea muy original, camarada jefe. —Por una vez se alegraba de no haber participado en la idea—. Usar un coche de bomberos tan anticuado como éste es engañoso en extremo.

Lui Ho sonrió:

—De este modo, tenemos prioridad en las carreteras. Todos nos ceden el paso. —Suspiró al pensar en su genialidad—. Manténgase cerca de las niñeras Fat Choy —ordenó—. Sin saberlo, nos conducen al lugar secreto donde ocultarán el falso dragón. Será muy sencillo apoderarse de él más tarde.

Fat Choy gruñó. El camión de las niñeras, que iba separado de ellos por varios vehículos, entró en el tráfico, de regreso a la ciudad. Enfiló 59 Street, hacia el puente de Queensboro. Fat Choy pasó un semáforo en rojo, con lo que obligó a dos viejas monjas a refugiarse en la carretera, y esquivó el resto del tráfico para no perder de vista a su presa. Se oyó, detrás de ellos, el sonido de una sirena de policía.

Fat Choy miró nerviosamente por el retrovisor.

—Camarada jefe, no discuto su acierto cuando afirma que tenemos prioridad en la ruta. Pero me apresuro a comunicarle que nos sigue un policía... que nos está alcanzando.

El policía pasó junto a la ventana e hizo señas, frenéticamente. Oyeron su voz a pesar del fuerte ruido del motor.

—Sígueme —chilló—. Aprisa, por aquí. Es urgente.

—Un incendio —gruñó Fat Choy—. Lo que nos faltaba. ¿Qué hago ahora, camarada jefe?

Lui Ho miró de costado a Sam Ling. La cara de su subordinado estaba blanca.

—Arranque, cerebro de sanguijuela. —Lui Ho suspiró—. Arranque y sígale. —Se estiró hacia el asiento posterior y cogió un casco de jefe de bomberos.

—Aquí abajo, creo —dijo Emily y señaló por encima del muro del puente—. En Welfare Island, cerca del hospital, hay muchos edificios abandonados. Nadie pensará en buscar por allí. Y no nos mirarán dos veces si vamos con nuestro uniforme.

—Muy bien pensado —dijo Hettie—. Eh, mira.

Emily apartó el camión y un coche de bomberos, precedido por un motorista que hacía sonar la sirena, les pasó.

—Bajemos por aquí —dijo cuando llegaron al gran ascensor que hace descender el tráfico al nivel de la isla. Separó al vehículo de la transitada carretera y lo colocó en la plataforma. El ascensor se puso en marcha haciendo mucho ruido, y fue bajando lentamente por el cerco de vigas. Se detuvo a nivel de la isla. La carretera se dividía en dos, la mejor pista iba hacia los modernos bloques del hospital, mientras la agrietada desaparecía en dirección a los viejos edificios deshabitados. Emily siguió la carretera vieja.

Había un espacio para aparcar, cerca de los edificios ocultos por los árboles. Paró el coche en las sombras, y las niñas descendieron.

Exploraron las edificaciones. Las más cercanas al puente mostraban señales de haber sido ocupadas. Era también evidente que algún vagabundo había dormido allí. Los corredores estaban desiertos y había exceso de polvo por todas partes. El cemento se resquebrajaba en las paredes y la pintura caía de las maderas.

Hettie encontró un edificio que tenía aún la puerta principal cerrada. La empujó. Cedió un poco. La golpeó para abrirla. El interior olía a madera podrida, a humedad y a agua de río.

—Aquí —gritó—. Es el sitio ideal.

El policía frenó la moto delante de un *stop*, frente al edificio de las Naciones Unidas. Una muchedumbre ocupaba Roosevelt Drive, observando la gran cantidad de humo asfixiante que salía de una oficina del segundo piso.

El policía aparcó la moto y corrió hacia el coche de bomberos que frenaba, con un chirrido, detrás de él.

—Está bien, jefe. Es todo suyo —dijo.

—Quédate sentado —musitó Lui Ho a su compañero—. Con un poco de discreta lentitud todo el corrupto edificio quedará destruido.

—¡Eh, vamos ya! —dijo el policía—. ¿Por qué se entretienen?

—No podemos ir allá, no somos bomberos —replicó Fat Choy, mirando el humeante edificio.

Sam Ling le dio un codazo en las costillas.

—Este tipo de afirmaciones puede hacer que nos detengan —gruñó. Se volvió hacia Lui Ho—. Camarada jefe, deseo como usted la destrucción del cuartel general de las Naciones Unidas, pero no es el momento ni la forma. —Miró hacia la muchedumbre—. Y esa gente parece esperar que hagamos algo, y de prisa. Supongo que no le dieron ningún libro de instrucciones cuando alquiló este apagafuegos, ¿verdad?

Lui Ho miró a los espectadores. Sam Ling tenía razón. Empezaban a perder la

paciencia. Movi6 la cabeza.

—Nada de instrucciones. ¿Ha visto alguien actuar a los bomberos de Nueva York?

Pi Wun-tun se asom6 desde el asiento posterior.

—Vi una vez actuar un barco de bomberos, en el puerto de Nueva York. No hacfa m6s que arrojar chorros de agua a su alrededor y todo el mundo aplaudfa.

—¡Ésta es la respuesta! —exclam6 Fat Choy—. Quiz6 deberfamos entretener a los espectadores echando agua desde el coche como si fuera una fuente ornamental.

Sam Ling rezong6:

—Mejor ser6 que salgamos. Sugiero que comencemos por desenrollar las mangueras. Nicky Po, salga a ver si encuentra agua, por si nuestro tanque est6 vacfo.

Salieron. Nicky Po se coloc6 el casco y corri6 hacia la puerta abierta del vehfculo. Cay6 sentado, aturdido. Sam Ling lo levant6 y le quit6 el casco. Los ojos cruzados de Nicky Po parpadearon. Sam Ling le puso al rev6s el casco, de forma que el borde largo cubriera el cuello de Nicky Po y despu6s le dio un golpe en la espalda.

—Renacuajo —grit6—. Corra y encuentre agua.

Nicky Po sali6 tambale6ndose.

—Hagan ver que hacen algo —orden6 Sam Ling a los otros espfas.

Pi Wun-tun sali6 corriendo y regreso con una m6scara de oxfgeno. Se la puso y musit6 algo.

—¿Qu6 pasa? —pregunt6 Sam Ling.

—No puedo respirar con esto —balbuce6 Pi Wun-tun. Sam Ling se levant6 dentro del coche de bomberos y cogi6 una estrecha boquilla unida a un cilindro.

—Ac6plele esto —dijo, esperanzadoramente. Pi Wun-tun coloc6 el extremo del tubo en la bolsa de la m6scara de respiraci6n, y asinti6. Sam Ling abri6 la llave del cilindro. Se oy6 un gorgoteo tras 6l. Se volvi6 hacia Pi Wun-tun. La m6scara se iba llenando de espuma para la extinci6n de incendios... blancas burbujas salfan de las v6lvulas de ambos lados. Pi Wun-tun luch6 por arrancarse la m6scara. Vomitaba y farfullaba como un Pap6 Noel oriental asm6tico.

Fat Choy olvid6 el apuro de su amigo y cogi6 una manguera de metal de cinco centfmetros de di6metro, enrollada en la parte trasera del coche.

Corri6 unos sesenta metros, con la manguera tras 6l.

—Bien —grit6 Sam Ling—. Esto bastar6. Tr6ela otra vez para ac6.

Fat Choy volvi6, rezongando, mientras la manguera le segufa como una serpiente cansada. Se detuvo a diez metros del coche.

—No se detenga —grit6 Sam Ling—. Dije que la trajera aquf.

—No puedo —protest6 Fat Choy—. No llega.

—Claro que llega; empezaba aquf. —Fat Choy tir6 otra vez de la manguera. Sam Ling se golpe6 la frente con la palma de la mano—. Gusano de harina —gru66 Sam Ling—. Desenr6squela del farol y tr6igala.

Fat Choy ech6 a correr otra vez, siguiendo la ruta de la manguera.

Una recia figura, con botas de bombero, apareció delante de Sam Ling y saludó. Su casco, que le iba grande, oscilaba de un lado a otro.

—¿Ve este toldo redondo enrollado en la parte trasera del coche? Allí dice que es una lona para saltos —dijo Chou Tan, mientras el casco le bailaba en la cabeza—. La he desenrollado y la he puesto bajo la ventana de la que sale humo.

—Espléndida originalidad de ideas —replicó Sam Ling, cuyo mostacho parecía reír.

—¿Les digo a los ocupantes del edificio que salten?

—Sí, por lo que más quiera —dijo Sam Ling, mirando la lona puesta sobre el asfalto—. Pero me temo que no podrá persuadir a nadie de que lo haga.

Chou Tan salió corriendo.

—He conseguido uno —dijo una voz conocida. Sam Ling reconoció las piernas de Nicky Po, hundidas bajo el peso de un depósito de agua potable, con vasos de plástico—. Hay mucha. Bastante para que todos se llenen la vejiga.

—Deje esto, loco —chilló Sam Ling—. Vaya a ayudar a Fat Choy y su manguera. —Se volvió hacia Lui Ho—. Quizá, camarada jefe, cuando nuestros colegas delincuentes estén preparados, tenga usted la bondad de darle al conmutador que lleva la señal «bomba» que veo en el tablero.

Lui Ho asintió.

Un zumbido grave y un chillido de la multitud, atrajeron la atención de Sam Ling. Miró hacia el edificio. Choy Tan estaba tendido boca abajo sobre la lona de saltos, entre una nube de polvo. Sam Ling se acercó corriendo y golpeó la inmóvil figura que estiró el cuello y sacudió vagamente la cabeza.

—¿Saltó usted? —preguntó Sam Ling.

—No, pegué un brinco —replicó Chou Tan, con una leve sonrisa—. No había nadie en el segundo piso y pensé que era el camino más rápido. Éste no me parece un gran invento para salvar vidas; el colchón no es lo suficientemente grueso.

—El presidente Mao me proteja —dijo Sam Ling.

—Estamos preparados —dijo Fat Choy. Él y Nicky Po aguantaban la manguera y la apuntaban hacia la ventana humeante. La multitud que les contemplaba guardó silencio en actitud expectante.

—Conéctela —dijo Sam Ling. Fat Choy y Nicky Po se pusieron en tensión ante el esperado chorro de agua. La bomba hizo un ruido metálico. La manguera, en el sitio por donde se conectaba a la bomba, comenzó a ensancharse. Sam Ling observó como la hinchazón recorría la manguera.

—Aguantad —gritó. El bulto se aproximó a la boca de la manguera, y después vaciló. La muchedumbre murmuraba.

Una rata sacó la cabeza por el extremo de la manguera, con los bigotes temblando. Miró a derecha e izquierda, saltó y corrió hacia el edificio. La siguió una segunda rata, después una tercera, una cuarta y una quinta.

La muchedumbre rugió.

—¿Tienen problemas, muchachos? —preguntó una voz.

Sam Ling se volvió. Era el policía. Sam Ling decidió tomar la iniciativa. Se desabrochó la funda que guardaba el hacha y dio la herramienta al policía.

—Vaya usted —dijo autoritariamente— y rompa la ventana.

—¿Quién, yo? —protestó el policía.

—Si —dijo Sam Ling. Señaló con el dedo—. Aquella ventana.

El policía le miró extrañado se encogió de hombros y caminó con decisión hacia el edificio.

—Y cuando haya terminado —dijo Sam Ling— rompa todas las que pueda. —Se volvió hacia Lui Ho—. Esto lo tendrá ocupado durante un rato.

Lui Ho asomó un poco más la cabeza por la ventana de la cabina del conductor.

—He encontrado dos nuevas palancas —dijo—. Una dice, en inglés, «escalera arriba». La otra, «escalera abajo».

—Excelente, camarada jefe. Quizá debiera usted hacer girar el coche, ponerlo de cara al edificio y accionar entonces la palanca donde dice «arriba» —sugirió Sam Ling, con discreción.

Lui Ho maniobró el vehículo hasta que la cabina apuntó hacia el rascacielos de las Naciones Unidas. Sam Ling le hizo la seña, levantando los dedos.

Se oyó un chirrido. La escalera de la parte superior del coche se desplegó, para formar un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Maravilloso, camarada jefe —dijo Sam Ling—. Unos centímetros más y llegará a la ventana. Apriete otra vez el botón.

La maquinaria crujió otra vez. La escalera se colocó debajo de la cornisa de la ventana. La sonrisa desapareció de la cara de Sam Ling, mientras la escalera continuaba alargándose, empujando hacia atrás el coche de bomberos.

—Camarada jefe... —comenzó.

El vehículo avanzaba rápidamente y a la vez ganaba impulso.

—¡Los frenos! —gritó Sam Ling, desesperadamente, mientras el coche de bomberos aumentaba la velocidad, dirigiéndose hacia el parapeto situado al otro lado de la calle—. ¡Camarada jefe! —exclamó Sam Ling. Se oyó una pequeña explosión cuando el coche de bomberos de siete toneladas chocó contra la valla. Con la cara pálida, Sam Ling lo vio vacilar un momento... y desaparecer por encima de la valla. Se oyó un fuerte ruido y un chorro de agua se elevó, al tiempo que el vehículo caía en el East River.

Los espías, con la muchedumbre pisándoles los talones, corrieron por la calzada y se detuvieron, asustados, ante la brecha abierta por el coche. A sus pies, sólo se veía la escalera que sobresalía de las fangosas aguas. Observaron como Lui Ho, medio ahogado, subía trabajosamente por los peldaños de la escalera, hasta la cumbre, donde, tembloroso, se quedó colgado. Los cinco miembros de la rama de Nueva York del Tse Eih Aei, se pusieron firmes y saludaron.

La jefatura de policía del distrito 20, en la calle 68 Oeste, es una de las más antiguas de la ciudad. Con más de cuatro pisos de alto, es un edificio de piedra, sucio, que llama poco la atención.

Por dentro, no es mucho mejor. No fue diseñado para lo que es hoy. Se ha convertido en cuartel de policía, donde se trabaja muy duro.

No tiene celdas, pero, en cambio, hay una máquina automática que vende cigarrillos, Coca-Cola helada y barras de caramelo. Cerca de esta máquina automática está la máquina limpiabotas, también automática, que compraron los policías por suscripción. Y al lado, la máquina automática para pañuelos de papel. Son los policías más tranquilos, más frescos, mejor alimentados y con las botas más lustrosas de toda la ciudad de Nueva York... y además, también tienen la nariz limpia.

La mesa del sargento está a la derecha, separada de la entrada por una madera. Está muy atareado respondiendo a las llamadas de los automovilistas que informan del robo de sus vehículos aparcados. Ocurren muy pocos crímenes importantes en el distrito 20.

El sargento contesta al teléfono.

—Aquí distrito 20... ¿cómo? ¿Que han perdido ustedes un dinosaurio? ¿Qué es esto? ¿Una especie de animal? Esto nos va a servir de mucho. ¿Lleva el nombre en el collar? Bueno, no lo hemos visto por aquí. Busque en la sección de perros... ¿Es un reptil? Mire, tenemos demasiado trabajo para ocuparnos de una lagartija. ¿No es...? Pero, por favor, decídase de una vez. ¿Es peligroso? ¿Que está muerto? Entonces, ¿para qué demonios lo quiere? ¡Ah!, hablan desde un museo. Bien, bien, han perdido un reptil. ¿Disecado? No, disecado no. Sólo los huesos. ¿Cuántas? —Dejó caer el auricular que se precipitó sobre la mesa. Lo volvió a coger y lo sostuvo entre la oreja y un rollo de grasa que se le formaba alrededor del cuello—. ¿Cuántas toneladas? ¿Bromea usted...? ¿De veintidós metros de largo? Bien, le envío un coche ahora mismo... Está bien, dos coches.

Colgó el auricular, garabateó algo en una hoja y se volvió hacia el policía que estaba sentado a su lado.

—Aún me quedan unos días de vacaciones, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. ¿Piensas ir a cazar otra vez?

—Pienso ir a cualquier parte; a cazar, o quizá a pescar. De repente me han entrado ganas de ir de vacaciones. Creo que voy a hablar con el jefe. —Se puso en pie y pasó por delante de la oficina. Llamó, esperó a oír la voz del inspector y entró. Unos cinco minutos después regresaba—. El jefe dice que puedo empezar mañana las vacaciones. Le dije que necesito un descanso. Hace un año que no me lo tomo.

—¿Y cómo es que lo necesitas tan de repente?

—Tengo la impresión de que en los próximos dos meses, cualquier otro lugar del mundo será mejor que esta comisaría.

Se paseó por el despacho.

—Mike, envía dos coches al Museo Americano de Historia Natural. Dicen que les

han robado.

Los dos coches patrulla se abrieron paso con su sirena por la Calle 68 y frenaron ante la oficina del distrito. Las puertas se abrieron y cuatro policías corrieron hacia las escaleras y la estrecha puerta. Chocaron entre ellos fuera de la oficina del jefe.

—Tranquilos, muchachos —dijo el sargento que estaba detrás de la mesa—. ¿Por qué tanta prisa?

—Se lo diré más tarde, sargento. Tengo que ver al jefe —respondió uno de ellos que entró sin llamar en el despacho del superior—. Jefe, en el museo... se han vuelto locos. Dicen que una banda les ha robado su dinosaurio... —El hombre se detuvo para respirar—. Dicen que vale un millón de dólares...

El jefe del distrito, un recio inspector, poseía sentido del humor. Debía tenerlo, de lo contrario era imposible ser un policía con éxito en Nueva York.

—Despacio, despacio. Explícame todo desde el principio. —Escuchó con atención, mientras el hombre contaba los detalles—. ¿A qué hora recibiste la orden de ir para allá? —Miró el reloj e hizo una mueca. Astuto hijo de perra..., debía saber que algo se estaba cocinando cuando me pidió las vacaciones.

—¿Cuando alguien pidió qué?

—Nada —dijo el jefe—. OK, lo pasaré a los detectives del piso de arriba. Yo mismo se lo diré al viejo Dick Tracy; me gustará ver su cara cuando oiga esto. —Miró el calendario de la pared—. Parece que hayan pasado mi propia hoja —dijo.

Atravesó el salón de reuniones y miró el tablón de anuncios. Miró furtivamente en derredor. Con la pluma pintó unos mostachos y unas gafas sobre la foto de un reclamado por la justicia. Después subió las escaleras hacia la división de detectives.

El caso del robo del museo pasó rápidamente al jefe de detectives... que se hizo cargo, también, de la ira de los padres de la ciudad.

—Usted tiene un puesto muy cómodo —le habían gritado—. Robos de coches, casas de juego, cosas de rutina. No hay problema... Y ¿qué es lo que pasa? De pronto todos se van a dormir y al despertar nos hallamos con la noticia del robo más loco del siglo. El alcalde está que echa humo. Quiere acción *ahora mismo*.

El mal humor del alcalde era contagioso. El distrito 20, como había previsto el sargento, se convirtió en un infierno. Los detectives corrían por todas partes. La mayoría no necesitaba correr, pero sabían a qué se exponían si se quedaban parados ante aquella especie de pánico.

Las cosas empeoraron más con la segunda llamada telefónica de la tarde desde City Hall.

—Muy bien —rugió el oficial—, cálmese usted. Lo vamos a pasar todo al grupo de Hooligan.

Cuando estas noticias se difundieron por la oficina del distrito, los detectives se movieron aún más de prisa. La sola mención del nombre de Hooligan volvía paranoico al jefe. El viejo sargento se preguntó de pronto si tendría dinero suficiente para una caza fotográfica del oso en Alaska.

Las emisoras locales de radio adelantaron la noticia —transmitida por el vendedor de galletas de fuera del museo—. Pero el robo ocupó los titulares en los periódicos de la tarde. El museo ofrecía una recompensa de diez mil dólares.

El robo absorbió por completo la atención del público americano.

Por la tarde, el Museo Americano de Historia Natural alcanzaba cifras récord de visitantes. Los neoyorquinos, que nunca habían estado en el museo para ver el dinosaurio, hacían cola para llegar al lugar donde *había* estado. Por la noche, la paleontología se había convertido en lo más «in».

La oficina, en Nueva York, del Federal Assignments Research Team está situada en un rascacielos en el East Side. El edificio no lleva título alguno y se distingue muy poco de los demás, excepto que los gruesos cristales de sus puertas son de color verde, como las botellas. Detrás de estos cristales, protegidos de las miradas del exterior, se encuentran unos guardias armados.

Escaleras arriba, el Federal Assignments Research Team lleva a cabo su trabajo. Sus deberes van desde la seguridad interna al contraespionaje. En ocasiones se encarga de la protección de los jefes de estado extranjeros más propensos a sufrir un atentado. Y a veces se le requiere para resolver casos que hayan desconcertado a la policía. El jefe del departamento de Nueva York es Jumbo Hooligan.

Fuera del edificio de las oficinas, se reúne cada mañana una multitud de vendedores de periódicos, vendedores de helados, limpiabotas, vagabundos y chinos de las lavanderías que, de vez en cuando, se unen a la cola de personas, formada ante la cabina telefónica, para dar sus informes. Todos estos hombres son espías. Espías chinos y americanos que controlan a otros espías.

La oficina de Jumbo Hooligan no es más importante que cualquiera de las otras cuatro oficinas idénticas entre sí, situadas en ciudades distintas. Los espías extranjeros tienen escuchas en todas ellas. Y para Hooligan es una cuestión de honor el conocer personalmente a los espías extranjeros que le vigilan. Mientras se limiten a seguirle a él y a sus hombres, recogiendo información falsa —lo suficiente para que sus jefes estén contentos—, Hooligan se da por satisfecho. Esto hace que los espías se mantengan alejados del mal. Y también significa que sabe siempre dónde encontrarles. Le preocuparía mucho que no estuvieran a su alrededor.

Hooligan colgó el auricular. Levantó la papelera de su sitio junto a la mesa y la puso sobre la alfombra, a su lado. Retrocedió, cogió carrerilla y dio un puntapié a la papelera, que se estrelló contra la pared. Hizo un ruido sordo y rebotó. Seguidamente saltó sobre ella y la aplastó.

En la oficina del exterior, su secretaria escribía a máquina, imperturbable. Abajo, en la calle, los espías miraban hacia arriba, murmuraban y se preparaban para el inevitable paso siguiente: la inquietante aparición de Jumbo Hooligan.

Miraron los relojes. Normalmente pasaban cuarenta y cinco segundos desde que se escuchaba el sonido de la destrucción de la papelera hasta que Hooligan aparecía en la puerta. Una vez más, los espías constataron que era puntual. Su macizo cuerpo, de más de dos metros de altura, apareció en la puerta de paneles de cristal. Su pelo gris, muy corto, se erizaba en dos partes iguales: la de la izquierda era la parte normal. Estaba orgulloso de la de la derecha, porque en ella tenía una marca que parecía un surco de bala. En realidad era una lesión de espectador, provocada por la hélice del avión de juguete de su hijo, que le daba el aspecto de un indio mohawk.

Los espías se dieron cuenta de que el problema del día era grave, porque Hooligan se olvidó de las encuestas y chistes normales. Pasó entre ellos con una breve serie de movimientos de cabeza y un seco: «Hola Jay, Fidel, Petrov, Carl, Pier, Isaac, Ahmed». No mencionó a Pi Wun-tun.

Un coche de la policía, que esperaba al borde de la acera, le llevó hacia Yorkville. Los espías le siguieron a distancia prudencial. Hooligan subió de tres en tres las gradas de acceso a la residencia del alcalde, pasó rápidamente entre los guardias y desapareció en el interior. Los vendedores de periódicos, los de helados, los limpiabotas, los vagabundos y los de las lavanderías se aposentaron cerca de la avenida Franklin D. Roosevelt, y se prepararon para una larga espera.

Naturalmente esperaron largo rato.

Hooligan se detuvo en el vestíbulo y volvió a mostrar su tarjeta de identidad. La chica sonrió y pulsó el botón del intercomunicador.

—Aquí esta míster Hooligan, F. A. R. T.

Le sonrió otra vez, inocentemente. Él odiaba la abreviatura del título de su departamento.

—Hágale pasar —dijo una voz al otro lado del intercomunicador.

Dentro de la *suite*, mirando los árboles y el East River, se encontraban dos hombres. El jefe de Hooligan estaba sentado al extremo de una mesa cubierta de cuero, golpeándose los dientes con un lápiz. El afinado oído de Hooligan reconoció los acordes dentales de Dixie. El segundo hombre miraba por la ventana, de espaldas a Hooligan. Se volvió enérgicamente. Era el alcalde.

—Hola, Evelyn —dijo.

Evelyn Jumbo Hooligan se ruborizó.

La cicatriz de la mejilla de Hooligan palpitaba. Su pie derecho descansaba sobre la nueva papelera de su oficina. Frunció las cejas ante las asustadas caras de los hombres de su equipo.

—Es el alcalde —tronó—. Quiere que *nosotros* encontremos el dinosaurio. Y

aprisa..., sumamente aprisa. Dice que el mundo entero se ríe de América. Nos meten un puyazo en cada boletín de noticias. El presidente le ha llamado. Chicos, estamos en medio del tornado. Esto no ha sido una ratería. Esto es algo que tenemos que resolver. Y como dice el alcalde, aprisa.

Jumbo Hooligan caminó hacia la puerta de caoba pulida, la cerró y guardó la llave en el bolsillo.

—Así que ninguno de nosotros va a salir de aquí hasta que hayamos exprimido el cerebro y descubramos por qué alguien ha querido hacer algo tan fantástico como esto. Después nos iremos al museo.

Se quitó la chaqueta de los hombros y la colgó descuidadamente en el pico de un pez espada disecado que estaba en la pared. Parecía saber que sólo pesaba dos libras menos que el récord americano.

Jumbo echó mano a la sobaquera. Hubo una reacción nerviosa, automática, en los reflejos de sus hombres. Se tranquilizaron cuando le vieron extraer un siniestro tubo de aluminio de quince centímetros. Desenroscó la tapa y sacó la mitad de un cigarro. Los hombres sabían que no debía ser interrumpido durante este rito. Era el momento en que Jumbo Hooligan pensaba. Buscó en el bolsillo de la cintura y sacó una pipa. Desmenuzó con una mano el cigarro introduciéndolo en la cazoleta, y lo niveló con el borde de la pipa. El resto lo volvió a poner en el tubo y éste otra vez en la sobaquera.

Aprisionó la pipa entre los dientes. No la encendió. Hooligan no fumaba.

—Así pues..., el presidente, el alcalde y yo, queremos el dinosaurio.

—Seguro, jefe, al momento —dijo Willie Halfinch.

Jumbo le dirigió una mirada inexpresiva que reservaba para las tonterías. El cuerpo de más de dos metros del novato se encogió. Willie sentía que su cuerpo, que le habría convertido en estrella del baloncesto americano, le molestaba.

Jumbo Hooligan accionó la palanca del intercomunicador.

—Estamos en conferencia —dijo—. Nada de llamadas telefónicas, nada de mensajes. Venga con un termo de café recién hecho cada hora y bocadillos. Y, Sheila, que el mío sea *pastrami* caliente y pepinillos con pan de centeno.

—Tengo una idea, jefe.

—¿Cuál es, Halfinch?

—¿No deberíamos pedir también perros calientes?

El robo fue todo un problema.

—Tienen que haber sido los cubanos —dijo Boots McGraw.

—Pero los dinosaurios no vuelan —repuso Willie Halfinch—. Si fuera un pterodáctilo casi seguro que estaría en Cuba. Han robado casi todo lo demás...

—Bueno, ya está bien, dejaos de chistes —dijo Jumbo Hooligan.

—Oiga, jefe —dijo Huw Schwartz—. Quizá lo haya robado una de esas pequeñas bandas locales.

—No creo. Hubieran podido asaltar un Banco con las dificultades y el tiempo que les ha significado el hacer desaparecer el dinosaurio. Y ¿para qué? ¿Dónde se guarda el fósil? ¿Qué se hace con él? ¿Cortarlo a trocitos y venderlo a los turistas? No... — Jumbo se rascó la oreja con el tubo de la pipa.

—He oído hablar de coleccionistas de arte que compran pinturas robadas sólo para admirarlas. Las guardan en una caja fuerte durante años y sólo las sacan para mirarlas cuando están solos. Quizá el dinosaurio... —dijo Ivor Schwartz, esperanzado.

—¿Y en que caja fuerte se guardan varias toneladas de huesos? ¿Las sacarían cada noche sólo para echarles un vistazo? No, el que lo ha robado tenía otras razones. No pueden venderlo. Y no sirve para nada si no está montado. Es posible que pidan un rescate. —Jumbo apoyó la espalda en la mesa y miró al techo—. ¿Alguna otra idea?

La tercera cafetera estaba ya vacía. Ulysses Pilgrim la cogió y fue hacia la puerta, la abrió, salió, y regresó un momento después con el *New York Daily News*. Cerró la puerta y regresó a su asiento.

Willie Halfinch se levantó e intentó abrir la puerta. Había visto como Jumbo la cerraba cada vez que les traían caté. Estaba cerrada.

—Eh, ¿cómo lo has hecho? —preguntó a Pilgrim.

Ulysses, un *hippy* de cabellos largos, le miró.

—¿Hecho qué?

—La puerta está cerrada —dijo Willie.

—¡Ah!..., ¿sí?

—No te enfades con Houdini, Willie —dijo Adam Gallows, el lugarteniente negro de Jumbo Hooligan—. Hemos tardado ocho años en enseñarle. Ha olvidado que existen las llaves. No hay puerta en el mundo que se le resista.

Pasaron diez minutos sin que nadie volviera a hablar. Fue Willie Halfinch quien lo hizo de nuevo:

—¿Y una fábrica de cola?

—Willie. —Dijo Jumbo, pacientemente—. Son fósiles, no huesos. Voy a decirte algo. —El tono de voz de Jumbo se hizo tranquilo y amenazador—. Si vuelves a abrir la boca para hacer alguna sugerencia estúpida, te voy a disecar y te pondré a la puerta de la entrada con una caja de cigarrillos para los visitantes.

—Apostaría que han sido los estudiantes. Siempre están con protestas y cosas parecidas —dijo Huw Schwartz, y a continuación hipó y eructó ruidosamente—. Me gustaría que dejaras de comer pimientos —le dijo a su hermano gemelo, Ivor.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Ivor—. Lo olvidé.

—Siempre con tus malditas indigestiones. Tendrías que tener más consideración. Ivor se ruborizó.

El ser gemelos proporcionaba ventajas en el trabajo, pero también tenía sus inconvenientes. Las emociones se transmitían entre los gemelos Schwartz como las

ondas de radio. Experimentaban idénticas sensaciones, aunque estuvieran separados por grandes distancias.

—Estoy esperando —dijo Jumbo.

—¿Qué cosa, jefe? —preguntó Huw.

—Ya lo has hecho todo. Estoy esperando que te echés un viento.

—Lo siento, jefe..., es el adobo del pimiento.

—Investigaré a los estudiantes —dijo Ulysses—. Pero no hay que esperar gran cosa de ellos. Conozco el paño, y no he oído un solo rumor.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo —dijo Jumbo Hooligan—. Estamos olvidando lo elemental. Buscamos un motivo. Creo que tendremos que enfrentarnos con un loco, un par de locos o quizá media docena de locos. No nos apresuremos a sacar conclusiones, si queremos que éstas sean lógicas y razonables. El único medio de obtener la respuesta es ir a inspeccionar nosotros mismos. Coged los sombreros, muchachos. Nos vamos al museo.

A Jumbo Hooligan le gustaba sentirse el guardián de la jauría, cuando trabajaba con sus hombres. Estaba de pie en la sala del primitivo dinosaurio, con las piernas separadas, mirando la luz del crepúsculo, con el grupo de hombres a sus espaldas.

Un empleado del museo miraba nerviosamente a Hooligan. Intentaba rehuir una visión imaginaria de un Hooligan disecado, sobre un zócalo de madera, en la sala de mamíferos disecados, junto al gorila. Los hombres que iban con Hooligan tenían aspecto desagradable, como malhechores o *hippies* y parecían capaces de grabar sus iniciales en todo lo que se exhibía en el museo. Decidió poner otro guardián en la sala del elefante.

Sentía un odio especial por Willie Halfinch, debido a su gran estatura. Los hombres altos son, invariablemente, adictos a escribir en las paredes, y sus obscenas poesías quedaban tan altas que se le hacía difícil leerlas. Quizá aquel girasol humano era el culpable de aquellas frases con las que había comenzado todo el problema.

Miró a los dos hombres que debían ser forzosamente gemelos. Bajitos, de ojos negros, dejaban ver cierta ascendencia mediterránea; y él, que era rubio, de tipo nórdico, odiaba a los mediterráneos, morenos y bajitos.

Tampoco se fiaba de los otros hombres del grupo. El negro Adam era demasiado tranquilo, y no había dicho una sola palabra desde que les habían presentado.

Tampoco le gustaba el *hippy* del mono de trabajo. Y el otro hombre, Boots McGraw, era irlandés. No podía soportar a los irlandeses.

—Por favor, cuidado con los objetos expuestos —dijo, nerviosamente.

—Lo tendremos, aunque ustedes, por lo visto, no tienen mucho. —Jumbo Hooligan dijo la siguiente frase por encima del hombro—: Bien. Que nadie entre hasta que Pilgrim haya olfateado esto. —Se volvió al empleado del museo—. No dejan entrar a la gente, ¿verdad?

—No dejamos que entren en la sala. Se quedan detrás de la puerta.

Jumbo Hooligan se animó.

—Supongo que todo el personal ha estado alerta.

El hombre quería colaborar.

—Claro. Lo miramos todo muy detenidamente.

—¡Vaya! —explotó Jumbo—. ¿Por qué se cree todo el mundo que es policía? Muy bien, así nos han complicado la vida a nosotros. —Miró hacia la puerta—. ¿Tienen un guardia de metro setenta, de pelo largo y alisado con fijador?

—Sí, ¿le conoce usted?

—No —gritó Jumbo—. Despídale. Es perezoso. Se pasea demasiado y no hace nada.

—¡Oh!... bien, sí... quizá —tartajeó el empleado.

—No queremos que nos molesten —dijo Jumbo—. No deje que nadie se acerque, ¿de acuerdo?

El empleado decidió largarse.

—¡Eh! —Jumbo le llamó por el corredor—. El restaurante.

—¿Qué le pasa al restaurante?

—Dígale que nos envíen una docena de bocadillos de carne con ensalada. ¿Entendido?

—Está cerrado —replicó el empleado. Por una vez se complació en mentir.

—No cierra hasta las cuatro y media —dijo Jumbo tranquilo—. Dígalos que sean de centeno, con pepino en adobo. —Se volvió hacia sus hombres—. Vamos, chicos, poned la rejilla.

Estuvieron diez minutos poniendo una rejilla de cordones blancos por toda la sala. Pegaron las cintas con agujas en el suelo, en los extremos de la habitación.

Después contaron los cuadros y los numeraron, en un papel cuadriculado que llevaba Adam Gallows.

Jumbo Hooligan miró a Ulysses Pilgrim y le hizo una seña con la cabeza.

—Vamos, muchacho, olfatéalo ahora —dijo.

Ulysses estuvo recostado en la pared del corredor mientras los demás trabajaban. Su largo pelo de *hippy* no estaba en consonancia con su mono de trabajo, que tenía las rodilleras acolchadas. Los puños, las caderas y el cuello se ajustaban perfectamente y eran elásticos, como los de un traje de motorista, a prueba de fuego. Una pequeña bolsa de cuero, que contenía sus herramientas de cerrajero, colgaba de su cintura. Metió la mano en el bolsillo de la cadera y sacó un par de gruesos guantes negros. Se los puso cuidadosamente en las manos, ajustando el grueso cuero a los dedos.

Se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas, miró la gran sala y se puso un momento en cuclillas. Después bajó las manos y las rodillas y sin ningún embarazo comenzó un minucioso examen del suelo... con la nariz. Olfateaba a lo largo y a lo ancho de la sala, hacía una pausa, tomaba unas notas y volvía a olfatear. Este complicado sistema de investigación le llevó casi una hora. Finalmente se puso en pie, con la cara llena de polvo y con la punta de la nariz negra, porque había rozado varias veces el suelo con ella.

—Bien, Jumbo —dijo—. Ya lo tengo todo.

—Perfecto, Ulysses —Willie Halfinch le miraba curiosamente—. ¿Qué has olfateado?

—Un dinosaurio muerto.

—¡Vaya!

La voluminosa figura de Jumbo Hooligan entró en la sala.

—Llena el informe. Ivor, comprueba el armazón de hierro.

Se volvió a mirar al resto de su equipo.

—Bien, ahora de prisa. Quiero terminar en seguida este trabajo.

No había ningún equipo de investigación en Nueva York que pudiera compararse al de Jumbo Hooligan. Lo que les convertía en únicos era la forma en que trabajaban.

En la primera fase, lo hacían con una rutina ordenada. Inmediatamente después que Ulysses terminó, Boots McGraw pasó por la misma zona un aspirador de polvo accionado por pilas.

Después de pasarlo por todos los cuadros de la rejilla, sacó una bolsa de plástico del aspirador, la puso en un sobre y lo marcó con un número. Al terminar, metió el sobre en su cartera y salió.

Detrás de él actuó Huw Schwartz, el especialista del equipo en máquinas fotográficas. Fotografió, con detalle, todos los ángulos de la sala, del zócalo, de los otros dinosaurios; y, como era un entusiasta de las fotos, hizo otro tanto con Jumbo Hooligan y sus compañeros de equipo.

Ivor, su hermano, era el que se ocupaba de las huellas digitales. Marchaba al lado de Huw. Levantaba el polvo, examinaba y pedía fotos desde más cerca.

Adam Gallows, el segundo de Hooligan, ayudaba en lo que fuera necesario. En esta fase tenía poco que hacer; su trabajo comenzaría después.

Willie Halfinch era el experto en pesos y medidas, una especie de calculadora matemática portátil. Willie se paseaba por la sala mientras medía, comprobaba y volvía a medirlo todo para asegurarse. Le encantaba hacerlo. Tomaba las distancias y las alturas. Cada vez le costaba más resistirse a la tentación de medir los enormes pies de Hooligan. Debía usar un cuarenta y seis. Al cabo de una hora, tenía una lista de medidas de todo lo que había en el cuarto piso: paredes, techo, corredores, puertas, baldosas del suelo, entradas de ascensor, vitrinas, esqueletos reconstruidos y, por razones puramente personales, las de una preciosa maestra rubia que guiaba un grupo de alumnos.

Cuando terminó de medir, comenzó a pesar.

Bajó en ascensor al sótano, donde uno de los empleados le dio una fotografía del monstruo extraviado y le enseñó el departamento de recambio de dinosaurio. Allí, largas hileras de estanterías contenían toneladas de trozos de dinosaurio fosilizado.

Willie se quitó el reloj de pulsera; éste le alteraba su delicado equilibrio. Cogió varios huesos y los pesó con las manos. Se vanagloriaba de no equivocarse nunca en más de cien gramos, al pesar algo. Después de comprobar el peso de los huesos fosilizados más pequeños, estaba en condiciones de calcular el de los mayores, sin necesidad de cogerlos siquiera. Estudió una enorme pelvis que estaba en el suelo y apuntó su peso en su libreta.

Arriba, en el cuarto piso, la sala del dinosaurio se hallaba casi vacía. Sólo quedaba allí Adam Gallows. Estaba en un rincón, con los brazos cruzados, mirando. Caminó después por la sala unos momentos; de vez en cuando se detenía. Salió al pasillo. Miró en ambas direcciones y se fue hacia la alta ventana. Examinó el marco, gruñó algo y la abrió.

Bajó al primer piso y dio la vuelta al Planetario. Quería dar un vistazo con tranquilidad, solo. Cuando volvió a la entrada del museo, le esperaba un coche para llevarlo a la oficina de Hooligan.

Petrov, Carl, Isaac y Ahmed, delegados para espiar a Gallows, corrieron a sus medios de transporte en cuanto éste salió. Tenían mucho que informar.

—¡Sam Ling! —dijo Lui Ho, furioso, mientras paseaba a grandes zancadas por el cuartel general de la alcantarilla—. ¿Se le ha ocurrido pensar que muchas de mis ideas, que siempre me está recordando, las puedo haber descartado porque no eran adecuadas? —gruñó—. Todo genio tiene sus momentos de debilidad, incluso yo mismo. Usted explota mi debilidad. Mi genio me proporciona muchas ideas brillantes. Pero mi desgraciada memoria hace que me olvide de ellas. —Dio la vuelta para enfrentarse con su segundo—. Sin embargo, recuerdo que dije que había que destruir totalmente el museo, el falso dragón y a las niñeras. Si lo hubiéramos hecho, ahora no tendríamos problemas.

Sam Ling trató de consolarle.

—Este desgraciado incendio era imprevisible, incluso para su propio ingenio, camarada jefe. Él es el culpable de que hayamos perdido la recompensa que con tanto tesón hemos perseguido. Sin embargo, nos será muy fácil salvar la situación si mantenemos una estricta... vigilancia de las niñeras en sus residencias. En algún momento volverá al lugar donde tienen el dragón y entonces iremos nosotros detrás —sonrió a Lui Ho.

—Si usted lo desea, cuando capturemos los falsos huesos, podremos disponer de las niñeras como mejor le parezca.

—La secadora —dijo Pi Wun-tun.

—Después de que hayamos satisfecho nuestro propio placer con ellas —dijo Fat Choy, con énfasis.

Chou Tan hizo oscilar sus dos brazos en cabestrillo, como un vampiro blanco.

—Creo que todos trabajamos en el incendio con verdadera iniciativa profesional. Pienso que deberíamos ser propuestos para una citación de la República Popular. Tenemos mucha suerte por estar a las órdenes de un jefe tan inspirado como Lui Ho, cuya estrategia para hundir deliberadamente el coche de bomberos nos salvó del error ideológico de extinguir un incendio en el edificio de las Naciones Unidas.

—Y con el único gasto de una tercera parte del presupuesto anual para espionaje —dijo Sam Ling, entre dientes.

—En estas ocasiones, me gustaría no ser ateo —dijo Pi Wun-tun—. Por lo menos los americanos pueden culpar a alguien cuando las cosas van mal. Pero nosotros...

—Las cosas no van mal para los leales en la China Popular —gritó Lui Ho—. No he cometido ni un solo error.

—Sólo pequeños y múltiples errores —musitó Sam Ling, tranquilamente.

—Trabajaremos según las reglas establecidas en el manual del espía, de nuestro querido presidente —continuó Lui Ho—. Sabemos que el falso dragón está cerca del río, quizá en cajas en el fondo de éste. Aun así, descubriremos dónde se halla.

Seguiremos a las niñeras donde quiera que vayan. Estaremos tan cerca de ellas como los gusanos de los intestinos del mandarín. No harán nada... frotarse la nariz, escupir, depilarse los sobacos, rascarse el trasero, hacer pipí, o limpiarse los oídos, sin que lo sepamos. Redactaré también una nota de todo lo que hay que hacer con el falso dragón.

—Esta dedicación le asegurará una larga vida —saltó Sam Ling. Se volvió hacia Chou-Tan—. Transmita a Pekín que queremos que un submarino nos espere en la costa, preparado para el momento en que lo necesitemos. El resto de ustedes, continúen trabajando en el asunto de las mujeres.

Jumbo Hooligan apartó la cortina que separaba su oficina de la sala de operaciones. Se dirigió hacia el gran tablero que estaba dividido en cuadros. Cogió un trozo de tiza, contó unos cuadrados en el tablero y dibujó el zócalo del dinosaurio y las vitrinas de la sala robada.

—Muy bien —dijo—. Vamos a verlo. ¿Qué es lo que has obtenido, Pilgrim?

Ulysses sacudió su larga cabellera. Volvía a llevar su excéntrico atuendo. Habló con lentitud:

—He obtenido... jefe, he conseguido muchas cosas. En primer lugar, mal olor de polvo. Demasiado polvo. Siempre lo hay en sitios públicos. Olor de tierra de Central Park. Era de esperar, de todos modos, porque el museo está junto al parque. Muchos olores de pintura, trementina y también de líquido de frenos cerca de donde trabajaban los pintores; quizá uno de ellos estuvo en un garaje antes de ir allí. También el olor normal de perros. Obtuve buenos olores en el zócalo de piedra caliza.

Jumbo Hooligan comenzó a apuntar una larga lista de olores del suelo, mientras Pilgrim continuaba.

—Los olores más fuertes estaban en la zona D cuatro a diez. Allí había algunos buenos. Van a creer que estoy loco, pero tengo razón. Olí a mujer. No a hombre. Olí dos o tres tipos diferentes de jabón femenino. Y de lavanda. Muy fuerte. Olí a té en el cuadrado. Té en hojas, no en bolsitas; y con leche, no con limón. Un olor de desodorante en el cuadro D nueve y a toldo de lona en dos lugares distintos, el cuadrado D cuatro y E cuatro. D ocho y E ocho. Olí también a queso y a pan en el cuadrado C siete. Otra cosa creo que es importante: olí a polvo de talco, uno muy raro, en D uno, dos y tres. Sospecho que es el sitio por donde se arrastraron para entrar bajo la lona. El olor era muy peculiar.

—¿Polvo de talco y lavanda? —preguntó Jumbo. Ulysses asintió—. ¿Nada más? Ulysses comprobó su libreta de notas.

—No.

Jumbo dirigió su atención a Boots McGraw.

—He conseguido varias cosas que confirman lo que Uly olfateó. —Abrió sus notas—. Mi máquina descubrió talco en D uno, dos y tres, igual que Uly. Pero

también lo ha obtenido en toda la zona C, D y E, seis, siete, ocho y nueve. Supongo que el rastro era muy insignificante como para que su olfato lo registrara. Es polvo de niños. Recogí dos hojas de té en E siete. Las hice comprobar. Es una marca extraña que los ingleses beben mucho. Se llama «Earl Grey»; es un té perfumado. Lo importa Leo Mathieson. Sólo se vende en unas quince tiendas de Nueva York. Tengo una lista de ellas.

»Obtuve también unos cuantos pelos; mezcla de hombre y mujer. Algunos llevaban bastante tiempo allí. Otros cayeron recientemente. No creo que sirvan de mucha ayuda por el momento, pero pueden sernos útiles cuando apresemos a algún sospechoso.

»También encontré escamas de piel en varios sitios, pero sobre todo en D uno, dos y tres. Esto confirma que por allí se arrastraron para entrar. Además he obtenido dos tipos de hilo de medias. Uno en D dos, es de una fibra basta que ya no se usa mucho. Probablemente es el tipo que usaría una mujer vieja, o con varices. El segundo hilo proviene de unas medias de nylon ordinario, llamado “Heaven’s Above”. Se vende a medio dólar en la mayoría de los almacenes.

»Además, encontré la mezcla de polvo que es natural encontrar en un sitio público, pero conseguí una miga de pan en C siete. Procedía de una barra ya cortada, blanca, de harina americana. Pueden haberla elaborado varios fabricantes de pan.

»Había varias fibras de lana de colores. Un par de color pastel muy pálido. Algunas pueden proceder del zócalo o haber caído del toldo. Quizá sean útiles. También conseguí un par de jirones de tela de tejanos en el almacén. Lo estoy comprobando.

Se detuvo un momento, se enjugó la frente con el dorso de la mano y continuó:

—Algo bueno. Encontré una hoja de plástico de la parte superior de un zapato. Es negro. Los zapatos son importados, producidos especialmente en Francia por Denny Lewisham y se distribuyen en una tienda de zapatos de señora, en Lexington. No tiene más que tres medidas en su muestrario. Zapatos cuadrados. Tacones bajos. Les gustan a las *teenagers*. Esto es todo lo que hallé.

—Bien —dijo Jumbo Hooligan. Señaló a Ivor.

—Inspeccione el zócalo, jefe. Muy difícil encontrar algo en aquella caliza tan áspera. Primero miré los dos dinosaurios pequeños. Muchas huellas dactilares allí, pero cuando las clasifiqué, pude comprobar que la mayoría corresponden al personal del museo. Había muchas huellas en los huesos más cercanos a la barra protectora, probablemente visitantes del museo que se inclinan y los tocan.

»Inspeccioné después el almacén de hierro del dinosaurio. Los que hicieron el trabajo llevaban guantes. Recogí también unas muestras en el polvo del almacén, respunteado de fantasía.

Ivor comenzó a hacer muecas.

—¿Quiere que le demuestre que me estoy volviendo loco, jefe? —Hizo una pausa—. También obtuve la huella de un pezón cerca de la parte superior del almacén.

Jumbo le miró con asombro.

—Seguro, jefe. Un pezón; ya sabe, la fresa del helado.

El equipo de Hooligan se rió.

—Huw lo ha fotografiado todo —continuó Ivor—. Y le hice sacar fotos de los tornillos que unen los huesos del armazón. Son muy interesantes. La mayoría de las cabezas hexagonales están estropeadas. Para desenroscarlos han usado una llave graduable. Era de muy mala calidad y resbalaba un poco al hacer fuerza. Otra cosa: unos pocos tornillos evidencian que alguien trató de apretarlos antes de desenroscarlos.

Ivor se interrumpió.

—¿Puedo fumar, jefe?

—Adelante.

Ivor fue a la mesa de Jumbo, levantó la tapa de la caja de cigarrillos para ejecutivos reservados a las visitas distinguidas y sacó un «Dunhill». Jumbo Hooligan iba a decir algo, pero cambió de idea. Ivor encendió el cigarrillo.

—He visto varias rozaduras de cuerda en los hierros donde estaba la gran pelvis. Deben haber usado una polea para bajar el hueso del zócalo. He obtenido fibra de cuerda. Los del laboratorio dicen que se trata de fibra artificial, *terylene*. A juzgar por el ancho de las rozaduras, la cuerda debe ser del tipo de la que usan los deportistas, escaladores o navegantes de yate. La tienen en casi todas las tiendas de deportes, pero comprobaremos sus ventas recientes. No se vende mucha en esta época del año. Y esto es todo lo que hallé en el vestíbulo —terminó.

Jumbo hizo otra vez una señal con la cabeza.

—Tú —dijo mirando a Willie Halfinch.

Willie se ruborizó. Estuvo tentado de decirle a Jumbo la talla de su sombrero, pero supuso que ya la conocía.

—La sala tiene cuarenta y cinco metros y medio de largo, por diecinueve metros y treinta centímetros de ancho. Hay seiscientos noventa ladrillos. Cada ladrillo mide noventa y tres centímetros y medio de largo por ochenta y ocho de ancho. El zócalo de piedra cubre ciento cincuenta y cinco ladrillos. La puerta de entrada tiene tres metros treinta de ancho por tres de alto. El grosor de la pared de entrada es de...

—Bueno, bueno —le interrumpió Jumbo—. Dame algún dato que me sea útil.

—Esto... —Willie se ruborizó de nuevo—. Esto... —Miró hacia arriba, feliz—. Usted calza el cuarenta y seis —dijo.

—¿Qué?

—Esto... el zócalo de piedra pesa diecinueve toneladas.

—Bien —dijo Jumbo, pacientemente—. Esto será útil para cuando vuelvan y lo roben también.

—Un dinosaurio vivo del tamaño del robado, hubiera pesado unas treinta toneladas y hubiera comido novecientos kilos al día.

—Maravilloso —gruñó el inspector—. Quiero uno para tenerlo en casa.

—¡Oh! El peso del esqueleto era de tres toneladas y tres cuartos. También tengo buena información sobre los huesos.

—¿Sabes qué cantidad de sopa se podría hacer con ellos?

—Lo siento, jefe. ¿Quiere que lo calcule?

—Olvídalo.

—Los huesos tenían un peso que oscilaba entre un kilo los pequeños, y doscientos sesenta y cuatro kilos los mayores, como la pelvis. Sería necesario el esfuerzo de tres hombres para levantar la pelvis. No pudieron llevarla muy lejos. Las señales del suelo indican que la arrastraron sobre una tela gruesa. Huw ha obtenido una foto. Las raspaduras van directamente al montacargas de servicio y terminan en el interior de éste. No pude descubrir más rastro de ellas. Las marcas señalan que la arrastraron en trechos muy cortos. Diría que lo hicieron varias personas, y no siempre en la misma dirección. Esto es lo que me preocupa. Yo sospecho...

Jumbo Hooligan le detuvo.

—Ya sabes las reglas, Willie. Nada de sospechas en este momento. Sólo hechos.

—Fui al tejado del Planetario. Las huellas indican que los huesos estuvieron allí durante un rato. Los más pesados se hundieron un poco en el asfalto. Estudié también la parte frontal del Planetario y el aparcamiento. Uno de los huesos de la pierna dejó su huella en el suelo, al lado del asta de la bandera. No hicieron más que un solo viaje para llevárselos. Usaron un camión. Tengo un molde de la huella de los neumáticos. El camión pesaba, por lo menos, cinco toneladas. Tengo muchas más medidas si quiere que...

—Bueno, bueno —gruñó Jumbo Hooligan—. Ya sabemos que las has tomado por si las necesitásemos.

Se volvió y miró la larga lista del tablero.

—¿Nadie se ha olvidado de nada?

—Tengo el número de su cuello... —comenzó Willie.

—Cierra el pico —bufó Jumbo—. Bien, Adam. Te toca a ti.

Adam había permanecido sentado, en silencio. Su cara negra tenía un aire contemplativo. El computador que poseía como cerebro había absorbido, analizado e interpretado los hechos expuestos por sus amigos. No levantó la vista. Su voz era suave. Los hombres se inclinaron para escuchar sus palabras.

—Cinco mujeres, Jumbo. —Adam levantó la mirada para ver la cara de Hooligan. Su jefe no reaccionó—. Cinco mujeres —repitió Adam—. En primer lugar, Ulysses sólo olió a mujer en el zócalo. Es poco probable que una sola mujer cambie tantas veces de talco o de perfume. O sea que *tiene* que haber más de una mujer. ¿Cuántas? Cinco. Eso es, cinco, porque hacen falta cinco mujeres para mover la pelvis. Es evidente que eran mujeres, no hombres pequeños. No tenían ninguna experiencia sobre mecánica; apretaron algunas tuercas al tratar de aflojarlas. Las herramientas estaban mal escogidas. Un hombre se hubiera asegurado de contar con buenas herramientas para realizar un trabajo de este tipo. —Adam hizo una pausa, recordó

sus conclusiones y continuó—: Usaron el toldo tendido sobre el dinosaurio como tienda. Buena idea, por cierto. Durmieron y vivieron allí parte del tiempo. Los olores de goma son de colchones inflables; dos. Dobles. Y durante su estancia comieron allí. Entraban y salían durante el día, cuando el museo estaba abierto, y sólo trabajaban de noche. Tenían que hacerlo así, por los pintores. Lo desmontaron todo y lo sacaron de una sola vez.

Adam levantó la vista.

—¿Puedo empezar ya a adivinar?

Jumbo Hooligan sonrió.

—Me gustan tus suposiciones, chico —dijo—. Adelante.

Adam empezó:

—Cinco mujeres. No puedo tener certeza de su edad. ¿Recuerdan aquella pieza de un zapato de *teenager*? Por otra parte, una de ellas hace media..., debe tener una edad avanzada. Ciertas cosas, como el té y, por lo menos, dos tipos de perfume, indican que se trataba de mujeres europeas. Yo casi apostaría a que son inglesas.

Hay muy pocos europeos a quienes les guste el té perfumado, y el «Earl Grey» es típico de las clases inglesas más ricas. Al principio, pensé que podría tratarse de un grupo de aquellas damas que los ingleses llaman *debs*; es decir, muñecas de la alta sociedad que no tienen otra cosa que hacer más que molestar a todo el mundo. Pero los datos no encajan: las muñecas de la alta sociedad no llevan medias ásperas ni medias ordinarias de nylon. Además... el polvo para niños. ¿Os acordáis que los tornillos y tuercas sacados del almacén estaban apilados y fuera del paso? Un hombre nunca haría esto. Entonces ¿qué clase de mujeres hay en Nueva York que sean casi viejas y tengan gustos de la alta sociedad europea? Son posiblemente inglesas, que pasan mucho tiempo con niños y están acostumbradas a poner las cosas fuera de peligro. Mi respuesta, Jumbo, es... niñeras. Ésta es, pues, mi conclusión: cinco damas, niñeras e inglesas.

Jumbo Hooligan se recostó en el borde de la mesa, y sonrió con deleite:

—Buen sabueso, Adam —dijo—. Ésta es una idea que me puede ser útil. —Arrojó la tiza a la caja, situada debajo de la pizarra, y miró a McGraw—. Boots, me vas a dar el nombre de todas las extranjeras inglesas que estén registradas como niñeras y que trabajen en Nueva York.

Señaló a Ulysses y a Willie.

—Quiero que vosotros regreséis al museo. Averiguad si últimamente han visto por allí a alguna niñera. Después comprobadlo con la oficina Dos-O. Es su zona. Quizá tengan algo que nos sirva. Y ahora, el resto de vosotros...

Willie Halfinch le interrumpió.

—Jefe, aquella huella de pezón me ha fastidiado. Tengo una idea. Quizá una de las señoras llevaba un leotardo de luchador.

Boots McGraw llegó a dar su informe en la oficina de Jumbo después del almuerzo del día siguiente.

—Sírvete lo que quieras —sonrió Sheba—. Traeré un poco de café.

—Hola, Jumbo —dijo, por el intercomunicador Boots—. ¿Quiere que entre?

—Claro —replicó la voz de Jumbo—. Y dile a Sheba que haga pasar a los demás en cuanto lleguen.

—Bien, jefe —dijo Sheba, desde el rincón donde estaba la cafetera.

—Dámelas a mí —dijo Boots. Cogió las dos tazas de plástico y entró en el despacho de Jumbo. Puso una taza delante de él. Sacó entonces la lista que le habían dado en la Embajada británica—. Ochenta y seis ciudadanas británicas registradas como niñeras, Jumbo. Tengo todos los detalles. Parece un trabajo pesado, pero sospecho...

El intercomunicador de Jumbo zumbó. Él oprimió el botón.

—Ulysses y Polifemo —dijo Sheba.

—Gracias por la lección cultural, muñeca. Hazles pasar. —Miró con expectación la puerta—. Quédate aquí —dijo a Boots—. Primero quiero oír lo que dicen los demás. —Giró los pies debajo de la mesa y dio la vuelta a la silla para dar la cara a Ulysses y Willie que entraban en la estancia—. ¿Qué habéis conseguido? —preguntó.

—Bastante —replicó Ulysses, mientras se sentaban en los sillones amarillos—. Escuche esto. Willie y yo inspeccionamos el museo, como dijo usted. Dijeron que no, que no habían notado que ninguna niñera se portara de forma sospechosa, pero que habían visto a muchas. Siempre iban con sus niños. Total, cero, ¿verdad? Después nos fuimos a la oficina Dos-O y les interrogamos. Nos encontramos con esto: hace unos días, un inglés murió en las escaleras del museo. Fue un colapso. La Embajada británica reclamó el cuerpo. No saben aún el informe de la autopsia ni ningún otro detalle sobre él. Pero lo que sí sabemos es que había dos niñeras, inglesas, a su lado, cuando murió. Coincidencia, ¿verdad?

Ulysses sacó una libreta del bolsillo y le echó una ojeada.

—Sus nombres: Hettie MacPhish y Melissa St. Clair. Averiguamos dónde viven y les seguimos la pista durante un par de horas esta mañana. Creo que son una buena pista. La joven —todo un manjar— visitó a la llamada MacPhish. No llevaba ningún niño ni los hay tampoco en la dirección donde vive. Pero la vieja trabaja para una familia con niños y llevaba uno cuando salió.

La voz excitada de Willie interrumpió:

—Las seguimos hasta Central Park. Ochocientos cuarenta y dos pasos desde el apartamento de la vieja al parque.

—Seguro —dijo Jumbo, con voz cansada.

—Se reunieron con otras niñeras, en un banco situado junto a la estatua de Alicia —continuo Ulysses—. Eran cinco en total. Y aquí es donde nos atascamos. Por lo

menos un poco.

Jumbo enarcó las cejas.

—Pero no demasiado —se apresuró a decir Willie—. Nosotros éramos sólo dos y ellas cinco. Y dos para cinco no son demasiados, cuando se trata de seguir a gente. Por esto, cuando se separaron, a la hora del almuerzo, Ulysses y yo sólo pudimos seguir a dos, para averiguar dónde vivían. Todavía nos queda una.

—¿Y a quiénes tenemos hasta ahora?

—Tenemos a las dos damas originales y a las dos nuevas —dijo Ulysses—. Sus nombres son Emily Biddle, que es vieja y rara, y Ulina Nesbit, de mediana edad... debe tener unos cuarenta. La que no pudimos seguir debe tener unos dieciocho.

—No estamos seguros de gran cosa aún —gruñó Jumbo—. No estamos todavía seguros al ciento por ciento del número de personas que están complicadas en el robo. Podría ser un número muy distinto.

—Tenemos aquella huella —dijo Willie, brillantemente—. Todo lo que debemos hacer es comprobarla.

—¡Eh, Willie, eres grande! Me había olvidado de esto. —Jumbo le hizo un guiño a Boots McGraw—. Muy bien, Willie, ve a conseguir las huellas de los pezones de las cinco damas y las comprobaremos con las que tenemos en archivo. ¿De acuerdo?

Willie Halfinch se ruborizó, con orgullo.

—Vamos, chico, ¿qué esperas? ¡Adelante!

Willie salió de la habitación.

—¡Jumbo! —chilló Boots—. ¿Se ha vuelto loco?

Willie salió al corredor desde el despacho de Jumbo. Hacía muecas. Era la primera misión que realizaba sólo como agente. Enderezó los hombros y apretó el codo izquierdo contra el costado. Sintió la pistola en su funda. Se encontraba perfectamente.

Se detuvo en el pasillo frente al ascensor y observó el indicador. El elevador estaba en el principal. Willie miró el botón de llamada. Vigiló a izquierda y derecha, a lo largo del corredor, y se detuvo a un metro del botón. Su cara tenía aspecto concentrado, con las piernas ligeramente separadas. Las manos le bailaban a los lados. De repente, se movió. Su mano derecha salió disparada como un rayo hacia su chaqueta. Se puso de rodillas. La mano volvió a salir, empuñando una pistola. Willie golpeó el botón de llamada con la punta de la pistola. Hizo una mueca de satisfacción cuando las luces mostraron que el ascensor subía. Una joven secretaria pasó por la esquina y fue hacia el corredor. Él le guiñó un ojo. Ella le ignoró. Willie sonrió más ampliamente. No le importaba el desaire. Después de todo, la chica no le conocía... aún; Willie Halfinch, agente especial. Flexionó los músculos y alzó la barbilla. Llegó el ascensor. Se abrieron las puertas. Willie asomó la cabeza.

—Abajo, chico —dijo al ascensorista.

—Claro, Willie, abajo. ¿Estás de mal humor? ¿Te ocurre algo?

—Nada —dijo Willie—. Tengo trabajo.

—¿Un gran trabajo? —preguntó el ascensorista. Willie volvió a enderezar los hombros y miró hacia delante.

El ascensor se detuvo. Willie atravesó el vestíbulo, empujó la puerta de cristales verdes al estilo Hooligan y se detuvo, con las piernas separadas, al pie de las escaleras. La mirada torva de su semblante se fue haciendo vaga.

«Caray —se dijo Willie—. Huellas de pezón. ¿Cómo demonios voy a conseguirlas? —Se preguntó si habría posibilidad de registrar los cubos de ropa sucia para encontrar la ropa interior—. No servirá —concluyó—. En la tela no quedan huellas. —Frunció las cejas—. Si las chicas fueran jóvenes y estuvieran tomando el sol boca abajo en una piscina, se podría intentar quitarles el sujetador del bikini. Esto dejaría huella en las baldosas que después podría examinar». Inútil; ya lo habrían lavado cuando él saliera de la cárcel.

Willie flojeaba.

¿Y si se disfrazara de chica y esperara a que ellas se desnudaran en una tienda de vestidos? Sacudió la cabeza. Tampoco había ninguna garantía de que funcionara. ¿Discos de acero cosidos en los sujetadores? Volvió a sacudir la cabeza. Notarían el frío metal. ¡Ah, metal!, eso era. Quizá si alquilara una armadura... No; ¿cómo demonios conseguir que una mujer desnuda le abrazara a él, metido en una armadura? ¿Y una encuesta? Cogía unos impresos y explicaba que era para una empresa de productos farmacéuticos. Tembló. Se veía a sí mismo diciendo: «Buenos días, señora; soy representante de la Aspirina United. Estoy haciendo una encuesta. Quisiera preguntarle algo muy personal». Ella inclinaría la cabeza y diría: «Siga usted». Willie tragó saliva ante la idea de tener que hacer la pregunta siguiente: «Señora, ¿le importa si le examino las tetas?»

Willie dio lentamente la vuelta y caminó pensativo hacia el edificio. El ascensor aún estaba esperando.

—Arriba —dijo Willie.

—¿Te pusiste enfermo? —dijo el ascensorista, al ver la mala cara que ponía Willie.

Willie movió la cabeza.

Se puso las manos en los bolsillos, salió del ascensor y se dirigió hacia el despacho de Jumbo Hooligan. La joven secretaria avanzaba de nuevo hacia él. Esta vez levantó la mirada y le sonrió.

—Hola.

—Siii... —gruñó Willie. La secretaria hizo un mohín y siguió su marcha.

Willie pasó por el despacho de Sheba y llamó suavemente a la puerta de Jumbo.

—Entra, Willie —rugió la voz de Jumbo. Willie tragó saliva y asomó la cabeza por la puerta.

—¿Sí? —dijo Jumbo, guiñando otra vez el ojo a Boots.

—Esto... jefe... —tartamudeó Willie—. He estado pensando...

—¡Pues no has estado poco tiempo pensando! —gruñó Jumbo—. Entra, siéntate

y cierra la boca.

Todo el equipo de Jumbo estaba sentado frente a la mesa de su despacho. Era la última reunión de la tarde. Él les miró. Willie notó que se ruborizaba otra vez, y se alegró cuando los ojos de Jumbo pasaron de largo.

—Empieza tú, Adam —dijo Jumbo.

—Los anzuelos están puestos —replicó Adam—. He hablado con los policías de Central Park. Ya sabe, a veces funciona. Han visto a estas señoras cientos de veces. Parece que siempre se reúnen allí, en el mismo banco y las mismas horas del día. El guardia a caballo y los de las motos las conocen. Uno de los chicos me dijo algo importante. Dice que notó que un par de veces, últimamente, las damas no estaban en su banco habitual. Parece que son tan puntuales, si hace buen tiempo, que puede poner en hora su reloj cuando llegan.

—Aún es muy poco —dijo Jumbo.

—No tan poco. He sacado fibras de la lana del banco en que se sientan. Son del mismo tipo, marca y color que el trozo que Boots encontró en el museo.

—¡Ah! —suspiró Jumbo—. Esto ya me gusta más.

—Como dije, Jumbo, los anzuelos están puestos.

Jumbo Hooligan silbó entre dientes.

—Bien —dijo—. Quiero que sigáis a estas chicas durante todos los minutos del día. —Miró el reloj—. No es preciso hacerlo hoy. Pero a partir de mañana, os convertís en sus sombras.

Simone estaba sentada en su cochecito, lo odiaba. Prefería andar dando tumbos por la hierba del parque, sentarse y observar basuras, muchas de las cuales las encontraba comestibles. Estiró el brazo por encima de la barandilla de su cochecito, y colgó el biberón de su vecino. El vecino protestó. Simone le eructó encima, entre los ojos, su propio almuerzo. Entonces, con rara astucia, chilló angustiosamente, incluso antes de que su sorprendido enemigo tuviera tiempo de reaccionar ante tal violencia. Casi enseguida, se arrepintió de su ataque de llanto. La levantaron en el aire, la balancearon, la dejaron caer, sin aliento, sobre su estómago. Una pesada mano adulta le dio golpecitos en el trasero. «Los viejos soldados nunca mueren», gruñó la voz escocesa. Simone se quedó quieta. Había aprendido que en cuanto lo hacía, la ponían de nuevo a salvo en su cochecito.

Ulina desplegó la edición aérea del *Daily Telegraph* y lo colocó bajo la almohada del cochecito del niño. Se volvió hacia las otras niñeras que estaban sentadas a su lado en el banco del parque.

—El que haya robado este dino... Inglés, ha causado una gran conmoción —dijo—. Toda esta espantosa publicidad de los periódicos.

—Randy dice que a los ladrones les condenarán a treinta años de cárcel, si les cogen —añadió Melissa.

Las agujas de punto de Emily disminuyeron en velocidad. Levantó el último jersey de «Tarzán» y lo examinó.

—Nadie las va a detener —anunció—. Todo lo que tienen que hacer es conservar la calma y actuar con normalidad. Recordad: nadie va a sospechar de ellas. —Movié el jersey, colocó los codos junto al cuerpo, y las agujas volvieron a cobrar velocidad.

Ulina estaba sentada, muy estirada, las manos en la falda, los tobillos casi cruzados. Miraba a los transeúntes.

—Hay mucha gente en el parque hoy —dijo.

A cincuenta metros de distancia, sentado sobre uno de los montones de piedra, se encontraba Ivor. Estaba vigilando a Melissa y participaba en un juego de letras con el agente ruso encargado de controlarle.

—¿Estás seguro de que existe esa palabra...? —Ivor frunció el ceño y trató de pronunciar *ckzgw*.

—Ciego, queguido amigo —replicó el ruso—. Mi tía tosía así.

Willie Halfinch vestía un uniforme de vigilante del parque. Llevaba un bastón con punta y recogía desperdicios de papel. Estaba nervioso. Había cogido, por casualidad, una carta procedente de Francia y trataba de quitarla del bastón, sin que las niñeras se dieran cuenta. A metro y medio detrás de Willie iba la robusta figura de Pi Wun-tun, disfrazado de inmigrante Hawaiano. Llevaba gafas ahumadas, y una camisa floreada, y estudiaba las citas de Mao Tse-tung. Estaba tan absorto en la lectura que Willie tuvo que pedirle dos veces que dejara de chocar con él.

Susan miraba a Ulysses Pilgrim. Estaba reclinado indolentemente al pie de un álamo, con un poncho y un par de tejanos con dibujos gastados en las rodillas. Sus pies estaban descalzos. Tocaba suavemente una guitarra y canturreaba. A través de sus párpados entrecerrados vigilaba a Susan. Era una chica muy bonita, la clase de chica, pensó, con la que sería feliz compartiendo una choza. Había leído algo de las rosas inglesas; y aquélla era realmente un capullito.

Ulysses, a su vez, era vigilado por Pierre, el agente francés que controlaba también a Susan y al agente chino. El agente francés iba disfrazado... de agente inglés. Se complacía pensando que este subterfugio causaba confusión. Hubiera sido un buen disfraz, pero el francés siempre se descubría. No podía resistir la tentación de dar golpecitos, acariciar o pellizcar el trasero de todas las chicas. Ningún inglés se hubiera comportado de forma tan indiscreta. Entre los hombres de Hooligan era conocido por el Cosquillas. Sabían cómo encontrarle en cualquier momento. Sólo tenían que buscar el lugar de donde provenía el ruido de una bofetada en la mejilla. La complexión del Cosquillas francés daba muestra de una buena salud.

El agente alemán aún no había llegado. Estaba en el hospital. El día anterior se le había ordenado establecer contacto con su jefe en el centro de una piscina pública. Con auténtica flema prusiana, se había zambullido en el agua de la piscina, de tres metros de profundidad, para la cita. No se había enterado de una sola palabra de las instrucciones que le dieron. Se pasó todo el tiempo que duró la entrevista bajo el agua, ahogándose. Adolf Krautbukket no sabía nadar.

Krautbukket no estaba preocupado. Porque, al día siguiente, sobornaría a cualquiera de los demás para que le diera los últimos detalles.

Hettie era vigilada por Huw. Y Huw, a su vez, por un italiano que trabajaba para los japoneses. El italiano tenía un agravio personal contra el agente ruso y llevaba un chaleco a prueba de balas que pesaba casi catorce kilos. Tenía la cara hinchada y cubierta de manchas. Se preguntaba si no le daría un ataque por causa del calor. Rezaba para que no se viera en la obligación de moverse.

—Les tomamos la delantera. —Emily ondeó el jersey, en las agujas, como si fuera una bandera psicodélica—. Esto es lo que *les* hemos enseñado. Os dije que así sería. No hay por qué preocuparse. Se acabó. No nos queda más que embalarlo y enviarlo.

Emily observó al hombre de apariencia militar, con el pelo rojizo. Parecía un oficial retirado. Estaba sentado en una silla a pocos metros de distancia, leyendo la sección financiera del *New York Times*. Boots McGraw había hecho un agujero en él y vigilaba a Emily con infinita atención y mirada furtiva. Al pie del monumento a Alicia, frente a él, había un griego sentado. Vigilaba a McGraw. Boots sabía que se hallaba allí, incluso sin necesidad de mirar. El griego estaba siempre. No tenían la certeza de cuál sería el acuerdo, pero siempre pasaba lo mismo desde que los griegos habían enviado a McGraw una botella de *ouzo* el día de San Valentín. Boots la había analizado. Se hubiera decepcionado si no hubiera estado envenenada. Los espías

griegos le hubieran parecido muy poco profesionales.

Eran las seis de la tarde y Jumbo Hooligan estaba enfadado. No se hallaba en el parque, sino en el cuarto de baño de su oficina. Hasta aquel día, había creído que era el único sitio de su oficina en el que podía estar aislado. Sacó un pequeño aparatito del retrete.

—Este maldito Cosquillas francés —gruñó—. Debe ser él. Ningún otro se atrevería a espiar en el retrete.

Pensó en las tentativas de espionaje de los últimos años. Los ingleses habían sido probablemente los más caballeros. Habían puesto un transmisor en el lomo de un libro de etiqueta y colocado el libro, entre otro centenar de manuales, en la estantería de Hooligan. En aquella ocasión, Jumbo se sintió insultado. No sólo por el aparato en sí, sino también por el escondite tan poco sutil.

Los italianos habían incurrido en un error. Un nuevo agente cometió el fallo de colocar un auricular en la papelera de Hooligan. Al día siguiente, tres espías italianos fueron mandados a sus casas, con perforación de tímpano.

La tentativa cubana fue artística... y casi tuvo éxito. Habían repintado el desnudo que Hooligan tenía en su oficina con un circuito de cobre. Unas minúsculas baterías quedaban ocultas en el marco del cuadro. Desgraciadamente para los cubanos, el artista usó pinturas plásticas, y el suave calor del circuito hizo que la pintura del pecho se cayera y aumentara de tamaño. Como el cuadro era lo primero que Jumbo miraba al entrar en su despacho, lo descubrió de inmediato.

Petrov, el ruso, había introducido un auricular en el televisor. Hooligan lo encontró enseguida. Con sádica alegría, se pasó la tarde transmitiendo, por el aparato, las confesiones de un espía soviético traidor.

El equipo de espías chino fue el más molesto. Había puesto transmisores en todas partes. Jumbo y sus muchachos pasaron dos días enteros limpiando la oficina de ciento treinta y cinco transmisores. Estaban en todas partes. Jumbo se había enfurecido y desde entonces no volvió a hablar con los chinos.

Jumbo Hooligan se arrodilló frente al retrete, tratando de sacar el cartucho de la tapa de porcelana. Una voz resonó cerca de su oído. Dio un salto.

—Hola, jefe —era Willie Halfinch—. Vaya, ¿necesita usted ayuda, míster Hooligan? ¡Eh, muchachos!, vamos a ayudar al jefe, se ha caído al retrete.

—Fuera —gritó Hooligan—. Fuera, mientras estoy trabajando. Esperad en el despacho. Y de ahora en adelante llama antes de entrar. —Sacó los dedos de la pila, los sacudió para quitarse el agua y los puso bajo el grifo del lavabo.

—Buena la has hecho, Willie. Estará como loco durante horas. —Huw Schwartz se pasó el dedo por el cuello—. Te cortará la cabeza. Voy a decirte algo sobre Jumbo: no le gusta que le molesten cuando está en el retrete.

Hooligan entró en el despacho, ajustándose el puño de la camisa.

—Bien... ¿quién ha conseguido algo?

Huw parecía cansado. Movi6 la cabeza.

—¿Nada? —rugió Hooligan.

Huw guardaba silencio.

—¡Pero tienen que haber hecho algo!

—Nosotros seguimos a las cuatro que conocíamos en cuanto salieron de casa esta mañana. Nos condujeron al monumento a Alicia. Allí encontraron a la quinta, una chica joven, rubia, llamada Susan. Esto fue todo lo que ocurri6.

—¿Todo?

—Seguro. La conducta normal de una niñera. Se sentaron en un banco. Llevaron los niños al parque de juegos, regresaron y se sentaron otra vez. Fueron a su casa a la hora del almuerzo y después regresaron al mismo banco del parque. Regañaron un poco a los críos, jugaron con ellos, y regresaron a sus casas hacia las cinco.

—¿No hablaron entre sí cuando estaban en el parque? —preguntó Hooligan.

—Sí, hablaron —replicó Huw—. Pero no pudimos acercarnos. Estas señoras tienen ojos de halcón. Tendría que ver cómo se dan cuenta al instante cuando sus niños se pasan de la raya.

—Bien —dijo Jumbo—. Ahora sabemos algo de lo que hacen rutinariamente. Vamos a probar otra vez. Ahora usaremos un micrófono direccional. Pero no todos. Sólo tú, Willie. Prueba uno. Que te lo pongan en tu bast6n; pídeselo a los técnicos.

Desde varios días atrás, los habitantes de Nueva York que querían telefonar desde las tres cabinas situadas delante del Plaza evitaban entrar en la del centro. Apestaba. Las quejas a la compañía habían motivado, como era normal, la rápida acción. Limpiaron, desinfectaron y fumigaron; no sirvió de nada. Seguía oliendo como un estercolero. El gerente del Plaza consideró incluso la posibilidad de trasladar el hotel unos metros más lejos.

En el cuartel general del Tse Eih Aei, situado debajo de la cabina, el mal olor era incluso peor.

—Otro —suspiró Nicky Po, vacilante, frente al túnel de la cloaca, y arrojó al suelo un caimán de un metro. Fat Choy suspiró bajo su mascarilla de cirujano. Se estiró, agarró al reptil muerto por la cola y lo introdujo en un cubo de agua salada. Después lo despellejó diestramente—. Tenemos comida para dos meses —dijo mientras arrojaba el esqueleto a la cloaca. Colgó la nueva piel en la húmeda pared, junto a las otras.

—Aquí está el alumbre. —Sam Ling le entregó una vasija redonda. Fat Choy la cogió y frotó la piel con el polvo—. ¿Cuántos van? —preguntó.

—Cuarenta y siete, camarada Ling —respondió Fat Choy, con la gasa de la máscara empapada por las lágrimas.

—¿Y cuándo están curadas las pieles? —preguntó Pi Wun-tun.

—En noviembre —dijo Fat Choy, con malicia.

—¿Las tendremos listas para las fiestas capitalistas, de mitad de invierno, cuando todo el mundo se hace regalos? —dijo Chou Tan.

Sam Ling suspiró. Tardarían mucho tiempo en conseguir el dinero perdido en el accidente del coche de bomberos. No creía que la idea de Lui Ho de fabricar cientos de carteras de mano con las pieles de los caimanes, para regalos de Navidad, fuera el sistema más rápido.

La puerta del cuartel general de la alcantarilla se abrió y apareció Lui Ho. Se apretaba la nariz y esperó a que se condensará el vapor en sus lentes. Los limpió, se volvió hacia el retrato de Mao Tse-tung que colgaba de la pared y saludo.

—¿Está el falso dragón? —preguntó con voz nasal.

—Seguimos a las niñas durante todo el día —dijo Sam Ling—. No fueron al lugar donde ocultan el falso dragón.

Y lo que es más extraño, ni siquiera lo mencionaron.

—Entonces capturaremos a una de ellas, la traeremos aquí y le sacaremos la información. ¡Esta noche! —rugió Lui Ho—. Fat Chou traerá a una de las niñas, a la más joven. —Lui Ho sonrió y respiró de nuevo por la nariz—. Sus uñas tienen una admirable longitud para cogerlas con unas tenazas. Y —añadió para estimular a sus hombres— después averiguaremos si lo que dicen sobre las mujeres occidentales es correcto.

—Hooligan —dijo, tranquilamente, Sam Ling.

La cara de Lui Ho pasó a un mayor grado de palidez que la habitual, mientras bajaba la mano de la nariz.

—¿Hooligan?

—Hooligan —repitió Sam Ling—. Él sabe. El parque está lleno de sus perros seguidores.

—¿Protege a las niñas? —preguntó Lui Ho.

—Las vigila.

—¿Las vigila? Entonces a lo mejor es que algo pasa entre los ingleses y los americanos y no lo sabemos —dijo Lui Ho—. Posiblemente las potencias occidentales estén en desacuerdo. Es posible, incluso, que los ingleses y los norteamericanos vayan a declararse la guerra.

—En ese caso, yo me alistaría como voluntario al momento —dijo Pi Wun-tun—. Me alistaría en los granaderos británicos, como general.

—Muy admirables sentimientos —dijo Lui Ho, pensativamente—. Pero aunque me gusta mucho tal entusiasmo por una guerra contra la sociedad capitalista americana, el problema reside ahora en que nuestro actual trabajo se ve dificultado por el interés que Hooligan tiene en él.

—No tanto, camarada jefe —dijo Sam Ling—. Como dicen los americanos, toda nube tiene un ribete de plata. Ninguno de nosotros pone en duda nuestra capacidad de triunfar en la empresa. Por esto, cuando triunfemos, el descrédito y la humillación

caerán sobre la cabeza de este perro-Hooligan. Su manifiesta ineficiencia merecerá entonces la ejecución. Y nuestro trabajo en el futuro será más fácil.

Los espías sonrieron. Lui Ho asintió.

—Así es.

Sam Ling prosiguió.

—Continuaremos con su plan original, camarada jefe. Esperaremos la oportunidad. Entonces emplearemos una ingeniosa estratagema para distraer a Hooligan y a su cuadrilla de cerdos durante el tiempo necesario, para sacar los falsos huesos del país hacia nuestra gloriosa Madre Patria.

—Magnífico —asintió Lui Ho—. ¡Ignominia para Hooligan! ¡Que la desgracia caiga sobre él! Nosotros continuaremos como si no existiera.

—Una pena —musito Chou Tan, suavemente—. El interesante problema sobre la mujer occidental seguirá, por el momento, sin respuesta —suspiró profundamente.

Creo que a Su Majestad le gustará esto —dijo Emily en el parque a la mañana siguiente. Examinaba un arrugado papel de escribir, en el que había impreso una miniatura de Papá Noel, que crujió por la brisa—. He traído muchos.

Hettie se inclinó y miró la bolsa de Emily.

—Es sólo papel de Navidad —dijo.

—Sí, lo guardo. Nunca lo tiro.

—No podemos envolver los huesos del *Inglés* en esto. No es adecuado. Recuerda que va a recibirlos Su Majestad.

—Esto son tonterías —dijo Emily—. Nunca me ha importado hacer regalos envueltos en papel usado. Es un gran ahorro. —Sacó otra hoja de papel y la alisó—. Mirad esta hoja. Hadas y gnomos. Y tiene purpurina.

—Compraremos unos rollos de papel marrón —dijo Hettie. Su vieja amiga la miró duramente—. Bueno, está bien. Utilizaremos tu papel para algunos paquetes pequeños.

Un poco más lejos, en el mismo banco, las otras niñeras estaban sentadas en silencio.

—El parque está otra vez lleno —señaló Melissa.

—Debe ser alguna fiesta entre semana. El día de Garibaldi o algo así —dijo Emily—. Los americanos *siempre* lo celebran. Vi una fiesta de éstas la semana pasada. Estaban conmemorando la invención del pan prefabricado.

Ulina resopló. Sus ojos estaban húmedos.

—Hay algo de lo que ninguna se ha dado cuenta. Todos los que están aquí son hombres.

Hettie la miró con sorpresa, y después observó en derredor, suspicazmente. Reconoció un hombre de aspecto haitiano, detrás del alto guarda del parque, que parecía llevar mucho tiempo en la hierba. El guarda estaba otra vez recogiendo

papeles, pero en esta ocasión parecía tener problemas con el bastón. Lo levantaba muy a menudo y miraba su extremo. Los demás hombres parecían más o menos conocidos. Hettie advirtió que ninguno los miraba directamente. Esto, en sí, era sospechoso; los hombres normalmente miraban a Melissa.

Hettie decidió hacer una prueba. Recogió sus pertenencias y le dijo a Emily:

—Vuelvo enseguida. —Destrabó el cochecito del niño y lo condujo lentamente por el parque. Con el rabillo del ojo, observó que dos de los hombres comenzaban a moverse al mismo tiempo que ella. Llevó el cochecito más lejos.

Los hombres la siguieron. No había duda. El primero de los hombres tuvo mucho cuidado de que ella no advirtiera que la seguía. Fue el segundo el que le llamó la atención. Era evidente que seguía al primero. Dio la vuelta al lago y condujo el cochecito hacia donde estaban las demás.

—No miréis —dijo entre dientes a Emily—. Todos estos hombres nos vigilan. Deben ser policías. Diles a las demás que nos sigan y que no hablen. —Hettie condujo otra vez el cochecito, seguida esta vez por las otras niñas. Emily se reunió con ellas.

—¿Adónde vamos?

—Síguenos, chica. Lo hablaremos enseguida —dijo Hettie.

Dirigió la marcha hasta que llegaron a un lugar cercano al teatro al aire libre, y allí se paró.

—Bien, poned los cochecitos alrededor nuestro —ordenó.

Las niñas los dispusieron como los carromatos de una caravana en espera de un ataque de los indios. Se sentaron todas en el centro del corro. Los hombres se acercaron, pero no demasiado.

—Ahora —dijo Hettie. Se acercó al cochecito de Emily y sacudió al niño. Inmediatamente, el rabioso Lindon hizo una ruidosa protesta. Los otros niños hicieron coro. Las niñas quedaron rodeadas por un muro de lamentos.

—¿Qué demonios? —protestó Ulna.

—Deja que lloren. No les hace daño. Y necesitamos el ruido. Estos hombres nos siguen, seguro. Y este guardia del parque tiene un micrófono o no sé que en el bastón. He leído algo sobre esto. Lo ha apuntado hacia nosotras varias veces.

—¿Quiénes son? —preguntó Susan, preocupada.

—Deben ser policías —replicó Hettie.

—¿Por qué no nos detienen? —preguntó Ulna.

—Porque, naturalmente, no están seguros.

—Los policías de Nueva York son muy tenaces —dijo Melissa—. Investigarán hasta que consigan lo que buscan. Lo descubrirán.

—No descubrirán nada —dijo Hettie—. Si ya lo supieran, nos habrían arrestado. Simplemente quieren obligarnos a que demos un paso en falso. Tenemos que conservar la calma. No dejamos huellas en la sala del dinosaurio. Lo limpiamos todo. Es probable que en este momento estén siguiendo a todo el mundo en Nueva York.

No tenemos por qué preocuparnos. Recordad el consejo de Emily: actuad con perfecta naturalidad. Si los hombres os hablan, respondedles. No os asustéis. Y si alguien os pregunta sobre la cuestión, negad cualquier conexión con ella. Si todas hacemos lo mismo, no podrán probar nada. Lo que tenemos que hacer ahora es buscar coartadas.

Tardaron quince minutos en establecer sus coartadas. Finalmente se dieron por satisfechas.

—Pase lo que pase, no las cambiéis —previno Hettie—. Aferraos a ellas hasta el fin.

—Y este fin es muy probable que llegue —dijo Ulina—. Si nos cogen, nos pondrán en la cárcel y nos deportarán. Aparecerá en todos los periódicos ingleses: *News of the World*, *de People*...

Emily esgrimió el jersey, como una bandera:

—No nos cogerán. Hettie tiene toda la razón. Pero si nos cogieran —agitó otra vez su bandera—, pensad que lo hicimos por Gran Bretaña y Su Majestad, a quien Dios bendiga. —Las miró, con firmeza—. Estaría orgullosa de ir a prisión por mi país —hinchó el pecho de tal manera que Susan pensó que el almidonado delantal iba a estallar.

—Como diría el propio vigésimo quinto conde, «bravo, bravo».

Jumbo Hooligan estaba modelando madera. Era un trabajo complicado. Sostenía una embocadura de pipa por la parte sin tallar y la afilaba con la navaja. Su equipo estaba sentado en los sillones y lo observaba. Colocó la nueva embocadura en la cazoleta, gruñó en aprobación, y golpeó fuertemente con ella su mesa.

—Bien —dijo sopesando la pipa con la boca—. Adam recogió una buena información. El inglés que murió en las escaleras del museo era un agente del Servicio de Inteligencia británico. Hacía de correo para un agente de Hawai. —Se quitó la pipa de la boca y se rascó el cuello con la embocadura—. Y ahora malas noticias. La información que llevaba este hombre tiene una clasificación internacional de Rojo-Barra-Rojo. Y se ha perdido.

—Dios mío, jefe —dijo Boots.

—Sí... Jesús —recalcó Jumbo—. Y esto es lo que dijeron los de arriba en cuanto lo supieron.

—¿Qué es Rojo-Barra-Rojo? —musitó Willie a Huw, que estaba sentado a su lado.

—Toda información que puede llevar a Occidente a la guerra —contestó Huw, tranquilo.

—Dios mío, jefe —dijo Willie.

Jumbo Hooligan le miró.

—El agente inglés era conde de Hastings. Una especie de miembro de la familia

real. Tenía que entregar la mercancía dentro del museo. Pero murió antes de conseguirlo. La Embajada británica dice que no encontraron nada en su cuerpo cuando lo registraron. Y estaba envenenado.

—¿Envenenado? —preguntó Ivor.

—Sí, con su propia píldora.

—Pudo ser un accidente —insinuó Ulysses.

—Poco probable —dijo Adam—. Era hombre de gran experiencia. Y hay algo más. Todos los agentes anteriores, en la cadena establecida desde Pekín hacia aquí, murieron *después* de haber hecho la transferencia. Y el eslabón de la cadena ha desaparecido. Parece que no recogió nada del conde británico. En algún punto de la línea, los rojos la cortaron.

—¿Los rojos? —Willie parecía sorprendido.

—Chinos rojos —aclaró Adam.

—¿Así que las señoras son agentes chinos?

—Quizá sí, quizá no, Willie.

Hooligan golpeó la cazoleta de su pipa contra la palma de la mano.

—O sea, que así está la cosa. El conde inglés muere en las escaleras del museo, cuando va a salir. No ha establecido contacto con otro agente. Sin embargo, cuando la Embajada examina el cadáver no halla ningún mensaje. Dos de estas niñeras inglesas estaban con él cuando cae fulminado. Después desaparece el dinosaurio. ¿A qué nos lleva todo esto?

Hooligan observo a sus hombres.

—Está claro lo que sucedió, ¿no? Dios, tenemos que encontrar esos huesos. Estoy seguro que éstos y el mensaje están aún en algún sitio de la ciudad.

—La están peinando, Jumbo —dijo Adam—. Los chicos de la oficina están registrando edificios, manzanas abandonadas y parques. Pero la ciudad es muy grande.

Jumbo hizo dar vueltas a la pipa entre sus dedos.

—No tenemos mucho tiempo. Esos huesos serán enviados a alguna parte y alguien tiene prisa por sacarlos de aquí. Tenemos que llegar hasta ellos antes que los demás. Adam, comprueba el historial de las niñeras. Quiero algún dato sólido. Averigua si alguna de ellas estuvo de misionera en China antes de la guerra. —Hooligan hizo una pausa—. Y una cosa más, la Casa Grande me dio un mensaje para que os lo transmitiera a vosotros: *encontrad el Rojo-Barra-Rojo... y recuperad el dinosaurio o pronto estaremos todos expuestos en el museo.*

—No se preocupe, jefe —dijo Willie, con tono bondadoso—. No pueden hacerlo. Recuerde lo que dijo el presidente Jefferson. —Willie se levantó de la silla y se puso firme—: «Todos los hombres son creados libres, porque todos están dotados por su Creador con unos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la consecución de la feli...»

—Willie... *Siéntate* —rugió Jumbo.

Huw esperó hasta que el eco se apagó en la sala. Entonces dijo:

—Jumbo, ¿cree que podemos detenerlas y acusarlas, con las pruebas que hemos recogido en el museo?

—Chico, en el museo no hemos conseguido nada. Nada de nada. Lo único que hemos conseguido son pistas de identidad, pero ¿y hechos? ¿Qué crees que dirían de nosotros, hombres de ley, si tratáramos de descubrir un asunto de espionaje cargando el mochuelo a unas pobres niñeras, con sus cochecitos aparcados en los pasillos del tribunal? ¿Y con qué pruebas? ¿Un par de pelos, unos hilos de lana, unos perfumes complicados, polvos para niños y la huella de un pezón? ¡Sí! Una huella de pezón. Ni una oportunidad. Tenemos que aportar hechos. ¡Hechos consumados! —Jumbo no pudo resistir la tentación y pegó una patada a la papelera, que rebotó contra la pared. Sus hombres ni siquiera pestañearon.

Hooligan acabó de aplastar la papelera con el zapato.

—Tratamos con inglesas, y todos sabemos lo que esto significa. Si intentamos procesarlas con esta clase de pruebas, se pondrán tiesos y las destruirán de un plumazo.

Ulysses miró a Hooligan.

—Jefe, creo que las niñeras saben que las seguimos. Quizá no nos han localizado, pero es imposible que no se hayan percatado del círculo de espías que las rodea.

Hooligan gruñó:

—Bien. Entonces, presionémoslas un poco —dijo—. Apretaremos más las clavijas. Haremos evidente nuestra vigilancia. Seguidlas de cerca, muchachos. Tratad de asustarlas para que se pongan en acción. Quizá si las acorralamos, una de ellas hable.

—¿Qué insinúa, jefe? —preguntó Willie—. ¿Quiere que les peguemos? Yo no podría pegar a una señora. Mi mamá nunca me lo perdonaría.

—No, hombre. No pegarles, sólo molestarlas un poco. Separadlas. Preguntadles. Pero, recordad tratadlas bien y con educación. Son ciudadanas británicas, no lo olvidéis. No queremos un incidente internacional.

Hooligan miró a Ulysses.

—Al salir, pide a Sheba que llame a la oficina Dos-O. Que les diga que necesitamos usar su estación para el trabajo. Me reuniré con vosotros dentro de media hora. Cada uno informará sobre la que haya seguido —les despidió con un leve gesto y una feroz patada a la ya aplastada papelera.

—Eh, jefe —dijo Willie, cuando llegaba a la puerta—. ¿Quiere saber algo?

Hooligan frunció el ceño con ferocidad.

—¿Qué?

—A juzgar por el daño causado por el impacto, calculo que la papelera ha salido disparada a sesenta kilómetros por hora. Esto significa que la energía que ha invertido usted...

—¡Vete a hacer puñetas! —rugió Hooligan.

Poner al gordo Pi Wun-tun dentro de la secadora resultaba algo difícil, aún contando con los esfuerzos combinados de todo el equipo de Tse Eih Aei.

—¿Por qué no ponemos dentro sólo la parte superior? —sugirió Fat Choy.

Pi Wun-tun sumergió la cabeza en la abertura, mientras los espías le empujaban por detrás. Sus hombros se atascaban en los bordes del agujero. Lo sacaron otra vez. Se pasó una mano por la sudada frente.

—Lo hacemos por su propio bien —dijo Fat Choy.

—Entonces recuerden que *no* tienen que acabar conmigo. Se trata solamente de un tratamiento correctivo..., un leve tratamiento correctivo —pidió Pi Wun-tun.

—Si trata usted de entrar solo —dijo Sam Ling, mirando la recia estampa de Pi Wun-tun, y la estrecha abertura de la maquina—, constará en el informe como un curso de reeducación.

Pi Wun-tun suspiró, se quitó los zapatos, y puso una pierna dentro de la secadora.

—Supongo que no servirá de nada que pida disculpas otra vez —preguntó, esperanzado.

—No —dijo Lui Ho—. Deje ya de charlar y métase dentro. Ya era suficiente motivo el que leyera literatura capitalista obscena, pero esconder un *New York Nudes at Night* dentro del libro autografiado, de citas, de nuestro querido Mao...

—De todos modos, el tratamiento durará sólo cinco minutos —dijo Sam Ling, tratando de consolarle.

Pi Wun-tun metió más la pierna.

—Tendrán que ayudarme —dijo—. No puedo levantar las dos piernas del suelo al mismo tiempo. —Los demás espías levantaron sus hombros mientras él trataba de meter la otra pierna en el interior del tambor—. Ahora, empujen.

Empujaron durante varios minutos. Pi Wun-tun fue desapareciendo gradualmente dentro de la secadora. Sólo su cabeza sobresalía por la puerta.

—No sirve —dijo—. No puedo meterme ahí dentro.

—Pon el motor en marcha, entonces —ordenó Lui Ho. Los espías buscaron en sus bolsillos monedas de un cuarto de dólar para poner en la máquina. Se encogieron de hombros—. ¡Obstruccionistas! —gritó Lui Ho—. ¿Nadie tiene una moneda? El equipo se quedó en silencio.

—Yo tengo —dijo Pi Wun-tun, servicial, con la cabeza fuera de la secadora, como la de un aristócrata francés que hubiera sido cortada por la guillotina—, pero en el bolsillo trasero.

—A veces me pregunto cómo nuestro amado país tolera a tantos imbéciles —se lamentó Lui Ho.

Por una sola vez, Sam Ling estaba totalmente de acuerdo con su camarada jefe.

Los espías cubanos, rusos, griegos, italianos, franceses y alemanes se atropellaban ante la jefatura de policía del Distrito 20, cuando Jumbo llegó allí. Notó que faltaban los chinos.

Hooligan saludó a los agentes y subió las escaleras de dos en dos. Una muchedumbre invisible, pero audible, le detuvo ante la puerta. Se quedó helado. Deseó haberse acordado de decir a sus hombres que no trajeran a las niñeras con sus críos.

Hooligan vaciló, y después entró decididamente. La oficina de enfrente era un auténtico caos. A la derecha, en el escritorio verde pálido, estaba sentado un teniente, balanceando las piernas. Sostenía un niño que chillaba, boca abajo sobre sus rodillas mientras él cantaba, con desafinada voz juvenil, algo sobre los viejos soldados que nunca mueren. Golpeaba suavemente el trasero del niño siguiendo el ritmo.

Los pies de Ulysses Pilgrim estaban en el centro de la habitación. Estaba tirado en una silla. Su cabeza parecía desfigurada. Su ojo derecho tenía un color púrpura brillante. Un hilo de sangre, que le caía de la nariz, corría por sus labios. La más joven de las niñeras estaba atendiéndole. Le vendaba la frente, con una venda de diez centímetros de ancho.

Otra de las niñeras, junto al coche de su niño, parecía sufrir un ataque convulsivo. Estaba sentada y levantaba la cabeza, con los ojos cubiertos de lágrimas, estornudando constantemente. Su niño la secundaba, con gritos penetrantes.

La niñera de pelo rojo sostenía una pelea a gritos con Ivor. En el momento en que Hooligan miró, ella agarraba a Ivor por la oreja. Huw, al otro lado de la habitación, dio un salto, se llevó la mano a la oreja y gritó a su hermano:

—¡Déjala!

Junto al aparato de radio, una vieja niñera vociferaba frente a un policía joven y muy timorato que se apartaba del escritorio, tratando de alejarse de la furiosa mujer. Ella acercaba su cara a la de él. Hooligan no pudo oír lo que decía, pero no cabía duda de que el joven policía sí podía.

A su izquierda, en el banco, estaba sentada la mayor de las niñeras. Parecía desentenderse de todo. Estaba tranquila en medio del huracán de ruido y confusión. Tejía una prenda con los colores del arco iris, mientras su niño, en el cochecito, se inclinaba para golpear, con una porra de policía, el viejo radiador de calefacción.

Jumbo Hooligan miró la escena. El ruido era ensordecedor. Los guardias fuera de servicio estaban en el corredor que daba a su sala de descanso, observando. Hooligan miró el cartel que estaba colocado sobre la puerta: «Tenga consideración con sus vecinos. Guarde siempre silencio». Frunció el ceño.

—¡Cállense...! —gritó. Nadie le oyó. Probó de nuevo—. ¡Silencio! —Su voz se perdió en el griterío. Recordando algo que había aprendido en las primeras lecciones, bajó la voz a un tono normal y dijo—: Bien, a ver todos, por favor, cállense. —Se

hizo el silencio. Todos se volvieron a mirarle.

Abrió la boca para hablar. Y otra vez se organizó el pandemónium.

—¡Silencio! —gritó. Se hizo otra vez el silencio. Habló rápidamente, para sacar ventaja de la situación—. Bien, pongamos un poco de orden en esta reunión. Señora... —señaló a la niñera que tenía al policía pegado al despacho—. Señora, me gustaría hablar con usted. Por favor, pase al despacho.

Hooligan se volvió a los demás:

—Y ustedes traten de calmarse. —Abrió la puerta del despacho y dejó pasar a la indignada niñera. Empezó a hablar, pero ella le interrumpió:

—Mire, buen hombre. Nos preguntamos si usted se da cuenta de que somos súbditas británicas de Su Majestad. No tiene el más mínimo derecho a retenernos aquí sin ningún motivo.

Hooligan trató de hablar nuevamente.

Ella le cortó:

—No trate de engañarnos con explicaciones lamentables —gritó—. Queremos saber la verdad. ¡Nuestra reina se enterará de todo esto! No puede usted usar estas tácticas trasnochadas con Hettie MacPhish. Hemos curtido pieles más respetables que las suyas. Los traseros de los niños reales. Y podemos hacer lo mismo con usted.

Jumbo Hooligan miró en derredor para ver a la otra persona. Decidió que era esquizofrénica. Se quedó sorprendido de la cantidad de palabras que podía articular con un sólo respiro. Ella empezó de nuevo.

—Y ¿quién es usted, amigo? ¿Cuáles son sus credenciales? Pedimos ver al embajador británico enseguida. Éramos niñeras de su sobrino. ¿Y qué ocurre con los niños? Hace rato que ha pasado la hora de su comida. ¿Cómo se han atrevido sus hombres a poner sus manos sobre nosotras? Bien, vamos, díganoslo.

Hooligan lo intentó.

—Lo siento, señora. Sólo quería... Sólo quería preguntarles...

Hettie le interrumpió de nuevo.

—Por Dios, joven, hable. No masculle.

Hooligan tartamudeó:

—Yo... quiero decir... mi departamento... Hemos tratado de esclarecer algunos detalles.

Hettie se aferró a la palabra.

—¿Detalles? —Su nariz se encendió por la ira—. ¿Detalles? Usted debe estar chiflado. ¿Se atreve a traernos aquí sólo para hablar de detalles? Pero ¿cómo es posible? Traernos aquí para hablar de detalles. Usted y todo su departamento, deben estar locos.

Hooligan puso la mano en el brazo de la mujer. Fue un triste error. Ella le golpeó inmediatamente con el bolso.

—Tome, patán. ¿Cómo se atreve a poner la mano sobre una ciudadana británica? ¡Asaltar a una dama! —Le volvió a golpear. Jumbo Hooligan retiró la mano—.

¡Policía! —gritó Hettie—. ¡Policía! ¡Nos atacan! ¡Policía! —golpeó a Hooligan por tercera vez. Retrocedió tan aprisa como su cuerpo se lo permitió—. ¡Villano! ¡Demonio! —chilló Hettie—. ¡Socorro, policía!

Willie Halfinch entró en el despacho, pistola en mano.

—Por Dios, no —gritó Hooligan—. Soy yo, idiota. Saca a esta loca de aquí. Dejadla en libertad. Decidle que se vaya a casa. —Se quedó un momento pensando—. No, no le digáis que se vaya a casa. Llevadla a casa.

Willie volvió a colocar el arma en la pistolera.

—No tengo coche, jefe —dijo.

Jumbo Hooligan buscó en el bolsillo. Sacó un billete de diez dólares y se lo tiró a Willie.

—Llévala en taxi. —Pensó en la esquizofrenia de la mujer—. Dos taxis si insiste. Pero ¡llévatela!

Hettie levantó la barbilla, se arregló el uniforme, y alzó la nariz contra Hooligan.

—Y no pierda tiempo, chico —dijo.

Al cruzar la puerta, oyó como ella ordenaba a Willie:

—Antes, consíganos leche esterilizada de su cantina. Hace rato que Simone debería haber comido.

Jumbo Hooligan se derrumbó en el sillón, sacó el pañuelo y se enjugó la cara. El inspector miró la papelera, no tuvo fuerzas. Necesitó un cuarto de hora para calmarse. Fuera del despacho el ruido continuaba. Finalmente, se puso en pie y salió.

Un policía, haciendo balancear su porra, se desplazaba pesadamente hacia la sala de reuniones. Comenzó a abrirse camino entre los que gritaban. Hooligan le vio. Recordaba su nombre porque se decía que era el policía más feo de la ciudad.

—Porcello —gritó Hooligan. Decidió que tenían razón. Vitorio Porcello^[2] era feo, incluso antes de que se hiciera boxeador. Había comenzado con una nariz larguísima, que le habían aplastado en los veintisiete combates como profesional, y que ahora le cubría la mitad de la cara. Sus jefes le consideraban la reencarnación del hombre de Neanderthal, y era muy solicitado para hacer frente a los incidentes estudiantiles. Aterrorizaba a los estudiantes.

—Hola, míster Hooligan —dijo Porcello, acercándose—. ¿Me llamaba?

Jumbo Hooligan olía el ajo a cinco metros de distancia. No se extrañaba de que le llamaran Porcello.

—Sí; ayúdeme, ¿quiere? Traiga aquella mujer —Hooligan señaló a Ulina, que aún estornudaba, sentada en el banco. Porcello asintió con la cabeza. Hooligan volvió a entrar en la oficina.

Unos segundos después, Porcello regreso con Ulina. Ella se desplomó, agradecida, en una silla.

Jumbo Hooligan ensayó su mejor sonrisa. Caminó lentamente hacia ella y le puso suavemente la mano en el hombro. Ulina estalló en un fuerte estornudo.

—Señora —comenzó. Otro estornudo le detuvo—. Señora... —comenzó de

nuevo. Ella estornudó, aún más fuerte.

—¡Attchís! —volvió a estornudar con los ojos llorosos y las mejillas mojadas por las lágrimas—. Lo siento, ¡aaat... chís!

—Señora —dijo Hooligan por tercera vez—. Sólo quería... —Su voz quedó ahogada por dos rápidos estornudos—. Por Dios, señora —Hooligan miró a Porcello, que se encogió de hombros.

—Supongo que debe ser una especie de gripe, señor.

—Lo que faltaba —dijo Hooligan, calculando el tiempo para que sus palabras coincidiesen con el intervalo en que Ulina no estornudaba—. Mire, señora, tengo unas preguntas que hacerle...

—Lo siento —musitó Ulina—. No puedo hablar. Soy alérgica. Imposible. ¡Aaaatchís! —trató de ahogar el estornudo en su mojado pañuelo.

Hooligan se sentó pesadamente en el borde de la mesa.

—Llévesela —dijo resignadamente a Porcello—. Denle algo de beber, cualquier cosa. La veré más tarde.

Siguió a ambos y miró en derredor. Vio a Pilgrim, sosteniendo la cabeza, muy vendada, entre sus manos.

—Ulysses —gritó—. Ven aquí. Quiero hablar contigo y con la chica.

El zarandeado Ulysses se levantó de la silla con la ayuda de Susan, que le rodeó con el brazo. Hooligan esperó a que entraran en la oficina y cerró la puerta. Se volvió de repente.

—Míreme —rugió.

La joven niñera palideció. Jumbo Hooligan estaba satisfecho. Aquélla sería más fácil que las otras. Podía vencer su resistencia.

Ulysses levantó la única ceja sana.

—Míreme —rugió Hooligan de nuevo—. Ya estoy harto de todo este asunto. Quiero la verdad. Y ahora mismo. —Su cara estaba tan cerca de la de Susan que pudo sentir el aliento de ella en sus mejillas—. La verdad —pidió con la cara aún más cerca de ella. Sus caras casi se tocaban, cuando ella le mordió—. ¡Ay! —gritó Hooligan, saltando para atrás tan rápidamente que cayó sobre la silla. Se palpó la nariz. Estaba sangrando.

—Lo ziento mucho —dijo Susan, muy educadamente—. Pero pensé que uzted iba a atacarme. Mamá me dijo que lo mejor que ze puede hazer, cuando la atacan a una, ez morder. ¿Le duele mucho?

—¡Uhhh! —dijo Hooligan con los dedos en la ensangrentada nariz—. Ataque a la ley. La encerraré para toda la vida.

Pilgrim miró a su jefe, compasivamente.

—A mí me dieron por dos lados, jefe. Fui a detenerla, como usted dijo, y un joven guardia de Central Park creyó que iba a agredirla. Así que me atacó con la porra. Traté de contenerle, pero ella se unió a él. El espía griego McGraw me salvó.

—La voy a matar —gritó Hooligan—. Sacadla de aquí. Sacadlas a todas de aquí.

Las niñeras estaban en grupo junto a la jefatura del Distrito 20. Hettie parecía satisfecha.

—¿Dijiste algo? —preguntó a Susan.

—Nada, pero mordí a uno.

—Maravilloso, maravilloso —dijo Ulina.

—Sí, maravilloso —se congratuló Emily.

—Demasiado bonito para decirlo con palabras —dijo Ulina, otra vez.

—Por Dios, mujer —saltó Hettie—. No tienes que estar repitiéndolo todo el día.

Ulina la miró, soñadora:

—Es tan hermoso... —añadió.

Hettie la sacudió por el brazo. Ulina se estremeció y parpadeó.

—Ha pasado. Ha ocurrido —dijo.

—¿Qué cosa? —preguntó Melissa.

—No estornudé ante su presencia —dijo señalando las escaleras donde estaba Porcello, montando guardia en la puerta, como una gárgola—. No me afectó. Mira —subió las escaleras y le dio a Porcello un golpe con la mano. Éste la miró asombrado. Ulina sonrió—. Mira, no estornudo.

—Sorprendente —dijo Hettie.

—Absolutamente sorprendente —subrayó Emily, mirando a través de sus impertinentes.

Melissa miró a Porcello.

—Pobre Ulina —dijo.

Jumbo Hooligan se quedó junto a la ventana del despacho, mirando hacia abajo, al grupo de niñeras y sus coches que estaban en la calle. Salió y cerró la puerta con los hombros. Miró detenidamente la papelera. Era maciza y pesada. Se quedó observándola. Consideró el hecho de que pertenecía a otra persona; después, dio un salto y cayó sobre ella. Se oyó un *crack* y un grito de dolor.

Hooligan cayó al suelo junto a la papelera, que estaba intacta. Miró con horror su tobillo. Tenía un aspecto extraño. De pronto se sintió mal. No cabía la menor duda de que estaba roto. La papelera, de hierro colado, no se había movido.

Hooligan llevaba dos vendajes, uno en cada extremo. El esparadrapo de la punta de la nariz le hacía parecer ligeramente bizco. Levantó la cabeza y miró su tobillo enyesado que colgaba incómodamente al extremo de la cama.

—Es una fractura estupenda —dijo el cirujano—. Muy intrincada y complicada..., muy rara. Ha despertado el interés de todos. He guardado para mí una copia de las radiografías.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Hooligan con voz cansada.

—¡No sea usted pesimista! Muy poco tiempo. Muy poco, de verdad.

—Y ¿cuánto es muy poco?

El cirujano se mantuvo profesionalmente alegre.

—¡Oh, unos tres meses! —rió.

Si Hooligan se hubiera encontrado en forma, probablemente hubiera saltado y aplastado una papelera.

—Penoso —dijo Adam, detrás de la pierna suspendida de Hooligan—. Realmente penoso. Y esto en el momento en que pensábamos que habíamos llegado a algo concreto. Pero creo que podrá seguir pensando en el asunto desde aquí.

Hooligan meditó un momento antes de hablar. No deben cometerse faltas ante un segundo en el mando, tan brillante como Adam.

—He pensado en esto —dijo—. Estas damas no reaccionan como personas normales. Son estrafalarias. Tendremos que enfocar el asunto de otra manera.

—Yo creo lo mismo —dijo Adam—. La última vez lo intentamos todo, excepto las porras. Son un grupo extraño, de acuerdo. No he descubierto gran cosa de ellas hasta ahora, pero la Embajada británica trata de conseguir datos en Inglaterra. También podríamos hacer algo por medio de Porcello. Tuvo éxito con la niñera que es alérgica a los hombres. Parece que es el único hombre con quien se ha encontrado que no la hace estornudar.

Jumbo Hooligan miró por la ventana, y observó los remolcadores que pasaban por el río, antes de contestar.

—Todavía sigo creyendo que podemos hacer un trato con ellas. Quizá deba intentarlo otra vez. Tráeme a la loca a quien no interrogué. La más vieja. Quizá sea ella el jefe.

Adam tendió una pequeña caja decorada a Hooligan.

—A propósito, todavía quedan chokolatines, Jumbo. Ya hemos vaciado esta caja. Es de Petrov. Ésta es la caja número quince que ha recibido.

—Catorce —corrigió Hooligan—. Y si alguna vez pongo las manos encima de este Lui Ho, le voy a meter por el trasero su botella de ginebra.

Emily se colocó junto al escayolado pie de Hooligan y le sonrió. Con el esparadrapo en la nariz le recordaba a uno de los ositos de Hettie. Hizo media reverencia.

—Siento verle en ese estado, señor.

—¡Uh! —replicó Hooligan. La pierna y la nariz le seguían doliendo—. Quiero hablarle de ese maldito dinosaurio. —Trataba de conservar la voz suave, el tono razonable—. Mire, señora. Ha llegado el momento de que tengamos una pequeña charla. Sabemos que usted lo hizo desaparecer.

Vio la mirada de terror de Emily.

—Muy bien, no se moleste. Tenemos todas las pruebas necesarias para una acusación, y no hago bromas. Las hemos seguido durante todos los minutos del día

desde hace tiempo. Lo sabemos absolutamente todo... No me interrumpa, señora. ¿Sabe usted, que puedo meterlas en la cárcel para siempre? ¿Me entiende? *Para siempre*. Así que vamos a hacer un trato. Díganos dónde está el dinosaurio y trataré de portarme bien con ustedes. Ahora, como persona razonable...

Emily le interrumpió:

—¡Oh, qué horror! ¡Cuánto lo siento por usted, míster Hooligan! ¿Cree *realmente* que yo puedo robar un dinosaurio de un museo? ¡Una cosa tan enorme! Sin embargo, tengo una idea. Quizá pueda ayudarle.

Jumbo Hooligan se incorporó tanto como se lo permitió el aparejo de su pierna. Emily se inclinó hacia él y le musitó algo. Un suspiro de desaliento escapó de la boca de Hooligan. Se hundió en la almohada.

—Tonterías. Nada más que tonterías —gruñó mientras se golpeaba la frente con la palma de su mano.

—No, de verdad. Lo digo en serio —continuó Emily confidencialmente—. Mi amiga ha perdido el canario. Y a las dos horas de haberlo anunciado en el *New York Times*, docenas de personas le telefoneaban para venderle un sustituto. Quizá pueda conseguir un dinosaurio de esta manera. No creo que los del museo noten la diferencia. Después de todo, un dinosaurio es igual a otro dinosaurio.

Jumbo Hooligan se volvió a incorporar, maldijo cuando el tobillo le recordó dolorosamente su situación y volvió a caer sobre la almohada.

—Bien —dijo—. He intentado ser generoso. Ahora voy a decirle una cosa. Voy a abrir otra vez Alcatraz para ustedes. Pasarán el resto de la vida allí dentro. Solas. Y cuando salgan, las deportarán, en jaulas.

—Me gustará verlo —dijo Emily. Recogió el bolso, volvió a colocarse los impertinentes en su lugar y sonrió de nuevo—. Que tenga muy buen día, míster Hooligan.

Algo se movía entre las acciones y obligaciones. Subían y bajaban rápidamente. Billie Big Canoe abrió un ojo e inclinó los pelos de su barbilla hacia la sección financiera del *New York Times* que le había servido de manta durante la noche.

Maritime Motors parecía haber llegado a su punto álgido. Estaba un poco preocupado con Amalgamated Faucets, cuyo precio había estado inmovilizado en el mercado durante el mes anterior. Aspiró profundamente; y no porque necesitara más aire. Esto le permitía leer el resto de la columna, sin necesidad de sacar las manos de los bolsillos en aquella fresca mañana.

Billie Big Canoe era un experto en finanzas. Pasaba mucho más tiempo estudiando la Bolsa que buscando trabajo. Después de leer cuidadosamente durante cinco minutos, sacó del bolsillo una andrajosa libreta. Una nueva búsqueda por los bolsillos y un lápiz mordisqueado apareció en sus manos. Hojeó las páginas, hizo algunos números y unos rápidos cálculos mentales.

Desde marzo, había conseguido unas ganancias financieras de más de un millón de dólares. Si hubiera tenido los primeros mil dólares que necesitaba, sería ya millonario. Pero Billie Big Canoe no tenía ni para comprarse una hamburguesa.

—¿Cómo va hoy el mercado? —preguntó la voz de Herman desde el banco próximo. Billie y Herman formaban una rara pareja. Tenían poco en común, aunque habían viajado juntos durante casi veinte años. Sus intereses estaban divididos, como consecuencia de compartir las mismas ropas de cama. Todos los días buscaban un ejemplar del *New York Times* y todas las noches se lo repartían. Billie cogía las páginas financieras y de noticias; se había convertido en un experto en la Bolsa. Herman prefería los deportes y las notas de sociedad. Conocía a todas las celebridades por el nombre, sus idas y venidas, sus intrigas y escándalos.

Billie respondió por cortesía:

—El mercado está bien. El dólar sube. ¿Cómo va el resto del mundo?

Herman miró el periódico que estaba sobre su pecho.

—No pasa gran cosa. Veo que Hazel Willingboddy se ha marchado otra vez a Italia con ese nuevo *gigoló* amigo suyo.

—Huy, huy —gruñó Billie Big Canoe. Encontraba aburridas las notas de sociedad de Herman.

Se levantó, hizo una pelota con el periódico y lo echó detrás del banco. Después se desperezó y frotó sus brazos y sus piernas para desentumecerlos.

La parte delantera de la camisa de Herman se levantó y una espiral saltó a la vista. «Euclide», su pitón, trataba de abrirse paso por el túnel de los viejos tejanos de Herman. Herman luchó, pero la serpiente venció. Soltó la cola y la serpiente sacó la cabeza por la cadera de él. Herman cogió la pitón, se la enroscó al cuello y se levantó.

—Ya la tengo —sonrió a Billie Big Canoe—. Causa problemas porque sabe que el invierno se acerca. Quiere encontrar un sitio cálido.

—¿Por qué demonios tienes que tener una serpiente como animal doméstico? Un perro está bien; pero por Dios, ¡una pitón! No hace otra cosa que molestar.

—Bueno, pero tampoco tiene pulgas. —Herman dio unos golpecitos a la delgada cabeza de a Euclide—. Y, además, yo no la escogí. Me la dieron.

Herman era el hombre con menos éxito del mundo. «Euclide» le hacía recordar esto. Herman había llamado a una pequeña casa de un suburbio. La dueña había sonreído cuando él preguntó: «¿Tiene algo en casa que no le sirva?» Volvió unos momentos después con una maleta y se la dio. Herman oyó que cerraba la puerta y entonces vio que la maleta se movía. Hacía falta valor para mirarla, pero más aún para manejar una serpiente. Trató de venderla, pero finalmente decidió quedarse con ella. Y ahora vivía enroscada a su cuello, durante el día y bajo sus ropas, por la noche. Herman era el único amigo que tenía en el mundo.

—Quítala de aquí y vamos a ver si Albie nos da un poco de café.

Caminaron lentamente por la ciudad. Aún faltaba bastante para la hora de más tráfico en Nueva York. Herman vio a un hombre solo, bien vestido, con su cartera de documentos bajo el brazo, que iba por la avenida en dirección a ellos. Le interceptó.

—Oiga, señor. ¿Tiene cambio de un billete de cinco mil dólares?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Puede prestarnos dinero para un café? Sólo hasta que abra el Chase Manhattan Bank.

El hombre buscó entre las monedas que llevaba y le dio una a Herman. Herman respondió con una amplia sonrisa. El hombre le sonrió a su vez; era una hermosa mañana.

Fueron hasta una casucha de madera situada junto a un gran edificio y allí se quedaron hasta después del mediodía, tomando café con Albie, un vagabundo renegado que trabajaba como vigilante. Fumaron el último de los cigarrillos que habían comprado con el dinero que les dio el hombre de la cartera. Y después se fueron a pasear, lentamente. En el cruce de la Quinta Avenida con la Calle 42 Este, una voz, con fuerte acento de Brooklyn, les detuvo.

—Dios mío —exclamó el policía—. ¿Todavía os estáis paseando por mi territorio? ¿Por qué no os vais hacia el sur con los demás? Va a hacer mucho frío en Nueva York este invierno.

—Hemos estado pensando en esto, Joe —dijo Billie.

El guardia les miró de arriba abajo.

—¿Qué, no habéis comido todavía?

—No —dijo Herman—. Sólo hemos tomado café.

—Aquí tenéis —el guardia metió la mano en la chaqueta—. Tomad esto. Nellie siempre me da *blutwurst*. Ya no lo aguanto más —mintió, y les tendió el aplastado paquete que contenía su almuerzo—. Y ahora, andando —añadió, mientras miraba a Billie y a Herman con una ira teatral exagerada—. Salid zumbando. Y que no os vea por aquí hasta la primavera próxima. Porque, si os veo, os voy a perseguir a tiros.

Los tres sonrieron. Era una tarde agradable.

A primeras horas de la noche, los dos vagabundos habían llegado a la orilla de East River. Una niebla otoñal empañaba la luz del otro lado del río y daba un color azul grisáceo.

Herman dijo a su amigo.

—¿Qué te parece si vamos a Welfare Island y buscamos allí un sitio para dormir? Aquellos viejos edificios deben ser calientes.

—Está bien —dijo Billie. Pensaba en la humedad de la noche anterior—. El otoño viene aprisa. Un par de semanas más y haremos lo que ha dicho Joe: irnos al sur.

Era ya noche oscura cuando pasaron por el puente Queensboro, y bajaron a las islas. Evitaban caminos principales y a los porteros y guardianes del hospital, y siguieron el curso del río hacia los edificios abandonados. Billie los miró, con ojo profesional. Rechazó los primeros por húmedos e incómodos, pero se detuvo frente a uno que aparecía habitable.

—Aquí —dijo, y señaló la puerta con la cabeza. Estaba cerrada. La empujó con el hombro. Se abrió. Dentro estaba ya oscuro. Tropezó con algo. Se oyó un fuerte ruido.

—Cuidado —dijo—. Este sitio está lleno de madera.

Herman le siguió. Se oyó el ruido de una cerilla al encenderse. Billie Big Canoe sostenía la cerilla por encima de su cabeza.

—¡Jesús! ¡Huesos! Debemos estar en el cementerio.

La cerilla se apagó. Encendió otra.

—Éstos no son huesos de persona —dijo Herman—. Son muy grandes. Son huesos de animal. Apostaría a que son huesos de elefante. Quizá sea uno de esos cementerios de elefantes de los que has leído algo. Ya sabes, el sitio donde van a morir...

—¿Estás loco? ¿Te crees que los elefantes van a atravesar el Atlántico a nado sólo para poder morir en Welfare Island? Supongo que cualquier compañía cinematográfica los ha dejado aquí. O a lo mejor los usaban para estudiar cuando esto era un hospital. Quizá incluso, alguien los dejó a los laboratorios en su testamento.

—Aguanta a «Euclide» hasta que saque la vela, ¿quieres? —Herman desenroscó a su animal y se lo pasó a Billie.

Billie extendió la mano y la hizo oscilar hasta que tocó la serpiente. En la semioscuridad, era aún más desagradable.

—Date prisa —gruño—. Este condenado bicho me corta la circulación.

Herman buscó entre sus pocas pertenencias en su vieja guerrera y sacó una retorcida vela de sebo. La encendió.

Miraron a su alrededor. Billie encontró un colchón maltrecho que se estaba desintegrando en el pasillo. Lo arrastró y lo golpeó después hasta convertirlo en una estera.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó Herman—. Me estaba imaginando un filete frito. Y dos huevos, tomates, champiñones e incluso un poco de vino; y una mesa con un mantel limpio.

—Bueno, tenemos medio *blutwurst* y dos manzanas.

—Joe —el policía— tenía razón —dijo Herman—. Esto es horroroso.

—No sientes ninguna gratitud —Billie le tendió una manzana y la mitad del bocadillo.

—Sabes, amigo —Herman suspiró entre dos bocados—. He estado pensando. Esta Hazel Willingboddy... una dama de su categoría... Tiene todo lo que quiere. Todo. Dinero, grandes hoteles, vestidos... Sabes, nunca la he visto llevar el mismo vestido en las fotos. Apostaría a que se cambia las bragas cada día.

—Tonterías —le interrumpió Billie—. ¿Por qué siempre estás dándole vueltas a lo mismo? He oído el nombre de esta señora veinte veces en una semana. —Sacó uno de los huesos y lo colocó, como si fuera un sillín, para leer así el periódico. La vela brillaba, su resplandor amarillo confería un color raro a la piel de los hombres—. Eh —dijo de pronto, excitado—. Estos huesos, Herman. ¿Son de verdad o son de piedra?

—¿Qué quieres decir con si son de verdad o de piedra? ¿Piensas que pueden ser de malvavisco?

—No, en serio. Mira uno de estos huesos.

—Y ahora, ¿quién es el que está loco?

—Ráspalo con la navaja.

Herman sacó su vieja navaja y trató de raspar el hueso más cercano. Parecía sorprendido.

—Esto es piedra..., no son huesos. Parecen de cemento. Deben ser parte de una estatua. Quizá podamos venderlos. ¡Billie, eres un genio! Quizá se los podamos vender a un coleccionista, o a un anticuario.

—Podemos hacer algo mejor que esto, amigo. —Billie se puso en pie, y puso el periódico delante de la cara de su amigo—. Mira este trozo de la derecha. Si no me equivoco, éstos son los huesos que andan buscando. Aquí dice huesos de dinosaurio. Y hay una recompensa. Añade que el museo pagará diez mil dólares. Y aquí tenemos los huesos. ¡Caray, diez de los grandes!

—Creerán que los hemos robado —advirtió Herman—. Los policías nos meterán en chirona. Puedes apostar tu vida a que no nos darán la recompensa. No dan recompensa a vagabundos.

—No. Esto es auténtico. Se trata de un museo. Nos pagarán la recompensa.

—¿Cómo vamos a decirles que hemos encontrado los huesos? Si los dejamos aquí, cualquier otro puede encontrarlos.

—Tenemos que telefonarles. Yo voy a telefonarles y tú te quedas aquí de guardia.

—Es de noche —dijo Herman—. En el museo no habrá nadie importante a esta hora. Y además, no tenemos entre los dos ni para una ficha de teléfonos.

—¡Dios mío! Diez de los grandes esperando. Y lo único que necesitamos son diez centavos. De acuerdo. Nos sentaremos aquí hasta que se haga de día. Entonces, les iré a ver.

Billie miró el montón de huesos que representaban una fortuna para él y para su compañero.

—¿Qué estás mirando?

—Nada —replicó Billie—. Sólo pensaba.

—¿Pensabas en el dinero?

—Algo así.

—¿Qué quieres decir con algo así? Me haces gracia. Parece como si fuera la primera vez que me ves.

—Nunca había estado tan cerca de diez mil dólares. Los miraba y pensaba que eres un vagabundo ruin. No sé si puedo fiarme de que vigiles los huesos mientras yo voy al museo.

—Te has fiado de mí durante veinte años.

—Sí, pero no con mi dinero —dijo Billie—. A las tres semanas de tener el dinero en el bolsillo ya estarías en mi buhardilla, sableándome —dijo mirando fijamente a Herman—. Yo sí sé lo que va a pasar. Te lo gastarás como un loco; vivirás a lo grande; unas copas a tu propia salud; collares de oro para la serpiente. ¿Cómo demonios quieres que te mire?

Billie Big Canoe miraba el montón de huesos, ahora ya oro de veinticuatro quilates, a la luz de la vela.

—Estos huesos son nuestro Klondike particular y no queremos que nadie nos los quite, por esto tenemos que montar guardia. Y tampoco queremos que los encuentre la policía —parpadeó de repente—. Herman, apaga la vela. Rápido.

Herman sopló. La luz se apagó.

—Eh, Billie —se oyó su voz en la oscuridad—. ¿Cómo voy a hacer para estar despierto toda la noche?

—Monta la guardia; como cuando estábamos en el ejército.

—Pero, Billie, cuando montábamos guardia en el ejército, nos dormíamos. ¿No te acuerdas?

—¡Cállate! —ordenó Billie—. Y mantente despierto. —Su mente ya estaba trabajando en todo un sistema de inversiones.

Se despertaron simultáneamente a mediodía. Billie protestó.

—Me has engañado. Te dije que estuvieras despierto y te has dormido. —Miró en derredor rápidamente, para asegurarse de que los huesos estaban aún allí. El montón estaba polvoriento y parecía de muy poco valor a la pálida luz que se filtraba por las viejas ventanas.

—Yo no dormí —mintió Herman—. Tú te dormiste. Te vigilé.

—¡Qué vas a vigilar tú! —dijo Billie—. Bien, de todas formas, aquí están todavía. Y aquí estamos nosotros. Déjame ver otra vez el periódico.

—¿Cómo vas a decírselo al museo? —preguntó Herman.

—Voy a ir allí. Tú te quedarás para vigilar los huesos —la voz de Billie se hizo amenazadora—. Si te mueves un solo centímetro, si dejas que un solo vagabundo venga aquí, te mato. Voy a tardar bastante en ir hasta el museo a pie.

—No te van a creer —dijo Herman—. Creerán que es una broma. ¿Cómo vas a hacerles creer que tienes los huesos aquí?

—Me llevaré uno. —Billie miró en derredor y seleccionó la vértebra más pequeña. La envolvió en el periódico y la colocó en su mochila.

—No dejes que te engañen —le previno Herman, asustado de repente—. ¿Recuerdas los veinte años? ¿Recuerdas que siempre nos hemos repartido todo?

—Claro... Siempre nos hemos repartido nada —dijo Billie—. Y ahora tenemos algo. Pero esto no significa que vaya a haber diferencias. —Abrió la puerta con un golpe y miró cautelosamente al exterior, como si esperara una emboscada—. No lo olvides, si te mueves un centímetro, te mato. Volveré. —Cerró la puerta tras él y comenzó la larga caminata a través de la ciudad.

El empleado del museo firmaba el correo. Estaba cansado. Había sido un día largo y tedioso. La secretaria llamó y asomó la cabeza por la puerta de la oficina.

—Hay un tipo raro en el vestíbulo que quiere hablar con usted.

—Ya es muy tarde para recibir visitas —dijo el empleado.

—Ya le dije que usted no querría, pero me contestó que seguramente le gustaría ver lo que contiene este paquete —le tendió un sucio paquete envuelto en papel de periódico.

—¿Qué es esto?

La chica se encogió de hombros.

—Sería mejor abrirlo. Probablemente algo que quiere que identifiquen.

La chica desenvolvió el paquete. El empleado continuó firmando el correo. Miró hacia arriba. La secretaria estaba de pie, con la boca abierta, mirando la pila de papeles.

—Bueno, ¿qué es?

—Mejor que mire.

Él miró.

—¡Mi dinosaurio! —Cogió el hueso y lo acarició amorosamente—. Diga a ese hombre que suba. *Enseguida.*

Billie llegó a la oficina.

—¿Cigarrillos? ¿Un puro? —El empleado le tendía la caja.

—Gracias —dijo Billie. Cogió uno de cada. Encendió el cigarro y guardó en el bolsillo el cigarrillo para Herman.

—¿Bien?

—Su dinosaurio —empezó Billie—. Los periódicos de ayer decían que había una

recompensa.

—Sí, sí, claro. Hay una recompensa. Pero antes tenemos que traer el dinosaurio aquí.

Billie no quería correr riesgos.

—Deme por escrito que Billie Big Canoe recibirá diez mil dólares. Después le diré dónde se encuentra.

—No puedo hacer esto —respondió el empleado—. No se preocupe. No le... le engañaremos si realmente nos dice dónde está el dinosaurio.

Billie se levantó.

—Adiós —murmuró y comenzó a andar hacia la puerta.

—Espere —dijo el empleado—. Muy bien. Le daré una carta que diga que fue usted el primero que me trajo la información.

—Nada de eso —dijo Billie—. Deme usted un cheque de diez mil dólares del museo. Esto me servirá. Nada de fantasías. Yo le enseño los huesos y usted me da el dinero.

El empleado suspiró y pulsó un botón. Su secretaria entró de nuevo.

—Escríbame una carta, en la que diga que pagaremos a míster Billie —miró al vagabundo—, ¿míster Billie, qué?

—Big Canoe.

—Diciendo que prometemos pagarle diez mil dólares después de que nos entregue el dinosaurio.

Miró a Billie.

—¿De acuerdo?

—De momento —dijo Billie—. ¿Tiene usted un camión? Necesitamos un camión.

—Sí. Perdóneme un instante. —El empleado cogió el teléfono interior y llamó al departamento de Paleontología Vertebrada. Estaba nervioso—. He encontrado el dinosaurio —dijo ante el aparato—. Les espero en el aparcamiento de coches con un camión y un par de hombres, dentro de cinco minutos.

—Son las cinco. Ya es hora de que nos vayamos —dijo Hettie. Estaba de pie frente a las otras niñas—. ¿Estamos todas aquí? —preguntó.

—Todaz —replicó Susan.

—¿Cuántos niños?

—Sólo tres —dijo Ulina—. El bueno del señor Porcello cuida de los demás.

—Por Dios, no me digas que se los habéis dejado —dijo Hettie, incrédula.

—¿Y por qué no? —dijo Ulina—. Es muy responsable. Bueno..., además, es policía. Los policías suelen cuidar de los niños.

—Exactamente. Es policía. ¿Qué crees que piensa que estáis haciendo?

—Le dije que tenía que hacer una visita al hospital —alegó Ulina—. Es muy feliz

cuando mira la televisión. De cualquier forma... —sonrió con presunción—, creo que está muy bien que aprenda a cuidar de los niños.

—Ulina, te estás portando como una cría de dieciocho años. Desearíamos tener tanta confianza en él como tienes tú. —Hettie se puso rígida—. Bien, sigamos con el asunto. ¿Cuántos cochecitos?

—Dos —dijo Melissa.

—Bien. Carguémoslos en el camión. Atadlos a los costados, para que no se muevan.

—He traído más papel para envolver —dijo Emily, y señaló un paquete entre las ruedas de uno de los cochecitos.

—Tenemos bastante. —Hettie señaló hacia un gran paquete dentro del camión—. Todo lo que necesitamos es papel, cuerda, cola, cinta adhesiva, rotuladores, tijeras y linternas. Lo que tenemos que hacer es empaquetar los huesos y meterlos en el camión. Mañana por la mañana los llevaremos a la oficina de Correos.

Emily cerró las puertas del camión, y fue hasta la cabina. Esperó a que Hettie se hubiera instalado. La niñera escocesa la miró de perfil.

—Límpiate las gafas antes, tata Biddle.

Emily limpió las gafas con la falda y se las volvió a colocar sobre la nariz.

—Comienza a conducir —dijo Hettie—. Y ten los ojos muy abiertos por si nos sigue la policía.

Lui Ho sostenía el cable de metal. Tenía la cara y las manos manchadas y su voz vibraba con las radiaciones del último transporte del Tse Eih Aei.

—Recuerden —se esforzó para que sus palabras fueran coherentes—. Si perdemos a las niñeras esta vez, todos ustedes serán ejecutados —añadió con dificultad.

Sam Ling suspiró y presionó con el pie el pedal del gas. El camión de basuras del Tse Eih Aei salió de la calle lateral, detrás del vehículo de las niñeras.

—Tanto realismo... —suspiró Nicky Po, situado de pie en el estribo trasero y olfateando su maloliente uniforme.

Pi Wun-tun se colocó la gorra sobre los ojos y empujó uno de los capazos de basura que colgaban del coche, antes de contestar:

—Debería haber un premio para este realismo —murmuró.

—Quizá la recompensa de mil escarabajos cornudos.

—¿Mil escarabajos cornudos? He oído hablar de esto —dijo Chou Tan—. ¿Es una nueva recompensa?

—Sí —dijo el reindoctrinado Pi Wun-tun—. Acabo de inventarla. Los mil escarabajos cornudos debían ponerlos en el trasero de Lui Ho.

Nicky Po levantó los ojos.

—Sin duda, hoy nuestro camarada jefe se ha excedido. ¡Pensar que he estudiado

cinco años en la Universidad del Pueblo para obtener una plaza en un camión de basura capitalista!

Era ya de noche cuando Emily llegó con el camión a Welfare Island. Había ido por la carretera, haciendo eses. Dentro, las niñeras se cogían de la mano para sujetarse.

—Cuidado, mujer. ¡Santo Dios, detente! —gritó Hettie, mientras el camión se dirigía hacia el río.

Emily giró el volante.

—Lo siento, se me cayeron las gafas —dirigió el camión hacia el edificio abandonado y aparcó bajo los árboles—. Aquí estará a salvo y oculto a la vista —dijo.

Hettie se volvió hacia las niñeras que estaban a su espalda.

—Soldados, abajo. Hemos llegado.

Bajaron del camión y se quedaron en la hierba junto a él.

—¿Y los niños? —preguntó Emily.

—Dormidos —replicó Ulna—. El balanceo les ha dejado agotados.

Me ha puesto enferma —dijo Melissa—. No creo haber montado nunca en un camión tan horroroso como éste. También me puse enferma la primera vez.

—A mí me guzta —dijo Susan, que limpiaba con la mano el sucio cristal de una de las ventanas, para mirar el interior—. ¡Dioz mío, tata Hettie!, creo que hay alguien aquí dentro.

—¿Dónde? Vamos a ver. —Hettie empujó a Susan a un lado—. ¡Buen Dios! Un hombre. Parece un vagabundo. Y está dormido sobre los huesos. —Enderezó los hombros.

—Entraré yo primero. Pronto arreglaremos esto. —Entró en el edificio. Las otras niñeras esperaron.

—Rash... —Se oyó como una extraña explosión en el interior. Las niñeras esperaban. Una pequeña nube de polvo salió por la puerta. Oyeron la estridente voz de Hettie que arengaba al hombre. Segundos más tarde, éste salió al camino. Miró a las otras niñeras, tragó saliva, levantó la gorra, y salió corriendo hacia la maleza. Hettie apareció en la puerta, limpiándose el polvo de la falda.

—Todo despejado —dijo feliz.

Susan se volvió a Melissa y le dijo.

—¿Qué crees que hizo?

—No preguntes. A tu tierna edad —dijo Melissa—, es mejor que no sepas todavía estas cosas. —Miró la sorprendida cara de Susan—. Por Dios, niña, qué crees que le hizo, ¿sacarle las tripas?

—Adentro, chicas —ordenó Hettie—. Hay mucho trabajo que hacer. Tú, Susan, trae el papel y las otras cosas.

El camión de basuras del Tse Eih Aei enfiló la pista hacia Welfare Island, con una sacudida que hizo que los dientes de Lui Ho chocaran como los de una vieja gata ratonera. Se frotó la mandíbula y señaló al aparcamiento frente al nuevo edificio del hospital.

—Las niñeras han ido por el otro camino. Nos detendremos aquí y las seguiremos a pie.

Sam Ling sacó el pie del acelerador, hasta que la velocidad disminuyó a sólo tres kilómetros por hora. Por el rabillo del ojo vio como Lui Ho abría la puerta y se preparaba para descender. Entonces, cuando calculó que la cabeza de Lui Ho estaba en la posición adecuada, apretó el freno.

La cabeza de Lui Ho rebotó contra el techo de la cabina y se estrelló contra el cristal de la ventana. Se desplomó en el asiento, con los ojos llorosos, y sus gafas, con montura de acero, se rompieron como el hielo de un lago.

Sam Ling esbozó una de esas sonrisas orientales que los occidentales toman por una expresión vaga.

—Lo siento, camarada jefe —se excusó—. Pero deje que le felicite por el casi perfecto autocontrol, alterado sólo por una ligera aspiración de aire hacia el final. Perdone mi ineptitud para detener vehículos de basuras occidentales.

—¿Qué pasa? —dijo la voz de Pi Wun-tun desde la parte trasera del vehículo—. Has frenado demasiado en seco y el camarada Chou Tan se ha caído dentro de la basura.

Sam Ling bajó y se dirigió hacia donde estaban sus camaradas. Chou Tan se sacudía la basura de sus hombros. Sam Ling movió la nariz.

—Éste es el lado del viento. Vengan aquí —dijo Pi Wun-tun, alegre.

Lui Ho, con los ojos perdidos tras sus gafas rotas, se abrió paso a través del asiento de los viajeros y fue hacia la parte trasera del camión, donde podía oír hablar a sus hombres.

—Silencio —gritó—. Más vale que me escuchen con mucha atención. Si esta noche se comete algún error, la persona responsable recibirá un castigo *especial*. —Trató de olvidarse del dolor que le causaba su frente hinchada—. Cumplirán mis órdenes al momento y sin comentario alguno. Usted, Fat Choy, encontrará en el camión dos rifles antitanques y un lanzallamas. Tráigalos aquí. Después nos esconderemos entre los arbustos hasta que llegue la hora indicada. Cuando dé la señal con mi silbato, *atacaremos* en la forma aconsejada por el presidente Mao: en dos oleadas. Nosotros tres, sin pistolas —señaló a Sam Ling y Fat Choy—, les seguiremos en la segunda oleada y recogeremos las armas de los que hayan caído por la causa del verdadero comunismo. Las niñeras imperialistas serán eliminadas. Después llamaremos por radio al submarino, que subirá por el río y recogerá los huesos. Mañana por la mañana, estarán ya en camino hacia nuestra gloriosa patria.

—Y a nosotros nos llevarán, con igual velocidad, a la cárcel de Sing-Sing —dijo

Sam Ling, llanamente—. No cabe la menor duda, camarada jefe, de que nuestra superior capacidad de fuego y nuestra audacia militar nos llevarán a la victoria frente a las niñeras. Sin embargo, también pudiera ocurrir que esta confrontación atrajera una atención que no queremos, antes de que podamos cargar los huesos del falso dragón en nuestro submarino. Hay, además, otra complicación: es bien sabido que el sistema de radar costero americano es totalmente inadecuado y que los submarinos extranjeros pueden navegar sin que les descubran hasta el East River. Pero estoy seguro, camarada jefe, que usted admitirá que ni siquiera un submarino de la República Popular, tripulado por sus mejores marinos, los más entrenados del mundo, armados con los pensamientos del presidente Mao, puede navegar por un río en que no haya agua; y menos aún lleno de vehículos de bomberos. Desgraciadamente, como usted ve, la marea está baja. —Nicky Po y Pi Wun-tun soltaron una risita ahogada. Sam Ling continuó—: Humildemente, creo que ha llegado el momento de aplicar el viejo dicho americano «despacio, despacio, se coge el dinero», y pienso que su plan previo, muy brillante, se acomoda admirablemente a las circunstancias.

—¿Ah, sí? Por unos momentos, se me ha ido de la cabeza —dijo Lui Ho.

—Sí, camarada jefe —Sam Ling eligió cuidadosamente las palabras—. Usted sugirió que nosotros debíamos ocultarnos hasta que estuviéramos seguros de lo que iban a hacer las niñeras. Entonces, como dijo usted con gran perspicacia, esperaríamos hasta que se fueran, y en el momento más oscuro de la noche, llevaríamos los huesos a otro escondite. Después, dijo usted, trasladaríamos los huesos treinta millas mar adentro en una barca de pesca, a favor de la niebla matinal y eludiendo la vigilancia de los buques patrulla de Estados Unidos, radar y aviones, para reunirnos con nuestro submarino.

—¡Claro que me acuerdo! —dijo Lui Ho, con gran alivio por parte de Sam Ling—. Éste es el plan que yo quería que llevaran a cabo. —Hizo una pausa—. Pero ¿qué fue lo que sugerí en caso de que las niñeras se llevaran algunos huesos con ellas?

¡Ah! —suspiró Sam Ling. Su cerebro trabajaba como un ábaco motorizado—. Usted dijo que ante esta eventualidad teníamos que seguirlas y coger los huesos en el momento en que ellas descuidaran su vigilancia. Con muy buen criterio, ordenó que nuestro departamento no debía infundir ninguna sospecha.

—Claro —sonrió Lui Ho—. Ésta es la brillantez que yo espero de mis propias acciones. Porque, si nos presentamos ante las niñeras, el moscardón de Hooligan puede enterarse de nuestras intenciones. Hasta ahora sus imbéciles investigaciones no le han permitido descubrir más que el robo del dragón. Y en este momento debemos atraer su atención a las implicaciones del espionaje. —Sonrió ampliamente—. Y ahora, queridos camaradas, para llenar los aburridos momentos de la espera, les propongo leer unas citas del presidente Mao.

Billie Big Canoe gozaba del viaje en la cabina del camión del museo. Sonrió

pensando en los tres elegantes neoyorquinos que viajaban incómodos y sentados en pilas de saco detrás de él.

—Hacia Columbus Circle —dijo Billie al empleado del museo—. Y ahora hacia la calle East 59. —Señalaba el camino a trompicones. No estaba convencido de poder fiarse de sus compañeros—. Siga derecho. Por el puente. Y ahora coja el ascensor hacia Welfare.

—Claro —suspiró el funcionario—. Los edificios del viejo hospital.

—Sí —dijo Billie, cuando el ascensor les dejó en la isla—. Siga el río. ¡Eh, espere un momento!

Una desgarbada figura apareció detrás de un arbusto y comenzó a correr. Billie gritó con la cabeza fuera de la ventanilla:

—¡Herman, Herman, mendrugo! —La figura se detuvo y dio la vuelta—. Herman, vuelve aquí enseguida. —Billie se abalanzó fuera del camión—. Maldito bastardo. ¿Qué demonios haces corriendo de esta manera? Te dejé de guardia.

—Estaba de guardia —musitó Herman—. Sí, Billie, estaba de guardia, pero una especie de niñera o enfermera loca se presentó y me dijo que me largara del hospital. Me he esperado por el dinero, ¿sabes? Pensé que tú te podías entender mejor con los del hospital.

—¿Niñeras? —dijo Billie.

—Sí, niñeras. Montones de niñeras. Y todavía están allí. Espantaron a «Euclide». Quizá nos equivocamos. Quizá sean huesos del hospital y no huesos de dinosequé.

—¿Qué pasa? —preguntó el funcionario del museo.

—Nada —dijo Billie—. Sólo que mi compinche se asustó de unas faldas. Sus huesos están seguros. Vamos, voy a llevarles a ellos.

—¿Dónde está? —Jumbo Hooligan se sentó en la cama; gruñó porque le dolía la pierna y miró a Adam—. ¿Que Ulysses las siguió con una moto prestada?

—La moto de un guardia —dijo Adam.

—¿Se la prestó a Ulysses?

—No exactamente —dijo Adam—. Tendremos que aclarar esto después. Ulysses informa que los rojos de Lui Ho están detrás de ellas. Seis, en un coche de basura.

—Al infierno —gruñó Hooligan—. He estado mucho tiempo esperando que estos bastardos se pasaran de la raya. Ahora los tengo. Quítame esta cuerda —señaló la cuerda que sostenía su pierna—. Tengo que salir de esta cama. No puedo hacer nada aquí.

—Por Dios, Jumbo. Se te puede complicar la fractura. Yo me cuidaré del asunto. Llevaré los chicos allá y lo arreglaré.

—Ni hablar. —Jumbo Hooligan apretó la mandíbula—. Esto es cosa mía. Quiero estar allí. Llama a Sheba. —Soltó un gruñido—. Llámala y dile que quiero un helicóptero aquí, dentro de media hora. Y avisa al doctor que he tenido que irme. Si

se molesta, dile que volveré dentro de un par de horas.

—Está loco, Jumbo. Pero bueno, lo arreglaré.

—Y advierte al Dos-O. Diles que mi equipo va hacia Welfare Island. Quiero que se acordone la zona. Que detengan todo el tráfico que vaya a cruzar el puente. Que dejen un espacio para nuestros coches. Que traigan el equipo especial y que bloqueen las carreteras. Que no entre ni salga nadie de la isla.

—Bien, jefe. —Adam se volvió hacia la puerta—. Es usted un buen bastardo.

—¡Enfermera! —gritó Hooligan—. ¡Enfermera!

Una joven enfermera apareció corriendo.

—Deme una silla de ruedas. Quiero que me lleven al tejado. —Tomó aliento—. ¡Y pronto!

Pusieron a Jumbo Hooligan, con su silla de ruedas cromada, en el helicóptero. Media docena de practicantes sudaban al levantarlo. Un grupo de médicos y enfermeras observaban preocupados.

—Aprisa —gritaba Hooligan. El piloto levantó la silla hacia la cabina—. Usted —dijo Jumbo, señalando al más robusto de los practicantes—. Venga con nosotros. Necesito alguien que me empuje.

El practicante tragó saliva y subió a bordo. Los motores comenzaron a girar. Las faldas de las enfermeras se levantaron cuando el helicóptero remontó el vuelo. Subió rápidamente y se dirigió hacia East River. Hooligan daba instrucciones al piloto, con unos auriculares en los oídos, a través de un micrófono de garganta debidamente colocado. Miró hacia abajo. Las luces de tráfico, en la tarde de Nueva York, parecían lejanas.

El helicóptero empezó a bajar hacia Queensboro. Hooligan llevaba ventaja a su equipo. El tráfico de regreso a Nueva York les había retrasado, a pesar de abrirse paso con las sirenas. Los policías del distrito ya estaban allí. Les vio detener los coches. Habló por la radio.

—¿Dónde estás, Adam?

—Estaré en el puente dentro de unos minutos —replicó una voz mezclada con los ruidos y parásitos—. Ya podemos ver la carretera bloqueada delante de nosotros.

Hooligan miró hacia abajo, hacia la carretera que conducía al puente. Pudo distinguir las luces de los coches que relampagueaban. Volvió a hablar por el micrófono:

—Bien, bien. Comunícate con el teniente y asegúrate de que tienen toda la isla cercada. —Al mirar hacia abajo, vio como el coche de Adam se detenía ante la barrera de la policía. Vio que su segundo abría la puerta y se dirigía hacia los policías que estaban en los canales del puente. Un momento después, Adam le llamaba por radio.

—Todo va bien aquí, Jumbo. El puente y todas las vías de acceso están cubiertas.

Los barcos de la policía del río están desplegados. En la isla hay calma absoluta. ¿Cómo va la pierna?

—Mejor que mi estómago —dijo Hooligan, mientras el helicóptero bajaba unos metros más—. Bien, que los hombres comiencen a moverse lentamente. Que enciendan todos los reflectores que haya en la isla.

—Oiga, jefe... —La voz metálica de Adam, por la radio, parecía asombrada—. Puedo ver un rayo de luz y unos hombres fuera de los edificios; y un camión.

—Que los chicos se acerquen y alineen los arcos. Los rodearemos y entraremos en el aparcamiento por el otro extremo de la isla. Procurad que ellos no se den cuenta. Avísame cuando puedas dar la señal.

Hooligan se mordió las uñas hasta que Adam le llamó unos minutos después.

—Todo listo, jefe.

—Bájame. —Jumbo señaló al piloto el parque de ambulancias. Tensó sus músculos mientras el helicóptero descendía, como un ascensor ultrarrápido, hacia la plaza de asfalto. La máquina vibró al detenerse, con las largas hojas blandiendo el aire. El joven practicante y el piloto empujaron hacia la puerta la silla de ruedas en la que iba Hooligan, la bajaron y la hicieron girar suavemente en el suelo—. Vamos —gruñó Hooligan—. Acérqueme más.

El practicante desenganchó el cable y comenzó a llevar la silla hacia la dirección que señalaba el dedo de Hooligan.

Jumbo dijo, por encima del hombro:

—Si empiezan los tiros, protéjase detrás de algo sólido. Apártese de mi lado si esto ocurre.

El practicante echó un vistazo a los anchos hombros de Hooligan y decidió lo que haría exactamente si empezaban a sonar tiros.

—Aprisa —dijo Hooligan, señalando un grupo de hombres colocados cerca del puente. Adam, con un fusil automático, corrió para reunirse con él. El practicante le vio llegar, soltó las asas de la silla y levantó los brazos—. ¡Quieto! —dijo Hooligan—. Quieto, idiota, es uno de los míos.

Adam jadeaba.

—¿Está todo como dije? —preguntó Hooligan.

—Sí. Y ya podemos ver algo. Parece que son muchos. Hay algunos dentro del edificio, otros fuera con el camión y otros escondidos entre los matorrales. Creo que trasladan los huesos.

—Bien —dijo Jumbo—. Dame tu especial.

Adam sacó su revólver de policía de la funda del cinto. Se lo entregó a su jefe. Hooligan lo abrió e hizo girar el cilindro.

—No lo pierda —dijo Adam—. Me cuesta dinero.

Hooligan ignoró el chiste.

—Diles a todos que tengan las armas preparadas cuando levante la mano. Quiero que todo ocurra en un momento. Nada de disparos si ellos no lo hacen primero. —

Hizo una pausa—. Y dile a los hombres de uniforme que no perforen a ninguno de mis hombres esta vez.

Se movió hacia el practicante para ordenarle que se pusiera en marcha de nuevo.

—Hazlo con tranquilidad —le dijo a éste.

Nervioso, el practicante, se puso en marcha. El vehículo hizo un ruido seco. De pronto, Hooligan le indicó que se detuviera. Se oían voces que discutían cerca del edificio en ruinas.

—Pero, señora, claro que es mi dinosaurio.

—Nada de esto, jovencito, el suyo no es el único dinosaurio que existe en el mundo... —Hooligan tembló al oír la voz de la niñera escocesa.

—Bueno, ¿qué pasa con nuestros diez grandes?

Los ojos de Hooligan buscaron en la penumbra. Pudo ver unos bultos entre las sombras que cubrían ya los árboles. Miró hacia el río, donde los barcos patrulla estaban alineados en el centro de la corriente, con sus cañones apuntando hacia ellos. Miró hacia el puente. Estaba cubierto de gente.

Hooligan gritó hacia atrás:

—Levánteme. Quiero ponerme de pie —se levantó suavemente y se sostuvo sobre la pierna sana.

Jumbo Hooligan respiró profundamente. Su batín flotaba como si se tratara de un ropaje bíblico. Levantó los brazos, como un dios.

—¡Alto, ustedes! —gritó—. Es la policía. ¡Quietos!

El mismo Jumbo Hooligan conducía su coche de inválido por la oficina; hizo girar la silla y la dirigió en sentido contrario. Todos sus hombres se alineaban contra las paredes laterales. Con las pistolas encañonaban a los cautivos de Hooligan.

—Bueno —gritó Jumbo—. Vaya colección. Deje que les mire otra vez. Oficinistas... niñeras... vagabundos... y espías.

Ulina estornudó, muy fuerte. Hooligan la miró.

—Usted, señora, ya sé que no puede evitar hacerlo. Pero hágalo bajito. —Volvió a mover su silla y se detuvo delante del empleado del museo—. ¡Ja! —gritó.

El hombre tembló.

—Esto... míster Hooligan, usted se acuerda de mí. Yo soy del museo...

—Vaya. Y qué hacía usted allí en la isla, ¿excavaciones?

—Alguien me dio un chivatazo —señaló a Billie Big Canoe—. Este hombre, míster Canuto, fue a decirme que había encontrado al dinosaurio. Sólo fuimos a buscarlo.

—Y claro, primero lo notificaron ustedes a la policía. ¡Diablos!, la policía ha estado registrando la ciudad de arriba abajo tratando de encontrar estos condenados huesos del museo.

—Me olvidé..., con los nervios —musitó el atribulado empleado.

—Pero en cambio se lo notificó a los chinos.

—¿Cómo? ¡Claro que no! Si ni siquiera les conozco. Sólo a estos señores, mis colegas. Fuimos juntos.

—Bueno —dijo Jumbo—. Ivor, saca a estos cuatro de aquí. Y que firmen una declaración. —Volvió a mirar al empleado del museo—. Le veré a usted más tarde.

Ivor y los cuatro hombres salieron del despacho; Hooligan accionó otra vez su silla de ruedas y la detuvo delante de Billie Big Canoe.

—¿Quién es usted?

Billie Big Canoe, jefe —dijo Billie—. Y éste es mi compinche, Herman. —Éste inclinó rápidamente la cabeza—. Estábamos allí con el hombre del museo. Encontramos los huesos. Fuimos allá y lo llevamos con nosotros. Diga, ¿esto no afectará para nada al asunto de la recompensa? Quiero decir...

Hooligan levantó la mano.

—Vamos, llevaos a estos dos de aquí. Declaración otra vez. Será mejor que los retengáis hasta que comprobemos su coartada.

—Jefe, nosotros no hemos hecho nada. Sólo ayudábamos —dijo Billie Big Canoe.

—¿Y qué hay de allanamiento de morada? —preguntó Jumbo Hooligan. Hizo girar la silla de ruedas para enfrentarse a los cinco chinos—. Muy bien, Lui Ho. Escupe lo que sepas.

—Turistas —dijo Lui Ho, en un inglés dolorido—. Somos turistas en misión cultural. Visitamos el hospital de Welfare Island. Sólo una encuesta para averiguar cómo tratan a los residentes.

—¡Narices! —dijo Jumbo Hooligan.

—Y, además —continuó Lui Ho, con expresión inocente—, reclamamos consideración especial porque somos patriotas de la China nacionalista, de Formosa. ¡Vivan el Dragón Imperialista y los hombres de la China nacionalista! Y también cuatro hurras por América, por la bondad que siempre ha demostrado hacia nuestra querida China nacionalista.

—¡Basura! —gruñó Hooligan, y recordó las horas que pasó sacando todos los auriculares que encontró en su oficina, después de la última visita realizada por el equipo de Lui Ho.

Jumbo Hooligan se levantó de la silla para poder ver los ojos de Lui Ho detrás de sus gafas.

—Muy bien, muy bien. Lo sé todo de vosotros, Lui y todo tu equipo de rojos. Sé cómo llegasteis aquí y de dónde veníais. Y también sé cómo conseguisteis vuestros visados de la China nacionalista. Hace mucho que esperaba echaros el guante. —Hizo una pausa—. Muy bien, de modo que queréis ser *verdaderos* chinos nacionalistas, ¿no? Bien, así es como os voy a tratar.

Lui Ho sonrió, aliviado.

—¡Os vamos a enviar de vuelta a la China nacionalista!

La cara de Lui Ho palideció.

—Tenemos muy buenos amigos allí, muy buenos. Siempre se alegran de recibir a sus excompatriotas. ¿Sabes, Lui Ho?, nunca tenemos problemas con los turcos ni con los franceses. ¿Por qué vosotros los chinos no os portáis como los demás espías? —Hooligan suspiró—. Casi desearía estar en guerra. Así podría fusilaros ahora mismo. —Señaló a Boots y a Ulysses—. Sacad este montón de basura de mi despacho. Llevadles al aeropuerto Kennedy. No dejéis que lleven nada consigo. Metedlos en el primer vuelo hacia Taipeh, y que les escolten durante todo el trayecto. Si protestan, encerradlos con los equipajes.

Lui Ho se imaginó una desnuda celda de cemento, con las paredes pintadas a rayas en zigzag, de amarillo y negro. Y pensó en el paseo matutino por el patio de la cárcel de la China nacionalista, hasta el paredón.

Lui Ho jugó su última carta:

—Un momento, míster Jumbo Hooligan —dijo—. Deseo hacer un trueque. Quiero pedir asilo político. A cambio, voy a facilitar una información completa sobre toda la red de espionaje de la China comunista, el Tse Eih Aei.

Hooligan le miró con desprecio. Pensó en los agentes occidentales asesinados por la organización china.

—Si fuera Sam Ling el que lo pidiera, podría contestar que sí. En realidad, si fuera cualquier otro. Porque ellos pueden sernos útiles. Pero tú, Lui Ho, tú tienes el cerebro lavado, eres un criminal, como esos Thug de la India. Un robot maoísta. No puedes pensar en nada. Boots, sácalos de aquí ahora mismo.

Esperó a que la puerta se cerrara tras los espías y se volvió a las cinco niñas.

—Señoras —dijo tranquilamente—. Creo que ha llegado el momento de celebrar una conversación íntima. Si ustedes se empeñan en permanecer mudas —advirtió Hooligan— las encierro y las acuso de conspirar con el estado comunista. Y después las encarcelo en pequeñas celdas, en las Tumbas, mientras yo me tomo unas largas vacaciones. Y mientras, ya puede alguien preguntar qué les ha ocurrido. ¿Me entienden?

Ellas asintieron con la cabeza.

—Bien, empezaremos por el principio. Por lo visto, la cosa comienza en las escaleras del museo. ¿No es verdad?

Las niñas permanecieron silenciosas.

—¿Por qué robaron ustedes el dinosaurio?

—Por la emancipación de la mujer... —empezó Emily.

—Espionaje... —le interrumpió Jumbo Hooligan—. No estamos para cuentos, señora. Yo sé por qué robaron el dinosaurio. Su Servicio Secreto británico nos ha hablado del hombre que murió en las escaleras y de lo que hacía en el museo. Por Dios, señoras, estamos en el mismo bando. ¿No se dan cuenta?

Melissa hizo una mueca.

—Pero se nos dijo que no nos fiáramos de nadie.

Jumbo la miró benignamente.

—Tienen que fiarse de mí. Así que supongamos que me dicen *exactamente* lo que ocurrió. Hasta el último detalle.

—Esto... —Hettie habló cautelosamente—. ¿Le importaría que consultemos entre nosotras un momento? Ya sabemos que no es de muy buena educación, pero...

—Tienen un minuto.

Las niñeras hablaron en voz baja.

Hettie se volvió a mirar a Hooligan otra vez.

—Estamos de acuerdo —le dijo—. Le contaremos todo. Pero yo soy la única culpable.

—Señora —dijo Jumbo, con calma—. No necesitaba usted decírmelo.

Hettie habló durante casi media hora. Empezó y terminó con la misma frase:

—Lo hicimos por nuestra querida reina y nuestro país.

—Sólo quiero comprobar un punto —dijo Hooligan cuando ella terminó—. Dígame exactamente lo que dijo él cuando se estaba muriendo.

—Seguridad mundial y evitar destrucción total... museo... el mensaje... «micropunto». Y después dijo «sala trece... lo mayor que se exhibe».

—¡Alto! —dijo Hooligan. Pulsó el botón de su mesa y habló por el intercomunicador—. Sheba, tráigame una guía del museo.

A cabo de unos segundos, se abrió la puerta y Sheba entró en la oficina. Le tendió a su jefe el libro y salió.

Jumbo dejó el libro en sus rodillas y hojeó las páginas.

—¡Ajá! —exclamó—. Señoras —miró a Hettie—. ¿Compraron ustedes la guía?

Hettie negó con la cabeza.

—¡Por el toro sagrado! —dijo Jumbo Hooligan—. El museo tiene una guía, y cinco señoras que quieren robar algo exhibido ni siquiera se toman la molestia de comprarla. No me interpreten mal, señoras. Aprecio mucho su patriotismo. Me gusta su valor. Y envidia, desde luego, su decisión y energía. Pero, vaya, ustedes serían muy malos policías. Aquí... —tendió el libro a Hettie—. Mírelo detenidamente —señaló.

Hettie estudió el plano.

—Cielos —gruñó. Las cuatro niñeras se quedaron mirándola—. Hay tres salas trece. Una en cada piso del museo.

Hooligan sonrió.

—O sea, que lo mayor que se exhibe en la sala trece pueden ser tres cosas.

—Dios mío —dijo Hettie—. O sea que quizá el mensaje no esté en el dinosaurio.

—Casi seguro que no está —gruñó Jumbo Hooligan—. Mis hombres están preparando los huesos para devolverlos al museo. Pero, por lo que sabemos, el agente no tuvo tiempo de llegar a la sala del primitivo dinosaurio para llevar a cabo su plan. Apostaría por las otras salas número trece.

—Toda esta energía utilizada en balde —se lamentó Melissa.

—No —dijo Hooligan, feliz—. No en balde. No hicieron ustedes mal trabajo. En realidad, estoy satisfecho. Me dieron la oportunidad que me hacía falta para librarme de estos espías rojos, y ustedes los mantuvieron muy ocupados, a la caza de lo que no les interesaba. Aun en caso de que se hubieran apoderado del dinosaurio, no hubieran conseguido el mensaje. No fue un mal trabajo el suyo, señoras.

—Gracias —dijo Hettie, suavemente. Ulina trataba de ahogar otro estornudo.

—Oh, vamos —dijo Jumbo—. Miren, señoras para demostrarles lo feliz que me siento, voy a dejarles que vengan al museo con nosotros, para ver si conseguimos encontrar el mensaje. Y después las llevaré a todas ustedes a cenar. ¿De acuerdo? —Puso una mano en cada una de las ruedas del cochecito—. Creo que puedo reclamar la ayuda de una profesional, ¿no? ¿Aceptan ustedes?

Las niñeras asintieron.

—Cuando hayamos puesto a dormir a los niños —dijo Hettie.

—Dios mío —dijo Emily, cogiendo a Hettie por el brazo—. Los niños... están en el camión. Nos olvidamos de ellos.

—No —dijo Jumbo—. No se asusten. Están en la cantina. Sheba se ha ocupado de darles de comer.

Los ojos de Hettie parecieron salirse de sus órbitas.

—¡Comida! —gritó—. ¿Comida de la cantina? ¿De la cantina de la policía? Dios mío, ¡no! Pobres niños, se envenenarán. —Se puso delante de Hooligan—. ¿Cómo se atreve usted, muchacho? ¿Cómo se atreve usted a interferir entre nuestros niños y nosotras? Espere a que la Embajada británica se entere de esto. Haré que le despidan. ¿Cómo se atreve usted a tomarse libertades con súbditos británicos?

Jumbo Hooligan se llevó las manos a la cabeza.

—¡Estrafalaria! —musitó.

La invitación decía: «Su Excelencia, el embajador británico, solicita el placer de la compañía de *míster* y *mistress* Badenbergh en la recepción que tendrá lugar el 17 de octubre, a las 7:45 de la tarde, en los salones del hotel East, East 76 Street. Se ruega a los invitados que asistan con sus hijos y sus respectivas niñeras. Se han dispuesto facilidades especiales para los niños».

—¡Oh, Walter! —dijo *mistress* Badenbergh—. Una recepción en el East. Nuestra primera invitación diplomática —sonrió a su marido. Esto significa que ya estamos *in*.

Él levantó las cejas.

—Y dice aquí —añadió, excitada— que deben llevarse las condecoraciones. Podrás ponerte la medalla que ganaste en el trofeo de golf de la semana pasada.

Walter Badenbergh dijo:

—Se refieren a las medallas militares, querida. Quieren que lleve mis medallas de guerra.

—Estos viejos trastos. Lleva también la de golf. Es muy bonita. Y no todo el mundo tiene una de éstas.

Randy Andy estaba tumbado en la cama. Miraba en el espejo del techo al joven bronceado por el sol que parecía observarle desde arriba. Estaba enamorado de la muchacha de cabellos rubios, estirada junto al hombre del espejo. Se abanicó con su invitación.

—Claro que iré. Iremos los dos. Tú eres la niñera y yo soy tu señor. Y la carta va dirigida a mí.

—Pero será muy violento —dijo Melissa—. Yo tendré que ir de uniforme y tú con faldones. Y no sé si tú tienes que estar en la antesala con los otros niños o en otra sala, con los invitados.

—Estaré con los invitados —dijo Randy.

—¡Estúpido!

Las cinco niñeras estaban reunidas en la sala de banquetes del hotel East. Su uniforme daba una extraña apariencia de hospital al elegante ambiente, con los huéspedes vestidos de etiqueta.

—No tienen gusto —dijo Hettie, suavemente, mirando a otra pareja que entraba por la puerta—. Ella no debía llevar semejante vestido en ocasión como ésta.

—Hettie —dijo Emily, sorbiendo un *cocktail* que un camarero acababa de servirle. Sostenía delicadamente el vaso con la mano izquierda mientras con la derecha sujetaba el babero al cuello del niño Lindon—. Ojalá se den prisa y traigan

sándwiches pequeños. Me niego a alimentar a mi niño con canapés. Y las nueces y aceitunas son malas para ellos.

—Muy malas —asintió Ulina. Empezó a notar un estornudo, sacó el pañuelo del bolso y olfateó rápidamente el diente de ajo que Vitorio Porcello le había regalado como amuleto. Deseó que estuviera con ella.

Se oyó un golpe seco.

—Señoras y caballeros —dijo una voz—. Les ruego guarden silencio para Su Excelencia, el embajador británico.

El diplomático estaba de pie junto a una puerta, en el extremo más alejado del enorme salón. Su voz era rica y profunda. Con cierta sorpresa, las niñeras vieron que Jumbo Hooligan estaba junto a él.

—Señoras y caballeros —empezó el embajador—. Espero que todos ustedes sabrán perdonar mi informalidad al recibirles en estas condiciones. Ya sé que es un poco temprano para discursos, pero hay una razón especial por la cual ustedes se encuentran aquí esta noche. Y, por ello, debo pronunciar antes estas palabras. —Se volvió y dijo algo al oído de Hooligan. Éste sonrió—. Hay gente muy importante aquí esta noche —continuó el embajador.

—Ya te lo dije —increpó *mistress* Badenberga a su marido.

—Hay allí... —el embajador señaló la sala de las niñeras; Susan miró detrás de ella, pero no vio más que la pared— gente muy importante, y estas cinco niñeras. —Hubo un murmullo de sorpresa entre los invitados—. No sólo importantes para ustedes, ya que ellas guardan a sus niños, sino también importantes para su país, la Gran Bretaña. Estoy seguro de que ninguno de ustedes sabe, que, recientemente, todas ellas, con gran espíritu emprendedor, coraje y decisión, han servido al mundo occidental de la manera más alta y más noble posible. Razones de seguridad me impiden darles a ustedes más detalles. Todo lo que puedo decirles es que el Gobierno de Estados Unidos agradece su asistencia y reitera las gracias, oficialmente, a Whitehall. Su Majestad la reina Isabel II ha considerado oportuno conceder una recompensa especial. —Se volvió hacia un ayudante, que le entregó cinco paquetes blancos.

—Niñera Hettie MacPhish —dijo el ayudante. Hettie se ruborizó y fue hacia donde estaba el embajador. Éste le estrechó la mano y le sonrió. Ella se inclinó hacia adelante y sintió como le prendían algo en el almidonado delantal de su uniforme. Hizo una reverencia y se encaminó hacia su sitio.

—Un momento, señora —dijo Jumbo Hooligan. Le tendió un sobre—. En prueba de gratitud del Gobierno de Estados Unidos.

Hettie lo cogió y volvió a hacer una reverencia. La boca de Hooligan se abrió aún más. Se preguntó cómo cada una de las niñeras se gastarían los cinco mil dólares en cheques del Gobierno.

Hettie se estremeció. Sabía que estaba colorada. Sentía un intenso calor mientras se dirigía hacia donde estaban sus amigas. Oyó que el embajador nombraba a Emily.

Hettie se atrevió a dirigir la mirada a lo que colgaba de su uniforme. Sintió un nudo en la garganta. Brillando sobre el almidonado uniforme, estaba el galgo de plata, el emblema de los Correos de la Reina.

Fue un invierno duro y largo. La nieve había caído en Nueva York hasta el mes de marzo. Los lagos del parque estaban aún helados, y los habitantes de Nueva York, levantados los cuellos de los abrigos, las alas de los sombreros hacia abajo, iban a toda prisa del metro a la oficina y de ésta a casa. La primavera había tardado, pero llegaba aquel día. Herman, el vagabundo, la recibió con un saludo.

—Mira, chica —dijo a una solitaria ardilla que estaba esperando delante de él para que le arrojara una migaja de su pastel—. Aquí llega el sol.

La ardilla cogió su bocado y fue a refugiarse bajo un árbol.

Los capullos florecían de nuevo, y el aire de la ciudad no había tenido tiempo aún de cubrirlos de polvo.

Herman metió la mano en la chaqueta.

—¡Eh, «Euclide»! ¿Qué haces por ahí? —sacó la variopinta serpiente. «Euclide» enrolló la cola en el antebrazo de Herman y volvió a meterse en la chaqueta atraída por el calor del pecho de Herman—. Sal y mira el parque —ordenó Herman, volviendo a sacar al aire su serpiente—. Sal y enséñame tu collar.

Detrás de la cabeza de la serpiente, una fina tira de oro rodeaba la parte más delgada, que parecía un cuello...

—¡Qué bonita está! —dijo Herman, acariciándola—. ¡Y qué collar tan bonito llevas! ¡De oro auténtico! —Se miró. Su chaqueta, comprada en la elegante Quinta Avenida, estaba arrugada porque había dormido con ella puesta. El *New York Times*, completo, que le había servido de abrigo durante la noche, estaba tirado en el sendero, frente a él. Se quedó mirándolo con asombro. Una cara, en el periódico, le miraba a él. Era Billie Big Canoe, en el centro de un grupo de bellas chicas, en el *foyer* del Plaza. Herman levantó el papel con la punta del pie, lo cogió y comenzó a leer. El titular de la fotografía decía: «El triunfal hombre de negocios de Wall Street, William Longship, celebrando la victoria conseguida en las negociaciones para la compra de almacenes New West de Alsop».

Herman suspiró. Pensó en el pasado. Días de vida a lo grande, con avión a reacción propio. Viajes a Europa. Fiestas, cenas y desayunos con su anterior ídolo Hazel Willingbody. Esto fue antes de que se le acabara el dinero del dinosaurio.

—Maldita sea, Billie. —Herman sonrió tristemente a la fotografía del periódico. Siempre dijiste de mí que era un loco, pero me pregunto si ahora podrías prestarme cincuenta dólares.

Memorándum

DE: La pluma de vuestro esclarecido presidente Mao Tse-tung.

A: El Departamento de Investigación Geofísica de la Academia de Ciencias de Pekín.

Camaradas:

Desgraciadamente, y debido a su desafortunado descubrimiento, debo cancelar mi brillante estratagema de destruir al Occidente capitalista por medio de nuestro Gran Salto Hacia Abajo.

Sin embargo, como dije en mi discurso del 22 de febrero de 1957, que sin duda recordáis, «es pura fantasía imaginar que la causa del socialismo es una trayectoria tranquila y un fácil éxito, sin dificultades ni retrocesos y sin necesidad de tremendos esfuerzos».

Me propongo ahora plantearme el problema con otro enfoque. Este plan se denominará el Gran Salto Hacia Adentro. Es deber de su Departamento facilitarme toda la información sobre la fecha, hora, minuto y segundo en que indicaré a nuestra querida población de setecientos cincuenta millones de habitantes que salte simultáneamente al océano Pacífico, con lo que causará un desplazamiento máximo de agua que hará...



DAVID FORREST es el seudónimo de los escritores ingleses David Eliades, adjunto del redactor jefe para asuntos exteriores en el *Daily Express* y Robert Forrest-Web, editor ejecutivo afincado en Londres. Autores esencialmente humoristas, ya algunos de los títulos de sus obras hablan a las claras del contenido de las mismas.

Juntos escribieron cuatro libros:

And To My Nephew Albert I Leave The Island What I Won Off Fatty Hagan In a Poker Game (1969) (Y a mi sobrino Albert le dejo la isla que gané al gordo Hagan en una partida de póquer).

One of our dinosaurs is missing (1970) (El robo del gran dinosaurio), llevada al cine por Disney bajo el título de *Se nos ha perdido un dinosaurio* (1975).

After me, The Deluge (1972) (Después de mí, el diluvio).

The Undertaker's Dozen (1974), no publicada en español.

Estos libros se caracterizan por tramas cerradas y humor desenfadado e irreverente, tocando al mismo tiempo, algunos temas serios: *Y a mi sobrino Albert* y *El gran robo del dinosaurio* con la Guerra Fría, *Después de mí, el diluvio* con la religión.

Todos sus títulos están actualmente descatalogados.

Notas

[1] En Mafeking, durante la guerra sudafricana, la guarnición británica al mando de lord Baden-Powell resistió, en 1900, un asedio de 217 días, antes de la llegada de refuerzos. (N. del T.) <<

[2] Porcello, en italiano, es diminutivo de cerdo. (N. del T.) <<